

# La luz Menguante

Xavier Liras



# Capítulo 1

## 1

El viento cargado de aromas del bosque de Fuar entraba por la ventana, el solsticio de verano estaba cerca. Era una espléndida mañana que parecía sacada de un cuento de fantasía.

Los pájaros cantaban dulces melodías en lo alto de los árboles milenarios. Las cortinas se movían al compás del viento y el Sol se filtraba entre los agujeritos de éstas, dejando pasar los colores que inundaban la habitación.

-Bien, esto va viento en popa - una risa clara como el ruido de un arroyo en un valle sobresalió por encima del canto de los pájaros - Sólo hace falta un pequeño retoque, y lograr un final adecuado para mi obra.

La criatura que había hablado era Nuán, el cual estaba sentado en una cómoda silla cuyos brazos y respaldo estaban tallados con diversos animales y plantas. Escribía con pluma sobre un pergamino, trazando líneas perfectas y delicadas. Con cada pincelada evocaba su imaginación, que luego se transformaba en palabras de gran belleza. Era aquella una narración que escribía desde hacía semanas.

En algunas ocasiones se detenía para introducir sus dedos dentro de sus descuidados y rizados cabellos de color caoba, mientras sus ojos negros recorrían y escrutaban la cámara, con la mirada perdida, en busca de inspiración.

La habitación era extraña.

Estaba decorada con cuadros de aldeas en donde él había viajado alguna vez, y con paisajes maravillosos y muy poco conocidos los cuales se habían reflejado en sus sueños e ilusiones. Debajo cada cuadro, que eran de un tamaño gigantesco, había unos escritos con una letra muy bien cuidada, en una lengua extraña.

La habitación tenía forma circular, construida toda de madera y piedra, y estaba plagada de estantes viejos llenos de libros de todo tipo, algunos de ellos cubiertos de telarañas. Una pequeña chimenea, colocada en la parte oeste de la habitación, ahora estaba apagada. Unas velas también apagadas estaban dispuestas en cada esquina, que se encendían cuando llegaba la noche. Durante la noche, la luz de la Luna y de las estrellas penetraban por unas ventanillas practicadas en el techo de la habitación, que estaban estratégicamente dispuestas mediante los cálculos del movimiento de los astros. Las ventanillas podían ser cerradas por una pequeña puertecita, que se abría y cerraba con una cuerda pegada a las

paredes.

Por si todo esto fuera poco, también habían colgados una serie de pergaminos que había obtenido años atrás en ferias y mercados, mecanismos astrológicos encima de la mesa sobre la cual ahora escribía, en dónde también habían colocados muchos objetos de formas extrañas como los pensamientos de aquel hombre.

Mientras su alma volaba por encima de los planos existenciales, un ruido seco hizo zozobrar su inspiración.

Era el ruido de un puño golpeando la puerta.

Con gran irritación y con una mueca dibujada en su rostro, el singular personaje dejó pasar a aquel que osaba importunar aquella paz.

-Adelante.

En la habitación entró un joven de unos veinte años que parecía ligeramente agitado.

-¿Qué ocurre, Kiu?

-Maestro, si me permite, le recuerdo que tiene una cita con los miembros de Hulen, y creí necesario avisarle.

Nuán sonrió irónicamente y clavó una mirada fría en los ojos azules del joven, el cual se estremeció y la apartó rápidamente, no pudiéndola aguantar ni por más de dos segundos. Tal era el extraño fuego que alimentaba el interior de sus ojos oscuros como el carbón.

-Gracias, Kiu. Puedes retirarte.

-S...si señor.

Haciendo una leve reverencia, con rapidez, desapareció por la puerta abierta y la cerró con cuidado.

Kiu vivía en una casita contigua a la suya, y hacía las funciones de aprendiz de Nuán.

Nuán se rascó sus cabellos color caoba, cerró los ojos tratando de centrarse en el objeto de su interés (la narración), pero su inspiración se había desvanecido como la tierra arrastrada por un viento cruel y violento. No tuvo más remedio que dejar la obra para más tarde.

Se levantó y se dispuso a prepararse para salir al exterior, hacia la

morada de la Orden de Hulen.

Abrió un destartalado armario, se colocó una túnica azul claro, se puso la capucha, se calzó unas cómodas botas para caminar largos caminos y cogió su vara inseparable y un libro sin título, que parecía guardar algo extraño. Cuando estuvo preparado, abrió la puerta y saludó con una sonrisa alegre, extendiendo los brazos y cerrando los ojos, a la naturaleza que parecía brindarle la bienvenida.

Empezó a caminar tranquilamente, con paso seguro y decidido, por el camino empedrado que discurría paralelo al arroyo de Inian. Por ambos lados del camino se agrupaba un gran bosque espeso, con los árboles que, retorcidos y con una vitalidad inmensa, abrazaban al camino con sus sombras. El tintineo de las gotas de rocío en las hojas acariciaba la paz que se albergaba en aquel momento en el interior de Nuán.

En el horizonte se entreveía el humo de las chimeneas de la aldea, ya que se acercaba la hora de la primera comida, y el sonido de música de flautas, violines, arpas, guitarrones y tambores se oía en la distancia, y venía volando con el viento, y coros de gentes en las plazas celebrando la fiesta del día de Uande.

Al oeste se extendían, ahora delante suya, las altas montañas azules de Ilmaren, detrás de ellas se cuenta que comenzaba el país de Gaül, en donde nadie quería encaminarse, porque se decía que quien ponía el pie en aquellas tierras nunca jamás volvía.

Nuán clavó su mirada como si pudiera atravesar aquellas altas montañas a lo lejos, y se le inundaron los ojos de recuerdos y la melancolía se apoderó de él, mientras esbozaba una sonrisa.

## 2

La aldea se llamaba Taürion, y aquel día era un bullicio de gente. En todas las calles había un gran alboroto, y el mercado se extendía por todas ellas. En cada rincón había un juglar interpretando sus canciones y gente alrededor suya vitoreando y coreando sus canciones, jóvenes corriendo dirigiéndose hacia a los bailes de la plaza. Y gritos, y palmas, y risas. Y peleas y borrachos. Y animales andando por la calle acompañando a sus vendedores y compradores, carros transportando fruta, lana, cereales, abriéndose paso casi a la fuerza entre aquella marea.

Todo era vitalidad y alegría en la aldea esperando ya la llegada del inminente verano, después de un largo y duro invierno, y de una primavera escasa y desesperanzadora. La gente necesitaba evadirse, y aquel día era el más indicado, porque la fiesta empezaba al alba y terminaba a la puesta de Sol, dando lugar luego a celebraciones en los

bosques cercanos.

Era una tradición que se remontaba en la noche de los tiempos.

Nuán caminaba entre aquel bullicio. Nunca le habían gustado las aglomeraciones de gente, pero aquello era especial, porque se respiraba un muy buen ambiente, y eso casi nunca ocurría.

En la aldea, Nuán no despertaba muchas simpatías, ya que a primera vista parecía un hombre huraño y antipático, un hombre orgulloso y arrogante que paseaba tranquilamente sin tener que hacer ningún trabajo físico o forzado. Esto no gustaba a la gente, y por eso muchas veces se hacían comentarios a sus espaldas (o delante de sus narices) comentando estos y más atributos que le habían impuesto solo por su apariencia. Pero Nuán hacía años que ya había aprendido a no preocuparse por lo que pensaban los demás de él. Por eso, en vez de dar un rodeo, prefería atravesar la aldea, ya que aquel bullicio le avivaba la mente, y le agilizaba y le renovaba los pensamientos estancados.

El resto de miembros de Hulen no hacían lo que él: siempre trataban de evitar al "vulgo" y así esquivar las críticas que sí se llevaba Nuán por mezclarse con el pueblo.

Imbuido estaba en estos pensamientos cuando alguien le agarró por el hombro.

-Nuán, ¿Me equivoco?

Nuán se giró sorprendido e intrigado, y descubrió a un hombre de edad, con una blanca y luenga barba, el cual con unos ojos inquisidores y brillantes no dejaba de mirarle.

-Así es.

El hombre viejo sonrió.

-Antes de que me lo preguntes, espera...¿Te puedo tutear?

Parecía tener sentido del humor.

-Por supuesto que sí, eso debería preguntarlo yo. Dígame.

-Tu también me puedes tutear! Te iba a comentar que me llamo Hyunde, y voy por primera vez a este consejo que ha sido convocado hoy, como cada año.

Nuán estaba muy extrañado. Veía a aquel hombre como a un sabio bondadoso, más bien como un druida de las leyendas humanas en el

Mundo Ordinario, ya que iba vestido con una túnica blanca, y llevaba un cinturón dorado y una vara de roble en la mano izquierda. Pero en el Mundo Ordinario los druidas hacía siglos que habían desaparecido (tampoco era normal que alguien en Espiral quisiera imitarlos en su forma de vestir) y, además, había algo en su mirada que lo inquietaba de veras. Se preguntaba cómo demonios le habría reconocido, si a él no le conocía de nada ni lo había visto en la vida...aunque le resultaba extrañamente familiar.

-Sé cómo me miras, y puedo leer tus pensamientos. No, no soy un druida. De hecho, me visto como ellos para rendirles homenaje al haber sido ellos los depositarios de una buena parte de la sabiduría de Espiral durante el Exilio. Pero si quieres saber algo, hasta que ingresé en los Hulen, pertenecía a la Orden de Wail. Ayer juré obediencia y silencio a la de Hulen.

El anciano guiñó un ojo. A Nuán le parecía sospechoso y de entrada no le gustaba su actitud de misterio que parecía algo forzada. Además, ¿Que hacía alguien como él en Täurion? ¿Por qué se había molestado en viajar tantos kilómetros para ingresar en otra Orden a esta avanzada edad? Wail era la Orden más poderosa de Espiral, y no tenía sentido viajar tanto para ingresar en una Orden de segunda fila como era la de Hulen.

-Bien, Hyunde, perdona que te interrumpa, pero tenemos aun que andar unos 5 kilómetros más hasta llegar a la Morada, y vamos muy justos de tiempo.

El anciano asintió sonriente, y los dos se encaminaron hacia la Morada. Durante todo el camino no hablaron de nada más. Nuán sentía desconfianza hacia él.

Después de cruzar la aldea llegaron a unas colinas que se extendían al norte de ésta, y en dónde estaba el escondite secreto para acceder a la Morada.

Detrás de unos árboles estaba la piedra de la Colina, la cual si se giraba sobre si misma y se pronunciaban las palabras mágicas correctas, una puerta de piedra se abría sobre su eje y permitía la entrada a los miembros de la Orden.

Una vez allí, el anciano abrió la boca por primera vez en dos horas.

-Bien, mi amigo Nuán, ya hemos llegado a la compuerta. ¿Me equivoco?

-Así es.

El anciano esbozó una sonrisa bajo sus pobladísimas barbas, cerró los

ojos, e hizo girar la piedra con tranquilidad.

-Andenïa vermat un nundalen arkhat. LÛar indharis trew canthelion na juildin tyu.

Las puertas se abrieron lentamente delante de los dos hombres.

Nuán no daba crédito a lo que veía. Aquel anciano nunca había acudido a aquel lugar y parecía ya conocer todos los procedimientos que tenía que seguir.

-¿Sorprendido? Aprendo las cosas muy deprisa, pese a mi avanzada edad. Un miembro de Hulen, que es amigo mío, me pasó un pergamino con todos los procedimientos a seguir, y los memoricé. Así de sencillo.

-No está mal, señor Hyunde. Sin más dilación, entremos - dijo Nuán, simulando indiferencia.

Una vez cruzada la puerta, había una escalera que ascendía elevándose hasta que daba una vuelta a unos cien metros, iluminada por antorchas. Hacía bastante frío. Las gotas de humedad caían de las rocas del techo y producían un eco profundo al caer. Un suave viento frío provenía de arriba.

Después de 15 largos minutos ascendiendo sin parar por aquellas angostas escaleras, llegaron a unas grandes puertas que señalaban el final de aquel tramo. Sin que hiciera falta ninguna fórmula ni procedimiento secreto, las puertas se abrieron lentamente, al igual que lo habían hecho las puertas de abajo.

Entonces, delante de ellos, se extendieron unas tierras verdes y vírgenes.

Allí había grandes campos repletos de flores, jardines enormes en los cuales no había dos árboles iguales, pájaros de todo tipo y animales en libertad jugueteando entre ellos.

Los dos individuos pasaron por encima de un puente de madera que atravesaba un lago largo el cual parecía un espejo y donde se podían observar numerosos peces de colores que nadaban armoniosamente bajo el agua.

Todo parecía mágico y bucólico, de ensueño, allí parecía conservarse la esencia de todos los lugares del mundo.

Todo estaba rodeado de alta hierba, los caballos trotaban por los prados, mariposas de todos los colores imaginables revoloteaban como dando la bienvenida a los recién llegados y un sonido apacible de cascadas cayendo se escuchaba en medio de aquella tranquilidad. Entraron en un largo

pasadizo rodeado por unos setos color esmeralda, que terminaba en otro gran lago, esta vez mucho más grande que aquel por el que habían pasado.

El lago estaba rodeado de grandes bosques, y unas flautas extrañas se oían dentro de estos que parecían dar la bienvenida a los fatigados viajeros.

-¿Quieres atravesar el lago, que es más tranquilo y lento, o quieres ir directamente a las escaleras colgantes de la Colina por un camino lateral?  
- preguntó Nuán.

-Vayamos por el lago, mis pies necesitan un masaje - sonrió el anciano.

Los dos subieron sobre unos nenúfares, los cuales no se hundían bajo el peso de los dos hombres. El Sol ya estaba bajando por el horizonte y el atardecer era rojo como la piel de una manzana. El viento mecía los cabellos de ambos e, instintivamente, cerraron los ojos y se dejaron llevar por los suaves nenúfares. Nuán decidió tomárselo con calma y se sentó a sobre el nenúfar que ocupaba dejando que ambas piernas se sumergieran en el agua. Y se dirigió a Hyunde.

-Aún no me explico cómo llegaste a saber mi nombre.

Hyunde soltó una carcajada desenfadada, que desconcertó aún más a Nuán.

Durante aquel armonioso y tranquilo trayecto por las aguas no hablaron más. Finalmente llegaron al borde de una cascada. Nuán sonrió, bajó del nenúfar sobre el que estaba sentado y de un salto se tiró por la cascada, desde una gran altura.

Abajo, reapareció y se puso a nadar por un riachuelo que discurría a través de un prado. En el medio del prado había una gran casa. Finalmente, Nuán salió del riachuelo como un niño después de haber jugado durante horas, totalmente destrozado de cansancio, y al girarse no pudo sino contener un grito de sorpresa.

Era Hyunde. Estaba allí plantado, seco, sin signos de haberse tirado por la cascada.

¡¿Como había aparecido allí de repente?!

-Sigamos, amigo Nuán! ¡Eres muy lento!

## Capítulo 2

### **Extraído del libro "La luz menguante" de Nuán.**

Una leve y dulce melodía era arrastrada por el viento, mientras el sol se ponía detrás del oscuro horizonte recortado de grandes montañas que se perdían en la distancia. Un viento frío del norte se desplazaba por entre las ramas de los altos abedules y fresnos. Unas bellas fuentes, decoradas con dibujos de trazo exquisito de aves de todo tipo, rebosaban agua por todos sus lados.

Yo andaba, como de costumbre, ensimismado con toda la belleza extravagante que me rodeaba. El canto de las aves, las flores que lamían aquella misteriosa casa rústica que siempre me parecería extraña e inquietante, y aquella música...si, ya la conocía, me era familiar, me traía una melancolía que me hería el corazón, pero que a la vez la necesitaba, la anhelaba con locura.

No estaba completamente seguro que mi proyecto presentado a la Orden sería bien recibido.

Llegamos los dos a la puerta de la casa y fui yo el encargado de abrirla con lentitud.

Ante nosotros apareció una sala austeramente decorada.

No había ni sillas ni mesas. Estaba todo igual que cuando estuve por última vez, y toda era de piedra con un techo de madera oscura. Había dos ventanales, y los dos miraban hacia el oeste, donde ahora se ponía el Sol. Su luz entraba levemente por ellas hacia una roca tallada con unos signos que sólo los miembros de la Orden éramos capaces de leer.

La roca estaba situada en el centro de la sala.

Saqué un pergamino que tenía aferrado en el costado de mis pantalones, y empecé a leer la complicadísima fórmula necesaria para entrar en el acceso secreto de la reunión.

Los nervios empezaban a aflorar en mi estómago.

El anciano estaba más tranquilo que yo. Con un movimiento armonioso, Hyunde se sacó algo de debajo de su túnica, me sonrió y me clavó su mirada. Le pude ver, por primera vez, el extraño fuego que alimentaba sus ojos. No parecía un fuego destructivo. Sino uno de estos fuegos que se encienden para contar historias.

Me cogió una mano con extrema suavidad, y depositó en mi palma una flor verde aparentemente corriente pero que nunca jamás había visto.

-Toma, ya sé que recelas de mí, lo he estado notando desde que nos encontramos por primera vez. Yo solo te digo una cosa: te pido que tomes eso de mi parte. Tu mismo sabrás ver algún día lo que quise decir con ese gesto.

Acto seguido me cerró la mano. En aquel momento, me sentí más tranquilo. Y más seguro de mí mismo.

Ya se habían reunido casi todos, y todas las caras eran las mismas que de hace un año, sin ninguna novedad, solo que esta vez todos me entregaron una sonrisa de complicidad que era nueva para mí.

El sitio elegido por la orden para las reuniones de alto secreto no era ni mucho menos una sala propiamente dicha. Era un espacio circular, cerrado por enormes robles muy ancianos, engalanados por cintas de colores que se mecían por un perfumado viento que provenía de unos espacios misteriosos que solamente al jefe de la Orden le estaba permitido visitar.

Detrás de los robles primigenios había un arroyo que lo circundaba y el suave ruido de este era una música de fondo celestial que ambientaba las reuniones.

Los reunidos, en vez de sentarse en sillas alrededor de una mesa, se sentaban en la fina hierba de un intenso verde, recostados en los árboles y formando un amplio círculo. En otro tiempo, cuando la Orden era más numerosa, todos los robles habían sido ocupados por sabios, pero ahora muchos permanecían vacíos, quizá aliviados de no tener a un intruso humano sentado al lado de sus raíces.

Cuando Hyunde y yo ocupamos nuestros respectivos sitios, uno a cada lado del lugar arbolado, los susurros que hasta ahora se oían entre los presentes se suavizaron hasta permanecer en absoluto silencio.

De acuerdo a la tradición de la orden, cerré los ojos justo cuando sabía que el silencio volvería a ser roto. Entonces, el tierno sonido del Arpa Mágica de Hulen empezó a moldear las primeras melodías sagradas que nacían de lo más alto del roble más elevado y anciano de todos. Hulen era una orden musical y bárdica, y como tal, los bardos tenían una posición envidiable dentro de ella. De hecho, el actual jefe de la Orden era bardo aunque no era él el que interpretaba la sagrada canción. Por alguna extraña razón que se pierde en la noche de los tiempos, estaba prohibido por tradición oral que el jefe interpretara dicha canción.

Así pues, todos los presentes se levantaron, fueron hacia el centro del círculo y, sin abrir los ojos, se dieron las manos creando un círculo

perfecto. El bardo empezó a cantar con una voz dulce y calmada.

Ünan fentar  
fentar ünan  
leyo keni tentra  
lomanach nyo entam

Ünan fentar  
fentar ünan

La canción estaba compuesta en un lenguaje ritual del que ya nadie sabía nada, ni siquiera el jefe de la orden.

Se rumoreaba que había sido la lengua en la que se habían expresado miles de años atrás los pertenecientes a la orden. Sin duda, la canción antaño había constado de más versos y con más riqueza de melodía. Pero era un auténtico milagro que aún se conservaran estas palabras después de tantos siglos usando la lengua común y habiendo desaparecido mucho tiempo atrás la Alta Lengua, se dice que de orígenes feéricos.

Al cesar la música del arpa, una energía cálida se congregó en el centro del círculo, alimentada por el suave cuchicheo de los árboles mecidos por la brisa. De repente, se hizo de noche, y aparecieron las estrellas y las galaxias a millares. Los congregados flotábamos a varios centímetros sobre el suelo. Seguidamente, todos caímos con suavidad al suelo y ya estábamos listos y preparados para empezar la reunión, ya en otro plano de existencia y de tiempo.

Un fuego ígneo se había encendido en el centro del círculo, un fuego incombustible creado por la alta magia de todos nosotros. Y así una nueva reunión de la orden secreta de Hulen empezó.

-Ynä\* - dijo con una voz dulce y relajada el jefe de la orden - En esta maravillosa y bien amada noche estrellada, tenemos el honor y la maravilla de presentaros al que será a partir de ahora un nuevo miembro de la orden de Hulen. Su nombre es Hyunde, y espero que como buenos Ynä le acogáis con regocijo entre vosotros. Viene de tierras muy lejanas, concretamente de la muy honorable orden de Wail. Os pido un enorme aplauso de bienvenida.

Una gran ovación se cernió sobre la sala arbolada, una ovación que duró una eternidad, aunque poco importaba, pues el tiempo en aquel sitio no tenía importancia, estaba algo así como congelado. Vítores empezaron a salir de las gargantas de los presentes, emocionados por ver crecer de nuevo a la antiguamente castigada orden de Hulen.

-¡Viva la Orden! - exclamó uno de los hermanos, visiblemente emocionado.

-¡Viva! - le contestaron todos.

-¡Larga vida a nuestro nuevo hermano Hyunde!

-¡Larga vida!

Entonces, de la nada, ante cada uno de los congregados, aparecieron unas pequeñas copas de cristal que atraían en su superficie la blanca y pura luz de las estrellas. Estaban rellenas de líquido de Lera. Solamente en ocasiones muy especiales se les permitía a los reunidos beber de un brebaje sagrado y sellado por cientos de años como aquel. Todos se pusieron a charlar animadamente, bajo el tenue efecto de la bebida, que ensalzaba los corazones y hacía brillar las almas en medio de cualquier oscuridad.

Nuán no recordaba haber tenido una bienvenida tan enérgica y especial como aquella. Miraba alrededor y solamente veía caras felices y entusiasmadas, todos hablando acerca de todo lo virtuoso y bueno que existía en el mundo. Pero él, alrededor de todo aquel gozo, se sentía culpable por sentirse triste y melancólico. Se sentía incluso apartado, olvidado.

Debía ser simplemente un mal día, fruto de demasiadas emociones fuertes.

Toda la preocupación se desvaneció al ver que Hyunde se levantaba desde las raíces del roble para tomar la palabra. Con la mano derecha seguía blandiendo la vara de madera, mientras que la izquierda tenía ligeramente agarrada una copa de Lera.

-No sé cómo podré agradecerlos, en estos años venideros en los que espero y deseo ser vuestro hermano, toda esta muestra de sincera felicidad al haberme acogido como nuevo miembro de vuestra Orden - más aplausos entusiastas se sucedieron - ¡Gracias! -los aplausos cesaron - Desde mi niñez, siempre he tenido devoción por los mitos, las leyendas y las canciones que han ido moldeando y enriqueciendo nuestra sociedad actual. Yo provengo de la antigua orden de Wail, una congregación de hermanos que en una ardua tarea intentan mantener la paz y la estabilidad entre el mundo Ordinario y Espiral. Pero, por motivos puramente espirituales, mi alma me ha revelado que mi sitio está entre vosotros, en busca de la verdad que yace subyacente en los libros y en la tradición oral y secreta. Así pues, y siempre manteniendo en mi corazón los maravillosos recuerdos que permanecen de mi antigua Orden así como de los que serán siempre mis otros hermanos, soy un hombre feliz cada vez que pienso que he ingresado en la Orden en la que de verdad puedo

sentirme en casa, en la que mis sentimientos son los mismos que los vuestros. Así pues, bebo esta humilde copa que me ha sido otorgada con el ánimo de alguien que trabajará arduamente, codo con codo, y conjuro con conjuro, para que la llama de la leyenda siga viva en nuestro Mundo. ¡A vuestra salud, Ynä!

-¡A tu salud, Yne! - corearon el resto de hermanos, con gran júbilo.

Nuán miró otra vez a su alrededor. Era curioso observar la media de edad de todos los hermanos. Todos tenían más de cuarenta años, excepto él, que rondaba los treinta. Ahora todos estaban ocupados alabando al jefe de la Orden y a Hyunde, pero lo que más deseaba Nuán era terminar con aquellas celebraciones infructíferas y seguir con la reunión, pues él había estado días enteros escribiendo en un pergamino sobre un tema del cual tenía muchas ganas de hablar, por su urgencia.

Pero, ¿Por qué aquel anciano recibía tantas alabanzas y tantos halagos por parte de la Orden? Era irracional pensar que fuera simplemente un desconocido que hubiera ingresado en Hulen. Sin duda había algo sobre Hyunde que él desconocía, o...quizá simplemente fuera envidia por haber tenido una celebración así. Puede que hubiera sido un hombre con mucho renombre en su país, pero aquel bombo y platillo era más digno de un señor feudal que recibe a un hijo de un señor de otra tierra que se ha casado con su hija, que de miembros de una Orden.

Así pues, Nuán se levantó, sin esperar que las muestras de alegría por la llegada del nuevo hermano hubieran cesado.

-Ruego a los presentes que la reunión se reanude. Tengo algo urgente que comunicaros.

Al oír sus sobrias palabras, los congregados cesaron de hablar durante unos instantes y le miraron con la cara disgustada de un niño que ha sido interrumpido en medio de un juego.

-Nuán, estás en tu derecho de exponer lo que quieras decir ante los Ynä - dijo el Jefe, desganado, limitándose a seguir la tradición oral de la Orden.

-Bien - espetó Nuán, levantándose de su sitio bajo el roble - Supongo que habrán oído hablar de los Lamat.

Un silencioso pero constante revuelo se levantó en la sala al escuchar aquel nombre. Visiblemente airado, uno de los presentes, de nombre Tynu, se levantó.

-Oscuros nombres son los que tu pronuncias en una celebración como esta. Abogo por el veto a nuestro hermano Nuán, por agitar la oscuridad

cuando no tiene que ser agitada.

-Nuán puede hablar de lo que su corazón le dicte como hermano nuestro que es - dijo el jefe, ligeramente contrariado - Puedes proseguir, Yne.

-Como ya sabréis, los Lamat son unos seres feéricos que llevan atacando a Espiral, de forma constante, desde hace muchos miles de años no solamente matando y destruyendo, sino sembrando también el miedo y la ira en los corazones de la gente. Así, gran parte de la humanidad está expuesta al afán de poder para, con esa excusa, combatir a esos seres. El mayor problema reside en que cuanto más corrupta y podrida está la humanidad, más ataques sufriremos de ellos y así se produce un círculo vicioso que nos puede llevar a la destrucción. Pero bueno, nada nuevo os cuento, toda esa historia la sabéis mejor que yo. El mayor problema es que, según he ido recogiendo en mis viajes por toda Espiral, los ataques han desaparecido. Simplemente, no se tiene constancia de ataques desde hace meses. Esto es muy extraño y querría que se discutiera, y más siendo Hyunde un ex-miembro de la Orden de Wail. Me temo que podemos estar en el ojo de un huracán.

Carcajadas y reproches empezaron a surgir de las gargantas de todos los presentes. Otra vez Tynu intervino.

-¿No será que quieres desviar la atención simplemente porque tienes envidia del recibimiento que hemos brindado a nuestro hermano?

-¡Seguro que así es! - intervino otro hermano, en un tono claramente burlesco.

-Nuán, después de este dudoso argumento que acabas de esgrimir, estás obligado a dar razones fundadas sobre ello - dijo el jefe, profundamente airado - o sino tendremos que tomar medidas por tu insolencia en un día de júbilo y alegría como este.

-Eso es lo que pretendía hacer, mi maestro - contestó Nuán, en un tono muy relajado - Los Lamat, en contra de lo que casi todos piensan, son seres muy inteligentes guiados por un feérico del que no se sabe absolutamente nada, o por un grupo de ellos. Los Cuatro Guardianes me han comentado, no sin temor, haber observado unas extrañas nieblas apareciendo por encima de las Cuatro Arboledas. Estas nieblas, a tenor de lo que nos cuentan las leyendas que nosotros mismos estudiamos, son exactamente iguales en forma a las descritas justo antes del primer ataque de los Lamat en la historia de Espiral, justo después de la Gran Guerra entre los Reinos de Espiral. El por qué se ven los mismos indicios que los producidos momentos antes de la Primera Caída, hace 6000 años, es algo que de momento, y por desgracia, escapa a mi saber - las quejas de los presentes empezaron a subir de tono, hasta el punto que a Nuán le costaba hablar. Había mucha hostilidad en el ambiente, mucha ira - Mi

teoría es que los feéricos nos están amenazando con un nuevo Exilio, puesto que nuestro mundo se haya profundamente corrompido y desequilibrado, con una Orden de Wail en la sombra que lo controla todo y unos pocos privilegiados que tienen acceso a las Órdenes. ¿No os lo habíais planteado hasta ahora?

-Hermano Nuán, conoces perfectamente las reglas de nuestra orden. Todos los hechos de importancia no demostrables deben evitarse en las reuniones. Lo que nos estás comentando es muy grave, y por eso tu falta de pruebas y tus injurias no sólo contra todas las órdenes espirales sino también contra la nuestra lo hace aún más grave - el jefe de la Orden hablaba con un tono de voz que había pasado del dulce y bajo del principio de la reunión, a un estado furioso e implacable - Al finalizar esta reunión deberemos tomar medidas contigo.

Nuán rió con amargura.

-Ya de por sí una Orden que niega la libertad de expresión de sus hermanos, indica lo podrido que está el mundo de las órdenes espirales, mi maestro. Además, te contradices en un punto. Esta orden está asentada sobre hechos que jamás se podrán comprobar: leyendas extraídas de canciones y mitología, y sin embargo creéis en su veracidad, ciegamente. ¿Por qué entonces no podemos creer a cuatro guardianes que llevan siglos guardando nuestras fronteras?

-Pido a la Orden que se vete al hermano Nuán - exclamó uno de los Ynä - Las injurias e insultos que está lanzando contra las órdenes son ya inaceptables.

Nuán dio dos pasos hacia el centro, ante las caras desencajadas por el odio de todos y, sin inmutarse, siguió hablando con un tono relajado y firme.

-La Orden de Hulen, así como el resto de órdenes, solamente podrá evitar un nuevo Exilio atrayendo sangre nueva a la Orden y refundándola, cómo el pequeño brote que nace al lado de un árbol moribundo, gracias a una última semilla. Yo propongo la creación de una escuela para todos los niños y niñas que quieran estudiar en ella, hijos de gente normal y corriente del pueblo, pues la magia y la sabiduría deberían poder ser accesibles a todo el mundo y no peligrosamente restringidas. El objetivo final de esas escuelas será el ingreso a la orden siempre bajo decisión propia.

"De cada día nos encerramos más y más en un hermetismo que nos condena a repetir los errores que se cometieron hace 6000 años. El pueblo de cada vez es más manipulable, más influenciado y eso implica una progresiva desaparición de nuestra interacción con la magia y la sabiduría del Mundo, pues las órdenes de cada vez se vuelven más

materialistas por su afán de poder sobre el pueblo - cerró el puño, con el ceño fruncido - Hermanos, os ruego que tengáis en cuenta mi proposición, que al menos le deis el beneficio de la duda, pues sino me temo que estamos todos abocados a una Segunda Caída. Por lo demás, pido disculpas si en algún momento os he ofendido. No era mi intención, pues todos los que me habéis podido conocer en el poco tiempo que he sido parte de esa hermandad sabéis y conocéis el profundo aprecio, respeto y admiración que guardo hacia cada uno de mis Ynä"

-Bien, este tema tan interesante será discutido en breve. Pero primero debemos centrarnos en lo que nos concierne - así hablaba el jefe de la orden, habiendo recuperado de nuevo su voz dulce y relajada - Tynu me ha pedido el turno, y hoy nos hablará sobre una leyenda recientemente descubierta gracias a un erudito llamado Pel·las, que pudo recopilarla en un libro gracias a los viejos habitantes de una aldea olvidada de las montañas de Ilmaren llamada Kerna.

Tynu se levantó con una gran sonrisa en el rostro.

-Así es, mi maestro. Hoy os voy a relatar una historia que confirma que la leyenda de la Joven de las Estrellas está más extendida de lo que creíamos. El único pueblo que hasta ahora hablaba de esta leyenda, cantada por sus bardos, está a miles de kilómetros de aquí, y todos recordareis su extraño nombre: Dauron Nesse, que en la Alta Lengua significa La mujer del cielo (Dauron: Cielo; Nesse: mujer). Y ahora viene lo más interesante: el pueblo de Qion, situado en un pequeño y angosto valle a mucha distancia del primero, conserva un pequeño templo llamado Deiron Nisso. A pesar de las diferencias idiomáticas, todo parece indicar que existió un culto común compartido por pueblos muy lejanos que no pudieron estar en contacto en tiempos muy remotos, cuando aún no existía la marinería. Y ahora empezaré a relataros esa maravillosa leyenda, cuya versión para mi es más bella y única que la primera que conocimos.

Nuevos hallazgos y revisiones de leyendas se iban sucediendo poco a poco, con tranquilidad y alegría. Nuán se sentía como un mero agitador que se estaba alejando de los propósitos de la orden y de su propio deber quizá por envidia o por incapacidad de exponer un buen tema para regocijo de los demás hermanos. Él había estado trabajando en su proyecto de Apertura de la orden durante un mes entero, y parecía como si hubiera estado perdiendo el tiempo a juzgar por el ínfimo caso que se le hacía. Cansado ya de esperar que le llegara su turno, al cabo de infinidad de horas que se desvirtuaban a consecuencia de la no existencia del espacio-tiempo comunes, se levantó del sitio al que estaba asignado bajo un roble joven y enclenque y, sin media palabra e invadido por la incomprensión, desapareció de la reunión ante la mirada impasible de los

demás hermanos.

No recordaba haberse sentido tan desamparado y solo en su toda su vida.

## Capítulo 3

Justo al salir de los recintos de la Orden, mientras caminaba por la ciudad ahora en duermevela, Nuán ya había decidido qué rumbo iba a tomar su vida. Obstinado, con el ceño fruncido, llegó con rapidez a su casa. Los grillos cantaban bajo la tenue luz de la luna menguante. Cri Cri Cri, era un sonido que siempre le reconfortó y le ayudó a tomar las decisiones más drásticas en su vida.

Los ruidos de la noche.

Entonces, introdujo la llave de bronce y abrió la redonda puerta de madera, rodeada y cubierta por enredaderas. Entró y seguidamente se quitó los zapatos, como de costumbre. El pasillo por dónde empezó a andar estaba levemente iluminado por dos viejos candelabros, situados al principio y al final de este. Cada día Nuán encendía una barra de incienso de diferente olor, incienso natural de algún lugar específico. El pasillo siempre parecía destilar magia, cubierto por nieblas aromáticas de olores evocativos. Estaba todo decorado con estatuas de héroes, dioses y criaturas de casi todas las regiones del mundo Espiral, cada una de ellas diferente a la otra, y muchas muy poco conocidas por el resto del mundo. Algunas estatuas, producto de una extraña magia que él ni siquiera se atrevía a investigar, cobraban a veces vida y hablaban con viva voz.

Con los pasos amortiguados por la blanca moqueta, Nuán se dirigió silenciosamente hacia sus aposentos con el objetivo de prepararlo todo para la mañana siguiente. Abrió la puerta corredera y, de repente, algo le hizo detenerse. No podía dar crédito a lo que veía.

Una mujer alta, blanca como el mármol y con el cabello largo y pelirrojo que le llegaba a las caderas estaba sentada en el taburete enfrente de la hoguera. Llevaba un vestido largo acabado en una larga falda, un vestido negro como la más oscura de las noches, negro de pies a cabeza, sin encajes. Al ver a Nuán con la cara desencajada de la sorpresa, quizá pensando que le habían entrado a robar, echó atrás la cabeza y empezó a reír a carcajadas.

Nuán, con rapidez, se dirigió hacia un cajón cercano y sacó una espada corta.

-¿Qué diablos haces en mi propia casa?

-¿De veras que no me reconoces?

Nuán, sin soltar la espada, dió dos pasos hacia delante. La miró, y unos

ojos embaucadores e intensos color turquesa le devolvieron la mirada.

-Si te reconociera, no habría tenido casi un ataque al corazón.

La mujer, con infinita paciencia, se levantó de su asiento y se acercó a Nuán moviendo grácilmente la cadera. Una vez estuvo solamente a un paso de él, juntó las dos palmas de sus manos y empezó a cantar.

-La lluvia cae purificando la sangre derramada. Oh Lasso, muere por tu amada con el último beso de tu verga.

Al instante Nuán dejó caer la espada al suelo.

-¿Mirta? No...no, es imposible, Mirta murió hace 2 años. Fui a ver su tumba. Y lloré, lloré como nunca he llorado antes.

Sin mediar palabra, la mujer le abrazó. Nuán reconocía aquel abrazo y se estremeció.

-Mirta tuvo que engañaros a todos, pues decidió abandonarlo todo para ingresar en la sacrílega Orden de Varmal - le susurró la mujer, con dulzura y pesadumbre.

Nuán se separó de ella y la cogió de las manos sin poder reprimir que unas cuantas lágrimas aparecieran en sus ojos.

-Mirta....¡Mirta! - Nuán no podía controlar sus sentimientos de alegría. Volvió a abrazarla, la besó en ambas mejillas y en la frente y, poco después, se sentaron uno junto a otro ante la hoguera. Nuán no podía contener su risa. Parecía un idiota.

-¡Mirta! ¿Tu sabes lo mal que lo pasé? ¡Éramos, somos, hermanos! Todo se vació dentro de mi. ¿Cómo...? Explícame por qué vuelves a mi de entre los muertos. Algo grave debe estar ocurriendo en este mundo.

-Bueno, dejemos las malas nuevas para más tarde. ¿Te parece? Este reencuentro lo he esperado durante estos dos años como una buena copa de Lera.

-¿Por qué no viniste antes? Seguramente te regocijaste mucho entre los hermanos de Varmal. La magia negra absorbe los corazones, según he oído contar.

-También dicen que la lujuria absorbe las ideas. Sé que tú me deseaste durante los años que estuvimos tocando juntos. Fueron los mejores años de nuestras vidas. Nunca parábamos de componer, de tocar y de viajar. Simplemente no vine a ti porque las reglas de Varmal son muy estrictas. En fin, volviendo a lo de antes - Mirta acercó la silla a la de Nuán. Su

perfume era muy extraño y fuerte, pero al mismo tiempo era muy sensual y afrodisíaco - ¿Por qué nunca me confesaste que me deseabas?

Nuán no esperaba aquella pregunta, y le incomodó sobremanera.

-No sé si recuerdas que mantenías un romance con un tal Flerin, un herrero que conociste durante uno de nuestros viajes.

Mirta se puso de nuevo a reír.

-Si tu no confesabas lo que sentías por mí, por algún lado tenía yo que ir. Yo no soy de piedra, aunque lo parezca. Necesito algo de amor.

Nuán se levantó, algo molesto.

-No entiendo por qué esperabas a que yo te confesara mis sentimientos si ya sabías que yo te deseaba.

-Hubiera preferido que fueras menos cobarde.

-¿Cómo?

Mirta se tapó la boca intentando disimular su risa, mientras que Nuán se levantó como un resorte.

Los dos siguieron hablando durante horas sobre el pasado, sobre las aventuras y desventuras que habían vivido juntos el grupo de bardos al que ellos dos habían pertenecido.

Recuerdos que Nuán ya creía enterrados volvían a renacer con nuevos ropajes, más bellos y desenfadados. Nunca hubo un día exento de anécdotas, sobretodo cuando eran contratados por una Orden. Sus letras solían ser mordaces y repletas de ironía y humor, metiendo siempre el dedo en la llaga. ¡Que tiempos aquellos en los que más de una vez tuvieron que huir de un lugar por hacer mofa en una de sus canciones de algún jefe de Orden demasiado susceptible!.

Ella era la dulce cantante, él tocaba la flauta, y los otros 4 miembros los timbales, la guitarra, la mandolina y el violín. Los bardos en el mundo espiral no eran generalmente muy bien vistos por las órdenes, pues eran considerados caóticos e irrespetuosos. Sin embargo eran un mal necesario, pues al tener que viajar tanto eran también fuentes de información, muy útiles en la sociedad de entonces. Además, la mayoría de los pueblos llanos les tenían en alta estima. Los Lamentables habían creado una leyenda en torno a su historia. Ese era el grupo al que habían pertenecido Mirta y él, y lo curioso es que desde su disolución al morir (supuestamente) su cantante, los grupos bárdicos se empezaron a diluir. Los Lamentables dejaron una profunda huella en mucha gente y su

desaparición ensombreció los rostros de decenas de miles de personas en el Mundo Espiral. Así fue como Nuán decidió llenar el vacío que le había creado la repentina muerte de Mirta y la disolución del grupo con el que había tocado tantos años. Y lo hizo entrando en la Orden de Hulen, de origen bárdico.

Parecía que el pasado quería cazarlo de nuevo, y esta vez parecía muy difícil escaparse.

-Después de todas estas historias tan interesantes, creo que ya es hora de dejar las cosas claras, Mirta.

Mirta se levantó sin mediar palabra y, bajo la sorpresa de Nuán, se sentó encima de sus rodillas y lo rodeó con un brazo.

-Bien, ¿Quieres que empiece yo, verdad?

-Adelante. Dime antes una cosa. ¿Qué te hizo entrar en esa abominable orden?

Mirta soltó una risita y se acarició el pelo.

-No sabía que te interesaras tanto por mi. ¿Qué más te dan mis deseos y mis sueños?

-Pertener a la orden de Varmal es un delito. Podría denunciarte a la orden de Wail en cualquier momento.

-¿En serio? Podría contarte muchas cosas de la orden de Wail que te harían replantear toda tu filosofía.

Nuán acercó su cara a la suya, visiblemente enfadado.

-Lo único que sé es que tu orden promulga los sacrificios humanos, la guerra, los festivales orgiásticos con sangre, los estupefacientes y enseña la magia negra. Este es el Mundo Espiral y la armonía entre todos los seres del mundo es su esencia. El Caos solamente lleva a la destrucción y a la entrada de los Lamat. Aunque claro, lo más fácil es sucumbir al Caos, y tu siempre fuiste muy impulsiva.

Mirta acarició el pelo de Nuán.

-Me encanta cuando te enfadas, eres mucho más atractivo así. ¡Tanta seriedad! - bufó - Negar la oscuridad que hay en ti es un error. Yo hace mucho tiempo acepté la oscuridad y el caos que siempre amenazaban con manifestarse en mi. Siempre fui muy libre, pero constantemente me ponía barreras y límites. No sabes lo libre que ahora me siento, siento un inmenso regocijo dentro de mí pues no tengo la necesidad de reprimir

nada. Nunca habrá Orden en el ser humano, pues todos tenemos deseos oscuros en nuestro interior y tarde o temprano aparecen, quieras o no, y si no estás preparado te destruyen a ti y a los que te rodean.

Nuán empezaba a sentir el latido de la lujuria. Estaba sucumbiendo a aquel demonio anteriormente llamado Mirta.

-Todo esto está muy bien, pero debes responderme a algo esencial. ¿Por qué has venido a mi ahora, arriesgándote a que los de tu Orden te castiguen?

Mirta se levantó, caminó tras su silla relajadamente y al fin abriendo las piernas se colocó encima de él, mirando hacia él, con una sonrisa abierta.

-Los Lamat acaban de entrar en Mundo Espiral, querido.

A Nuán tuvo un espasmo de sorpresa.

-¿Cómo diablos lo sabes?

-No nacimos ayer, Nuán. Alguien me contó que hoy tenías intención de abandonar la orden por un motivo bastante relacionado a la posible llegada de los Lamat.

-¿Cómo? ¿Hay alguien espiando mis pensamientos?

-No le hace falta, él es un mago de Wail con mucha intuición. Cuando me lo contó pensé inmediatamente: Vaya, Nuán nunca cambiará. Siempre será el hombre bueno y honrado decidido a cambiar el mundo para bien. ¿Tenías pensado fundar una nueva orden, verdad?

Nuán, al contrario de lo que él mismo esperaba, no sé sorprendió.

-Fue Hyunde, lo sabía. ¿Qué le importa a Hyunde lo que yo haga y deje de hacer?

-Le importa mucho. Hace siglos que Wail está podrido por dentro y él ha decidido salir por su propio pie, alegando estar en una misión. Wail lo controla todo, todas las órdenes le rinden pleitesía. Ha pasado de ser la orden de los guardianes del Mundo Espiral a ser la Orden Suprema. Y ahora van a aprovecharse de los Lamat para poder controlarlo todo más a su manera.

-¿Por qué iba a creerme todo esto?

Mirta hizo una mueca sarcástica.

-No todos somos tan sabios como tú, maestro. No todos vivimos en una torre de marfil ni somos tan buenas personas. Yo de ti quemaría todos estos libros. Dentro de nada no los vas a necesitar.

Nuán echó a Mirta de encima suyo.

-¿Por qué iba a creerme a una bruja de Varmal? ¿Quién te crees que soy? Yo sé lo que quieres. Te has encaprichado conmigo y ahora quieres hacer de mi un brujo oscuro.

Mirta se puso a reír a carcajadas.

-En efecto, me encantaría que fueras como yo. Pero, ¿sabes cual es el problema? Que la orden de Wail sabe que tú eres un pequeño obstáculo para sus planes, eres un rebelde, Nuán, aunque tu mismo no te des cuenta, y van a venir a matarte. Hyunde así me informó y me lo creo. Los Lamat son una amenaza para tu libertad y para la mía. Luz y oscuridad desaparecen siempre bajo sus terribles hechizos. Una vez hayan realizado sus grandes matanzas y su poder oscuro se cierna sobre todos, una gran mayoría de gente se sentirá indefensa, con su futuro gravemente amenazado y se aferrarán a cualquier cosa. Y eso, Nuán, es una gran oportunidad para los poderosos. Serán mucho más manipulables, y luego los usarán para destruir a los pocos que podrían luchar contra ellos. Los Lamat también se alimentan de Caos, y el Caos se apodera de todo cuando la armonía entre luz y oscuridad se rompe. Cuando la gente pierde su propio destino, su propia individualidad, la mediocridad entra en sus vidas. La mediocridad es el verdadero Caos. Y ahora que las órdenes se han cerrado en ellas mismas, han sucumbido al poder y mantienen a las gentes apartadas, ahora es el momento ideal para la entrada de los Lamat. No les costará nada apoderarse de todas estas almas que ya casi han sucumbido a la ignorancia.

Nuán abrió la boca para responder, pero de repente se oyó un fuerte estruendo.

Se oyeron cristales rotos en el dormitorio, justo al lado del despacho de Nuán. Mirta, sobresaltada, le cogió la mano.

-¡Ya están aquí, Nuán! ¡Ya están aquí!

Nuán jamás había imaginado que nadie lo atacara, pues no había motivos para ello. Se había quedado anonadado, sin palabras.

-¿Qu...Quien?

-¿Qué más da quien sea? ¡Vienen a asesinarte! ¡Tenemos que irnos!

-¿Irnos? ¿Pero como vamos a irnos? Mirta, ¿y si solamente es una gamberrada? ¿o una simple advertencia?

Mirta lo miró muy enojada y lo agarró del cuello.

-¡Esto ya no es el país de las maravillas, Nuán! ¿Quieres morir?

Justo después de pronunciar estas palabras, la ventana situada junto a Nuán se rompió. Algunos pedazos de cristal le impactaron en la cabeza. Nuán retrocedió sorprendido y pudo ver algo que lo dejó petrificado de terror. Dos criaturas monstruosas de unos 2 metros de altura armados con martillos estaban a punto de entrar por la ventana rota en pedazos. Reían con una voz gutural, y sus ojos...no tenían ojos. Eran dos cuencas oscuras, sin iris, sin expresión, y bajo ellos una larga nariz llena de bultos y una gran boca torcida carente de labios. Su constitución muscular era brutal, con unas espaldas gigantes y el cuerpo desnudo lleno de venas azuladas debido a la masa muscular extremadamente hinchada. Uno de ellos consiguió entrar y se dirigió hacia él. Nuán retrocedió hacia la pared del fondo.

-¿¡Qué he hecho para merecer esto?! ¡No, por favor! ¡No!

El monstruo se acercaba a él con lentitud, blandiendo la poderosa arma. Cuando ya estuvo a apenas dos pasos de Nuán se detuvo y alzó el martillo en dirección a su cabeza. Babas negras se deslizaban por su boca, en una mueca que parecía denotar algún tipo de placer morboso, sed de sangre acumulada. Nuán cerró los ojos, temblando, intentando aceptar sin éxito que su hora había llegado. Rezó a la Eterna Espiral, intentó recordar todos los momentos felices que había disfrutado en su vida, las gentes que lo habían respetado y querido y su familia, pero lo único que le venía a la cabeza era la Nada, el miedo a la Nada, el miedo a desaparecer sin haber podido sentirse lleno y completo.

De repente, Nuán escuchó un fuerte alarido proveniente del monstruo que tenía enfrente. Sin atreverse a abrir los ojos debido al enorme terror, escuchó un grito femenino muy estridente que casi le ensordeció, y golpes sordos, desgarros, arañazos. Los monstruos parecían haber enloquecido. Abrió por fin los ojos, esperando algo aún peor reservado para él, pero lo que vio no se ajustaba a lo que se había imaginado. Vio a Mirta danzando por toda la habitación con una velocidad vertiginosa y gritando con estridencia palabras de un idioma que no conocía. Su cara se había transformado: sus pupilas habían desaparecido y sus ojos simplemente eran dos globos oculares azul oscuro que resplandecían y daban un brillo lapislázuli a toda la habitación. En medio de aquellos gritos, también reía con unas carcajadas esperpénticas ¡Los monstruos se estaban descomponiendo y ella parecía estar celebrándolo! Lo que había sido una vez una mujer bella y dulce, ahora parecía un ser tenebroso ascendido de las profundidades, desde las Cavernas Condenadas, como si de una Diosa

de la Guerra furiosa del Mundo Ordinario se tratara.

Al fin, los dos monstruos terminaron convirtiéndose en una masa de carne putrefacta que cubría toda la habitación, solamente en cuestión de segundos, segundos que a Nuán le habían parecido milenios. Mirta se desmayó, cayendo encima de la carne descompuesta mezclada con sangre negra como el más oscuro de los azabaches. Nuán, sin poderlo evitar, se puso a vomitar y a llorar.

Al cabo de un rato, una vez volvió la cordura en él, pudo observar que poco a poco la sangre y la carne de aquellas bestias se iba evaporando, hasta que al cabo de pocos minutos ninguna señal de lo sucedido quedaba en la habitación excepto la ventana rota y Mirta echada en el suelo boca arriba y con los ojos entornados...¡Mirta!

Se arrodilló rápidamente a su lado y empezó a agitarla con fuerza por los hombros. Al ver que, después de agitarla y de pegarle cachetes en la cara ella no despertaba, empezó a pensar lo peor. ¿Habría utilizado toda su energía vital para salvarle?

-¡Por favor, no te mueras Mirta, por favor! - empezó a llorar - ¡Todo es por mi culpa! ¡Nunca debí meterme en asuntos que no me importaban! ¡Lo hice por envidia, por egoísmo y por soberbia!...¡Mirta! ¡Mirta, por la Bendita Espiral...despierta...! - Nuán levantó el cuerpo inerte de Mirta y lo abrazó con todas sus fuerzas, enterrando su rostro entre sus pechos sin dejar de llorar.

-¡No te mueras por favor Mirta, te amo, aún te amo! ¡No me dejes solo!

Mirta no se movió.

## Capítulo 4

### 1

Una enorme fortaleza escondida entre innumerables montañas aparece de repente en medio de un enorme valle. El Secreto en qué se yergue la Orden de Varmal es como una música silenciosa jamás oída, como un conjuro dormido en los brazos de la eternidad.

Esta fortaleza es una especie de castillo gigantesco con una torre enorme de 200 metros de altura justo en el centro, una torre que tiene forma de espiral. La torre es el centro neurálgico de la Orden. El resto de edificios que conforman el conjunto son una serie de pequeños palacetes de piedra en dónde se realiza la enseñanza para posibles futuros miembros.

Está nevando copiosamente mientras los niños y las niñas acuden en número reducido a las clases, con un uniforme negro con ribetes carmesí. Los juglares se pasean alegremente por los bosques que rodean la gran construcción, cantando canciones divertidas a los niños abrigados y deprimidos por el hecho de tener que ir a las clases con tan mal tiempo. Uno de los juglares tiene una gran audiencia de estudiantes a su alrededor. Acaba de ponerse una máscara que parodia al profesor de Historia Espiral, un hombre mayor con barba, la cara poblada de arrugas, calvo y con muy malas pulgas. El juglar finalmente se dirige a dos niñas que andan distraídas por el camino.

-¡Decidme en qué año fue creada la primera Orden!

-Ehm...tenemos prisa, llegamos tarde.

-¡Excusas! ¡No lo sabéis! ¡Tendré que castigaros con ese palo!

El juglar saca una pequeña rama de roble bajo sus ropas y empieza a perseguirlas. Risas y humo producido por el frío se elevan hacia el cielo mezclándose con los copos.

El Triángulo metálico resuena en todo el valle, llamando a los estudiantes y advirtiéndoles del comienzo de las clases. Todos se apresuran y corren hacia sus respectivos edificios.

Un joven delgado, de piel pálida y cabellos negros se dirige tranquilamente hacia el edificio más antiguo de Fortaleza. La entrada tiene dos grandes portales de madera, decorados y tallados con todo tipo de bestias infernales. Justo antes de entrar se detiene y alza impasible los ojos hacia las antiguas gárgolas con forma de Lamat con las fauces abiertas, como advirtiendo a los que vienen de fuera del paso terrible que están a punto de dar al entrar en el palacio. Esboza una sonrisa, se mete

las manos en los bolsillos fríos de su negro uniforme y sigue adelante, mientras algunos estudiantes más siguen pasando a su lado, con el aliento entrecortado intentando llegar puntuales.

Justo al traspasar el umbral del edificio, ante él se eleva una escalera de innumerables escalones de mármol. Con lentitud las sube, y deja que el olor a piedra húmeda le invada los pulmones. Le encanta este olor.

Cuando por fin termina de subir, se encuentra con la Puerta del Abismo, una puerta cubierta por un espejo de importante grosor. Se mira en el espejo, cosa que normalmente suele evitar o bien cerrando los ojos o bien pronunciando la palabra clave con extrema rapidez. Pero hoy tiene curiosidad y decide mirarse en él. Se observa y se ve reflejado tal y como es él, pero sus ojos, normalmente grises, ahora están extrañamente inyectados en sangre, como si un fuego ígneo estuviera encendido en sus córneas. También una especie de niebla empieza a cubrir todo su cuerpo, y siente de repente una presencia incómoda tras su espalda. Un intenso escalofrío recorre su espalda, hasta que no soportándolo más pronuncia la palabra clave para acceder al interior del Palacio.

"Féntar".

La puerta se abre hacia afuera.

Al entrar en Palacio, Lúne vuelve a experimentar una sensación parecida a la que tuvo la primera vez que entró en él, una sensación de abrumadora y temerosa calidez difícil de explicar. Se encuentra en un corredor circular, abovedado, que da la vuelta a un gigantesco patio ajardinado con una fuente en medio. La nieve cubre toda la vegetación, desde los robles y fresnos que rodean la fuente hasta los arbustos más pequeños e insignificantes.

## 2

Se asomó al balcón de piedra, el cual estaba esculpido gracilmente con gran diversidad de adornos vegetales y animales. Melancólico, apoyó los codos sobre la piedra, los puños en las sienes, y empezó a pensar sobre cosas de las que realmente estaba bastante cansado de pensar.

¿Por qué no podía ser como los demás y hacer una vida de estudiante común, feliz con lo establecido y con ilusión puesta en el futuro?  
Pero...¿Qué futuro?

Mientras sus ensoñaciones se hacían cada vez más complicadas y oscuras, la tormenta de nieve se iba haciendo cada vez más fuerte y severa, como si la naturaleza, de alguna manera, compartiera sus preocupaciones. De repente, una mano se posó con fuerza en su hombro derecho. Se giró. Era lo que esperaba.

-Estoy convencido que sabes que deambular en solitario sin ir a clase conlleva a ciertos castigos, ¿verdad Lúne?

Era uno de los numerosos guardianes de Varmal que hacían guardia dentro del edificio. Lúne lo miró con ojos gélidos, de un color grisáceo que parecía provenir de unas nubes cargadas de hielo.

-Perfectamente.

El guardián lo cogió del brazo.

-Me da igual que representes la asignatura de Varmálica en el consejo de estudiantes - el joven llevaba un distintivo con el escudo de la orden de Varmal en el pecho - La próxima vez que te vea incumpliendo las normas lo vas a lamentar, niño.

-Oh, no me digas. ¿Es un trato de favor? ¿Debería estarte agradecido?

El guardia le apretó con la mano el brazo con fuerza y se lo llevó escaleras arriba hasta la tercera planta, donde se estaba impartiendo la clase de Historia Espiral. El guardia, quizá vengándose de las palabras insolentes que le había brindado aquel chiquillo, entró con él en clase sin dejarlo de sujetar. El profesor, que en aquel momento explicaba la historia interminable y cíclica de los seres feéricos, tuvo que interrumpir su explicación.

-¿A qué se debe esta interrupción?! ¡Espero y deseo que sea algo lo suficientemente importante como para ser más importante que la historia!

El guardia soltó a Lúne y lo empujó en dirección al profesor.

-Ya casi parezco su madre - bromeó su captor, con voz ronca y espesa, y dicho esto salió del aula con zancadas largas y firmes.

Toda la clase rió por lo bajo.

-¡Callaos! - gritó el profesor calvo y de barbas blancas, entornando los ojos de forma amenazadora. Todos callaron y en seguida se hizo el silencio. El profesor se giró hacia Lúne con la misma ira y el mismo odio hacia él de siempre.

-¡Lúne! ¿Te crees superior o diferente haciendo lo que haces? ¿Sabes lo que eres Lúne? ¡¿Quiere que te lo diga?! - el anciano enrojeció.

-No prosiga: soy un tonto y un necio. ¿Ya le basta? ¿O quiere decirme algo más? - dijo Lúne, sonriendo levemente y mirando hacia los enormes

ventanales que daban hacia las montañas totalmente nevadas del sur.

-Te diré algo más, por supuesto. Te aseguro que como vuelvas a reírte de las normas sagradas de este ancestral lugar, haré todo lo posible para que seas expulsado. ¿Quién te has creído que eres? ¡No eres nadie! ¡Estás aquí para aprender, ignorante!

El muchacho hizo caso omiso a las palabras agresivas y severas del profesor y siguió observando los ventanales, cruzándose de brazos.

-----

-Lúne, ¡estás como una cabra!

-¿Yo? Pero si soy muy aburrido.

Ernel y Lúne estaban sentados sobre una enorme rama de roble cerca de la copa del árbol. Desde ahí se veía una panorámica muy buena de gran parte de la fortaleza exceptuando la residencia de alumnos. El día aún permanecía gris pero ya no nevaba, solamente como testigo había quedado todo el valle cubierto de un manto blanco, que con el penetrante frío que hacía, tardaría en derretirse.

Varios músicos ataviados con violines, flautas y arpas interpretaban unas canciones en el interior del bosque despidiendo el invernal día que llegaba a su fin posiblemente dando paso a una noche helada y a otro día coloreado con una sola pincelada: el blanco de la nieve y de los copos.

Ernel era pelirrojo, la cara repleta de pecas, unos ojos verdes muy intensos y ligeramente obeso, lo cual contrastaba con la delgadez de Lúne. Ambos balanceaban las piernas en el aire, distraídos.

-Tienes que ir con más cuidado. Un día te expulsarán del colegio.

Lúne le pasó un brazo en el hombro de su amigo y le sonrió con tranquilidad.

-Recuerda que tenemos reunión justo después del anochecer, en el lugar de siempre.

-Verás Lúne...no sé si deberíamos seguir con esto - Ernel bajó del árbol con algo más de dificultad que su amigo - Es inútil y tarde o temprano terminarán dando con nosotros. Varios profesores ya me miran mal y pondría la mano en el fuego que sospechan.

Lúne, sin ninguna expresión visible en su rostro, dió la espalda a su amigo y empezó a andar en dirección al Oeste y sin mediar palabra alzó el brazo

con la mano extendida en señal de despedida.

### 3

Acceder al Mundo Feérico desde el Mundo Espiral no resulta difícil si alguien encuentra un punto de energía situado en un lugar dónde confluyen las espirales que conforman la Tierra y todo el Universo. Una vez se ha encontrado el punto confluyente, es necesario una de las fórmulas mágicas más peligrosas y difíciles de encontrar en el Mundo Espiral. También es necesario el permiso de los feéricos para realizar la entrada.

Cuando un ser humano penetra en este Mundo tiene que ser extremadamente cauto, pues las energías del Mundo Feérico son extremadamente cambiantes, como la naturaleza misma, y hay que prestar mucha atención a todo lo que se pueda realizar en él, pues un contrato o un pacto mal realizado puede conllevar desastrosas consecuencias para el individuo. Una vez alguien da un paso en falso, ya no puede volver atrás. El ser humano es como una llama que se debilita, progresivamente, en el interior de este mundo.

No obstante, para unos jóvenes rebeldes e inquietos, es una puerta a nuevas sensaciones, una entrada al Palacio de la Sabiduría, siempre lleno de riesgos, de consecuencias imprevisibles.

Lúne, Ernel y Velia, una amiga de ambos, estaban congregados alrededor de una hoguera de Foln, un elemento azulado que solo se encuentra en el Mundo Feérico, un elemento que según se cuenta favorece el arte de la conversación y destierra los miedos y las fronteras del corazón. Quizá tan sólo sea para crear belleza en el ambiente, gracias a la fuerza de su luz, que se expande por los alrededores con gran maravilla y misterio, pero se ha usado siempre cuando se establece un contacto entre humanos y feéricos en el Mundo Feérico.

El anfitrión del encuentro con los jóvenes era un Folnen, un ser pequeño con una enorme barba negra y muy poblada, ya familiarizado con aquellos jóvenes. Sus ojos como dos carbones brillaban, como hogueras ardientes, repletas de curiosidad, y su sonrisa era abierta y despreocupada, a la vez que misteriosa.

Estaban todos congregados en un pequeño claro iluminado por la luna y las estrellas, rodeados por un bosque de árboles gigantes, cuyos troncos la mayoría tenían una circunferencia de decenas de metros.

-Es muy sintomático que, a pesar de la amenaza que se cierne sobre Espiral por culpa de los Lamat, solamente un grupo de niños humanos nos vengan a hacer una, mmh, visita. Aunque huelga decir que, a pesar de ser el único pueblo aún abierto al contacto con humanos, muchas veces evitamos el contacto con ellos, sobretodo con los adultos. Solo quieren

venir aquí en busca de conocimientos arcanos para aumentar sus poderes. Y eso no les haría ningún bien.

-¿Qué quieres decir con eso? - preguntó Lúne arqueando las cejas.

-Muy sencillo - se amasó la barba, los ojos fijados en la azulada hoguera - En lugar de querer compartir sus corazones con los nuestros, solamente vienen con un propósito, con un interés. Y aquí no conocemos esta palabra tan humana. Nosotros no conocemos el principio ni el fin de las cosas. Hace ya muchos siglos que la sociedad humana ha vuelto a pudrirse, y esta vez es una putrefacción invisible, más terrible aún. Los Lamat solamente son una terrible consecuencia de todo esto que nosotros no podemos detener, pues así tiene que ser. Todas las cosas ocurren por un motivo.

-Lo que no acabo de entender - Lúne arqueó su cuerpo hacia adelante, sintiendo el calor reconfortante de la hoguera - Es por qué los humanos y los feéricos no podemos volver a estar en armonía. Las cosas serían mucho más fáciles, y más en estos tiempos oscuros. Varmal aboga por esa unión, pero siento impotencia y rabia al pensar en el resto de Órdenes, que nos han conducido a la perdición.

El Folnen fue hacia un árbol cercano y acarició el tronco con suavidad, sin dejar de mirar a Lúne.

-El problema no son las Órdenes, el problema es la división, la desconfianza, el resentimiento.

Justo al decir esto, un viento perfumado de una fragancia tibia y desconocida empezó a acariciar el pequeño claro donde ellos estaban sentados. Provenía del más profundo interior del bosque. De repente, Lúne sintió como si su corazón y su alma fueran Uno con el resto. En su pecho una extraña calidez empezó a palpitar, incesante.

El Folnen danzaba con una bellísima figura con aspecto de mujer. Indudablemente era de su misma raza, pues su belleza más que terrenal era totalmente etérea y parecía estar rodeada de una neblina casi imperceptible. Sus cabellos eran blancos y ondulaban con aquel leve viento que se había levantado. Era una visión que casi le dañaba, de la maravilla que le invadía al observarla. Ambos danzaban a los pies del gran árbol. El Folnen no cesaba de besarla y de acariciarla. No hacía falta música para escuchar aquel ritmo.

Lúne se levantó, observó la brillantísima Luna y se echó a reír con una gran sonoridad. En seguida el resto de compañeros le imitaron y también se sintieron extrañamente regocijados.

Lúne, lleno de alegría, saltó varias veces por encima del fuego sagrado.

Finalmente, el viento se apaciguó y el Folnen volvió con ellos dando

pequeños saltitos desenfadados.

-¡Oh, los jóvenes humanos! ¡La llama más intensa, el fuego que más pronto se consume! - susurró, entre risitas y acariciándose el pequeño mentón.

El Folnen se acercó entonces a Lúne y le miró de pies a cabeza, divertido.

-¡Lúne, Lúne!... Aún eres muy joven para esto y no lo puedes entender. Pero tendrás que aprender a ser menos vanidoso. Siempre la reacción al poder tiene el riesgo de conllevar precisamente a la asunción de otro poder igual de terrible.

El joven lo miró abiertamente extrañado, deprimido por esa caída radical a la realidad después de aquellos momentos de goce y regocijo.

-¿Por qué me dices eso tan repentinamente?

-Muy sencillo, joven humano - el Folnen clavó sus ojos ovalados en el fuego azulado de Foln - Al saltar encima del fuego sagrado de Foln, inconscientemente has hecho un pacto de por vida con Folnendäl y, por ende, con el Mundo Feérico.

Lúne lo miró incrédulo.

-Se ve que a los Folnen os gusta bromear.

El Folnen rió.

-En absoluto. Los seres feéricos no tenemos necesidad de esconder nada. Los humanos estáis todo el tiempo mirándolo todo desde la desconfianza del binomio verdad-mentira; máscara-rostro. Aquí eso no existe.

-Muy bien. Pongamos que sí, que es verdad. ¿Qué quiere decir "tener un pacto de por vida con Folnendäl"?

El folnen acarició el fuego con una de sus diminutas manos y, mirando a todos los presentes, les guiñó un ojo.

Al instante los tres se encontraron de vuelta en el Mundo Espiral, tumbados en el suelo salpicado de nieve y hierba húmeda, como de costumbre. Se levantaron a duras penas, con un fuerte dolor en todo el cuerpo, como si hubieran hecho un esfuerzo inconmensurable.

Era noche profunda, una noche sin estrellas y sin Luna.

## Capítulo 5

-¡Es la última vez que me reúno contigo, Lúne! - espetó una airada Velia - ¿Quién nos dice que esos malditos seres no nos han mentado? ¿Quién diablos nos dice que no han jugado con nosotros? ¡Nos prometiste sabiduría y secretos, y todo lo que hemos encontrado es a un par de pequeños seres traviesos que no paran de balbucear ambigüedades!

Velia era una jovencita con unos cabellos de color plateados, muy extraños en aquellas latitudes, unos cabellos que caían con absoluta libertad sobre su espalda, como si se trataran de ríos repletos de argenta corriendo hasta su destino: sus nalgas.

Poseía unos ojos ligeramente anaranjados, lo que hacía que cuando una luz medianamente fuerte se posaba en su rostro le resplandecieran profundamente rojos. Eso junto con la fiereza con la que Velia solía mirar a la gente, a veces le daba un aire casi terrible, oscuro.

-Yo también estoy con Velia. No podemos seguir dando pasos en falso. Si seguimos así... - dijo Ernel - ¡Si nos encuentran hoy, nos expulsarán, Lúne!

Lúne propinó un fuerte puñetazo a un árbol cercano, de tal intensidad que se abrió una pequeña herida en la mano.

-¡Callaos los dos! ¡Ahora ya estáis metidos en esto! Y tú, Ernel - dijo, empujándolo con fuerza y agresividad - ¿No eres lo suficientemente hombre como para tener los cojones de luchar por tus creencias? Veo que no, sólo basta ver lo cobarde y autocomplaciente que eres - Lúne se alejó de ellos, dándoles la espalda y encogiéndose de hombros - ¿Sabéis qué? No os preocupéis, ahora mismo me dirigiré a la Residencia por mí mismo y alegraré que fui a conjurar contra el colegio. Vosotros dos solamente tendréis que decir que me buscabais.

-¡Encantada lo haría Lúne, pues igualmente nos tienes engañados! ¡Todo lo que dices y crees son pamplinas! ¿De qué creencias hablas? Te dejaría en la estacada pero bien sabes que no quedaría excesivamente creíble a ojos del Rector, así que iremos contigo tanto si queremos como si no. ¿Verdad, Ernel?

-Por supuesto - dijo Ernel, olvidándose de la confusión producida por el enfado de su amigo - Debemos ser cautos.

Lúne escupió en el suelo y sin decir una palabra siguió hacia adelante, como si hubiera olvidado la presencia de los jóvenes que le seguían. Mientras tanto, Velia seguía refunfuñando por lo bajo pero lo suficientemente alto para que Lúne lo escuchara.

-¡Ya no estoy para esos juegos de niños, soy adulta! (...), ¿Sabes lo que es? ¡Un egoísta e inmaduro! (...), Hace años que nos enseñaron en Historia del mundo feérico que jamás jugaríamos con Ellos. Son mundos totalmente diferentes y se rigen por otras reglas (...), Lúne es un irresponsable y nosotros tontos por seguirle (...), No sé qué hacemos siendo sus amigos (...).

Ernel se limitaba a asentir y a disimular, echando miradas periódicas al suelo o bien al cielo. Gracias a las antorchas dispuestas con cuidado en varios árboles que de vez en cuando iluminaban el interior del bosque, podían guiarse por él, de lo contrario hubiera sido imposible encontrar el camino que llevaba a la residencia de estudiantes.

El problema mayor no era la luz sino algo mucho peor: los guardianes de Varmal que poblaban la fortaleza. A cada paso que daban solamente estaban pendientes del mínimo ruido que pudieran escuchar por temor a ser descubiertos. Continuas rachas de un gélido viento les golpeaban los rostros y pequeños cristales de hielo se incrustaban en sus pieles.

Hasta que, en una zona dónde las antorchas eran más escasas, observaron algo que les extrañó.

A lo lejos, entre los árboles, vieron unas luces azules flotando grácilmente en el aire. Temblaban levemente.

No eran luciérnagas, sin duda. Las luciérnagas solamente aparecen en las noches cálidas de verano.

Lúne, que no había prestado demasiada atención a las luces, andaba distraído entre las tinieblas, esperando impasible una reprimenda o un nuevo castigo.

No le importaba en absoluto. Indagar sobre la verdad que se estaba ocultando en la fortaleza era más importante que todo ello, y eso requería pequeños sacrificios. Pensaba qué haría al llegar a la Residencia de Estudiantes. Se marcharía directamente a su celda, en dónde dormía con su amigo Ernel, y estaría toda la noche en vela, escribiendo y releendo las copias que había hecho sobre unos libros que había hojeado en la Biblioteca de Varmal, unos libros que permanecían en el anonimato. Sonrió con seguridad, y deseó llegar a la calidez de la chimenea y a la gruta secreta de las Palabras. Oyó el canto de un búho y el aullido casi imperceptible de los lobos en las montañas y valles que rodeaban la Fortaleza.

Mientras andaba cerró los ojos.

Los ruidos nocturnos despertaban en él una especie de anhelo ancestral que no podía definir, a pesar de que siempre intentaba plasmarlo por escrito: una armonía oscura, tenebrosa, que descansa sobre los miedos más profundos del ser humano. La belleza de lo desconocido, de lo que permanece eternamente velado y prohibido a las almas que no saben ver

más allá.

Nada.

No conseguía pensar en algo mejor y, sin duda, para él aquellas noches frías, silenciosas y ventosas eran como una canción que solo escuchaba su propia alma, regocijándose en ella misma.

¿Para qué serviría escribirlo?

Empezó a nevar de nuevo mientras que, a lo lejos, ya se divisaba la imponente Residencia que se alzaba como si de un gran Castillo se tratara. Era el edificio más apartado de toda la fortaleza y, no en vano, el mejor vigilado.

Lúne, a pesar de serle indiferente el hecho que un guardián le detuviera en su marcha hacia el edificio, estaba extrañado sobre el hecho que en todo el camino no habían visto ni oído el menor rastro de un solo guardián de Varmal. Por las noches solían estar apostados sobre los grandes árboles, vigilando por turnos, la mayoría en un radio de unas 2 kilómetros alrededor de la Residencia.

En otra zona sin antorchas volvió a divisar las luces azules, que flotaban en silencio entre los árboles.

Y oyó un grito.

Esta vez no fue un búho ni el lejano aullido de un lobo.

Era el grito de una mujer.

Temiendo lo peor miró hacia atrás y al hacerlo se encontró con algo absolutamente estremecedor, como si de repente se hubiera introducido en una pesadilla. Vio a un ser deforme y monstruoso al lado de Velia, con las fauces abiertas y la cabeza de la muchacha metida en ella en toda su integridad. Solamente podía ver la melena de la chica saliendo de ella. Y seguían andando tranquilamente, como si nada pasara, pero los gritos de ella no cesaban, eran lamentos desgarradores.

Lúne se quedó parado al instante, como plantado sobre el suelo.

"Ha sido un día muy agotador" - se dijo. Y decidió darse la vuelta y seguir andando como si nada hubiera visto ni oído.

Los lamentos que provenían de Velia parecían haberse silenciado.

Sin embargo, al volver la vista hacia adelante observó algo que le dejó totalmente petrificado: la Residencia de estudiantes ya no estaba ante sus ojos, solamente una pequeña colina iluminada por la Luna. Una colina huérfana de árboles. Por lo que él sabía, en la fortaleza ninguna colina se

alzaba, pues de hecho estaban situados en un enorme valle.

Supuso que se habían perdido.

Se giró para dirigirse a sus amigos y pensar en un plan para encontrar el camino hacia la Residencia.

Y de nuevo, la pesadilla.

Ahora dos monstruos totalmente deformes con el cuerpo repleto de sangre le seguían a una distancia pasmosamente cercana: a unos 3 metros de distancia. Lúne retrocedió hacia atrás: no llevaba armas encima, estaba indefenso ante aquellos seres. Posiblemente se hubieran comido a sus amigos y él lo hubiese ignorado. Ahora venían hacia él y seguramente querían completar el festín.

¿Era aquello obra de los Lamat? ¿Habían cambiado su rumbo a propósito para así darle caza con más facilidad, usando su magia oscura?

Uno de los monstruos abrió unas fauces que solamente contenían 5 dientes medio podridos. Sin apenas darle tiempo de reacción, el escuálido monstruo se abalanzó sobre él. Lúne lo esquivó tirándose al suelo, rodando, hacia la espesura negra del bosque. No, no se iría de allí, no huiría. Si de verdad se había comido a sus dos amigos, los vengaría aunque con ello pagara con la muerte. Agarró una estaca del suelo, desprendida de alguna rama o raíz, y, volviendo hacia el camino, les plantó cara, con el rostro abrumado por la cólera.

-¡Varmal!

Con ese grito se abalanzó contra el otro monstruo, que ahora se estaba acercando a él con unas garras en forma de garfio. Sorprendido, observó como con el primer golpe, aquel ser despreciable cayó de rodillas, y con un segundo golpe en la cabeza se desplomó en el suelo. El otro lo miró y decidió atacar con el doble de empuje. Pero Lúne tenía los ojos inyectados en sangre, la ira le había consumido la razón y, sin miramientos, empezó a golpearle de derecha a izquierda y de arriba a abajo, hasta que aquel cuerpo demacrado cayó al suelo bañado en sangre.

-Son...Eran, muy débiles. ¿Qué significa esto? - se dijo a sí mismo Lúne, intentando recobrar el aliento.

De repente, unas manos duras y firmes le empujaron desde atrás y lo apresaron por el pecho. Gritos, maldiciones. Se giró y observó como unos guardias le reducían en el suelo, con fuerza, y, tras ellos, la gran Residencia se alzaba a tan sólo 50 metros de dónde ellos estaban. Pudo observar cómo algunos de ellos corrían hacia la Residencia y hacia otras direcciones, con mucha prisa.

-¡Maldito asesino!

-¡Está loco!

Le insultaban, le propinaban patadas y le escupían. ¡Pero si había matado a dos monstruos él sólo! ¡Dos monstruos que se habían comido a sus amigos! Uno de los guardianes le agarró del cuello, con la cara desencajada por una mezcla de sorpresa y cólera y le giró la cabeza hacia los cuerpos que restaban en el suelo.

-¡Mira lo que has hecho, tarado mental! ¡Míralo! ¡¡Míralo!!

Y allí en el suelo, no pudo creer lo que veía. Eran Ernel y Velia, parcialmente desfigurados por los golpes y yaciendo sobre un charco de sangre oscura. Estaban muertos. Tenía que ser una pesadilla.

Sí, lo tenía que ser.

-----

Estaban en una habitación oscura y forrada de madera, una habitación repleta de potingues, libros y pergaminos. Habían muchos tipos de relojes, cuadros inmensos con dibujos de paisajes desiertos y decadentes, y, en ellos, seres siniestros danzando o morando en soledad. Sobre una mesa rectangular habían una cantidad ingente de diferentes objetos y mecanismos extraños, a saber: un péndulo con forma de ojo rasgado en continuo movimiento, una brújula cuya aguja cambiaba constantemente de dirección, plumas de diferentes aves exóticas en un cuenco, etc. En el centro de la superficie había colocado un antiguo candelabro de bronce en dónde 5 velas ardían lentamente, dando una luz sombría e intermitente a aquella habitación.

El jefe de la Orden de Varmal en persona había citado a Lúne para tener con él una charla personal y secreta, en la intimidad.

Agros, el joven jefe de la orden, esbozaba una sonrisa franca con unos labios carnosos, ligeramente rojizos, dirigida hacia Lúne que estaba al otro lado de la larga y ancha mesa. Sus cabellos oscuros eran largos y caían como una cascada sobre sus hombros. Sus ojos grises y almendrados transmitían tranquilidad y confianza, parpadeando con suavidad y delicadeza mientras hablaba con una voz dulce y clara como el alba de un día primaveral.

-Muy bien, Lúne, puedo observar en tu pecho, y ya me fue informado con antelación, que eres el representante de Varmálica en el Colegio. ¿Cierto?

-Así es - dijo Lúne, mirándole con un rostro sin vida, apagado.

-Dejémonos de convencionalismos y cordialidades - Agros se echó hacia adelante, sin perder la sonrisa - Fui informado sobre el hecho que asesinaste a dos amigos tuyos. Sin duda, con toda seguridad serás expulsado. Ahora bien, desearía que me contaras todos los detalles. Me explico: tu versión de la historia.

Lúne se recostó en su silla y se llevó las manos en el rostro.

-¿Por qué se la iba a contar? No se va a creer nada de lo que diga. Nadie me cree. Además - enterró aún más su cara en sus manos - merezco ser expulsado. No quiero hablar sobre ello, es demasiado doloroso.

Lúne empezó a sollozar. Agros le acarició la mejilla derecha con su gran mano.

-Entiendo tu dolor, chico, lo entiendo perfectamente - dijo con un tono melancólico y paternal - Pero sin querer acabas de escoger un camino del que ya no hay vuelta atrás.

Agros se levantó de su alto asiento, se dirigió hacia un rincón de la habitación, agarró una pequeña silla bordada con peces de colores y la colocó al lado del chico, sentándose en ella, a su lado. El jefe le pasó un brazo por la espalda y con la otra mano le levantó la barbilla. Los ojos grises de Lúne parecían dos bellas fuentes fluyendo, repletas de agua.

-Tómate el tiempo que quieras - le dijo, sonriendo - Sé que no es fácil para ti. No lo sería para nadie.

Entonces, al cabo de un tiempo, Lúne, aún presa de súbitos ataques de llanto, le contó todo lo que les había ocurrido a él y a sus amigos, desde que entraron en el Mundo Feérico por la Puerta hasta el trágico suceso. Agros no paraba de asentir, como si todo aquello le sonara familiar o, incluso, propio.

-Así pues os reunisteis, en contra de las normas, con seres feéricos - Agros esbozó una media sonrisa después de parpadear con cierto asombro. Se levantó de la silla y se dirigió tranquilamente hacia una ventana que daba hacia las montañas recubiertas de nieve reciente - Juegos absurdos como ese de saltar sobre una hoguera en el mundo feérico no tiene valor simbólico, tiene valor real - suspiró, negando con la cabeza - Lúne, te hablaré sin rodeos. Te has convertido, sin querer, en un ser con facultades mágicas, lo que significa que tienes un vínculo invisible con el otro mundo. En tu caso tienes un vínculo con el Mundo Feérico. Quieras o no, tendrás que empezar a afrontarlo.

-¿Qué tendré que afrontar?

Agros se giró hacia él. Esta vez su semblante era pétreo, sin expresión.

-El dolor de ser diferente.

Lúne lo miró con una mezcla de odio y de tristeza.

-Sé más concreto.

Agros estalló en carcajadas y volvió a sentarse frente a él, tras la gran mesa de roble.

-Veo en tus ojos una personalidad dura, incorruptible. Pero también veo mucha ambición y oscuridad.

-¿Tú qué sabrás de mí? Solamente dices lo que te conviene para intentar influirme. Te aprovechas de mi abatimiento.

-¿Ves? Comprendes a Varmal. Por eso eres uno de los nuestros, y ahora más que nunca - Agros se recostó en su alta silla y suspiró - Verás...a mí me ocurrió lo que te ha ocurrido a ti. Yo soy como tú, por eso me importas. No tiene que ver con nada más. Simplemente compartimos la misma carga. La Orden de Varmal siempre ha sido malinterpretada por esos que ahora están asolando el mundo con las guerras. Supongo que ya sabrás lo que son los Lamat.

-Si pero, ¿Qué me importa ya eso después de lo que he hecho?

-Yo no te culpo por lo que te pasó. Culpa al destino, culpa a la suerte, pero no te culpes a ti. En nuestra orden, Lúne, hay muchos que como tú que son vistos como los malvados de esta sociedad, cuando en realidad es que lo único que pasa es que vivimos por un ideal y estamos fuera de sitio. Queremos construir la libertad entre todos, pero desde siempre nos han intentado demonizar. ¿Entiendes? Acabas de dar el paso más importante de tu vida, y ese paso siempre viene precedido por la incomprensión y el dolor que trae la pérdida.

-¿Qué esperanza me queda en este mundo más que la muerte? ¿Por qué demonios los maté? ¿Por qué a ellos y no a los que se lo merecen?!

Agros lentamente se dirigió hacia su extensa biblioteca, y, silbando una dulce melodía empezó a buscar un volumen con el ceño ligeramente fruncido. Finalmente, escogió un enorme libro de piel roja, ribeteado con espirales verdes, y lo colocó encima de la mesa. En un instante lo abrió por una página y empezó a leer.

-Y así aquel ancestral poder me arrebató la esperanza y la vida, y por

ignorancia hice cosas de las que siempre me arrepentiré. Controlad la fuerza que lleváis en vuestro interior y seréis virtuosos. Al fin he abierto el Portal que nos llevará hacia una libertad eterna y ahora sé que todos los errores que cometí y los sacrificios que hice valieron la pena. Por el honor y la gloria de nuestro pueblo yo, Fentar Löwich, guiaré como una llama imperecedera los destinos de toda la humanidad" - el jefe de la orden cerró el libro con cuidado y levantó los ojos hacia el joven - Este hombre, Fentar Löwich, a los 18 años era un demonio. Se rumorea que fue a esa edad que por primera vez entró en contacto con el mundo feérico y de una forma mucho más vinculante pues él era del Mundo Ordinario. Nadie se acercaba a él pues a veces parecía entrar en posesión y mataba a quien tuviera delante. Hasta que, un día, consiguió focalizar todo su poder en liberar a la humanidad. Gracias a él pudimos volver al Mundo Espiral y se convirtió en el héroe más laureado de la historia. Tienes que empezar a controlar tu poder, y tienes que empezar a distinguir entre lo que ven tus ojos de este mundo y lo que ven tus ojos desde la dimensión feérica, y elegir el camino que te conviene - seguidamente abrió un cajón bajo su mesa y sacó de él una pequeña lámina. Agros se la enseñó al joven. En ella estaban dibujados jóvenes como él bajo un abedul gigante, todos sonrientes y abrazados.

-Yo soy el que está a la izquierda de la imagen, ¿ves? El único que aparece con semblante serio y grave. Los que me rodean fueron mis mejores amigos.

-Se os veía felices, sin duda.

-Al cabo de un año todos murieron. Yo los maté - dijo Agros, con un tono amargo, como si aún le costara hablar de forma natural sobre el tema. El jefe de la orden lo miró y le sonrió con melancolía - ¿Entiendes ahora?

A Lúne no le hizo falta escuchar nada más. Rompió de nuevo a llorar. Agros se acercó a él y lo abrazó como ya hiciera anteriormente, acariciándole sus oscuros cabellos.

-No te preocupes, Lúne. No te abandonaremos. No te dejaremos sólo. Tu eres nuestra esperanza. Además, haré todo lo que esté en mi mano para que todos se olviden de este incidente. Nadie sabrá lo que hiciste, excepto yo - le guiñó un ojo, de forma amistosa.

-A mi me importa un rábano, la esperanza - balbuceó y, acto seguido, se separó de él y, corriendo, salió de la habitación dando un portazo.

## Capítulo 6

Anie tocaba tranquilamente el violonchelo en la sala de música que daba al Gran Claustro. Un ventanal abierto dejaba pasar el olor de las flores del valle. Anie era una joven menuda y morena con los ojos ligeramente rasgados, y no solía apresurarse ante ninguna circunstancia de la vida, más interesada en otros mundos que en el que le rodeaba.

De repente, se abrió una puerta de un sólo golpe.

-¡Anie! ¡Llevo media hora esperando que acabes el ensayo! ¿No habíamos quedado a las 7 en el gran sauce llorón?

La que hablaba se llamaba Yume. Era una chica rubia, voluptuosa, de ojos azules, que constantemente de forma muy nerviosa gesticulaba al hablar. Iba vestida de una forma algo extravagante, con sandalias, un vestido blanco y unas medias azules.

Anie paró de tocar en seco, como si hubiera despertado de un profundo trance, y miró a su amiga con una mezcla de sequedad y abatimiento.

-Yume, supongo que no conoces la costumbre de tocar a la puerta antes de entrar.

La rubia le cogió de la mano de una forma en que parecía reprenderla.

-Salgamos de este maldito edificio, estoy harta, más que harta, ahora mismo me gustaría quemarlo todo y te juro que lo haré si no salimos ahora mismo y vamos a mi casa. ¡Me prometiste que te quedarías a dormir a mi casa!

Anie tuvo que acceder a la petición de su amiga, pues cuando aquella se ponía pesada no había nadie en el Universo que le pudiera cambiar de opinión. Así pues, salieron de clase y se dirigieron pasillo arriba hacia la puerta que daba a los escalones exteriores para salir directamente del edificio sin dar rodeos.

Después de andar 1 hora a través de los campos cultivados y de las granjas del oeste de la Fortaleza llegaron a una pequeña y extraña casa circular hecha de mármol.

La casa estaba rodeada de todo tipo de palmeras que ahora ya estaban produciendo dátiles jugosos, y también de todo tipo de árboles frutales como naranjos, limoneros, perales, manzanos, albaricoques y cocoteros. Al oler la fragancia de todos aquellos árboles y el canto dicharachero de las aves que se aprestaban en buscar un sitio seguro para pasar la noche en ellos, Yume se puso a bailar dando pequeños saltitos con la gracia y la alegría que le caracterizaba.

-¡Anie! ¡Es maravilloso! ¿No lo sientes? ¡La primavera ha llegado!

-Yo también bailaré Yume, pero no quiero estropear toda esa belleza. ¿Entramos?

\_Oh...que aburrida eres Anie. Necesitas un novio que te espabile - la chica le acarició el pelo a Anie y sin más dilación entró en casa corriendo y gritando, como de costumbre. Anie la siguió con el ceño fruncido y obviando lo que le había dicho.

-¡Mamá! ¡Papá! Mi querida Anie se queda hoy a cenar y a dormir! ¡¿No es genial?!

Las dos jóvenes entraron en el pequeño y acogedor comedor de la familia Nöma. El comedor no tenía techo. Justo en el centro crecía un cerezo en flor y, alrededor de él, se hallaba una mesa circular. Incluso los días en que hacía frío y mal tiempo, el comedor se mantenía seco y con una temperatura estable, posiblemente por el efecto de la sutil magia de la madre de Yume.

La madre de Yume se llamaba Tirsun, y se rumoreaba (y Anie estaba convencida de ello) que tenía sangre del Mundo Feérico corriendo en su interior, concretamente sangre de Doncellas del Agua. Era una mujer bella, radiante y divertida, con una cabellera rubia que le llegaría al suelo si no estuviera retenida por unas trenzas, y se movía con una gracia y sensualidad difícilmente visible en los tiempos que corrían. Anie la admiraba no solamente por ello, sino por su simpatía y por su hospitalidad. El padre se llamaba Jonel y había sido un reconocido panadero. Era un hombre alto y fuerte, con unas facciones severas y recias pero sin embargo poseía un gran corazón. Poseía una espesa barba pelirroja, igual de pelirroja que sus cabellos.

Tirsun fue a abrazar a Anie, la cual se hallaba abiertamente emocionada.

-¡Oh Anie! ¡Siempre me encanta que vengas! ¡Estoy tan contenta! - le acarició el pelo y el rostro - Cada día te veo más guapa. La música embellece a las mujeres.

-Tirsy tiene razón, hija. Quizá te relajaría hacer algo de música en vez de estar todo el día trotando como un caballo - dijo su padre, esbozando una sonrisa y dirigiéndose hacia Yume.

-¡Papá!...en fin, sin comentarios - la chica lo miró torvamente. Acto seguido, recuperando su sonrisa habitual, cogió de nuevo a Anie de la mano y se la llevó a su pequeña habitación por una pequeña escalera de caracol.

\_¡Yum! ¡Yume! Sé valerme por mi misma. A veces me siento como un juguete al que puedes llevar dónde tu quieras.

Finalmente entraron en el cuarto de Yume.

Como siempre Anie se sintió fascinada al ver el pequeño universo que adornaba aquel pequeño mundo particular. Decenas de fantásticos dibujos de animales y paisajes poblaban las paredes mientras el pequeño tronco de incienso de azahar se consumía. Anie respiró aquel humo arrebatador, sonrió abiertamente y se tumbó en la cama. Acto seguido, viendo quizá que su amiga se relajaba en demasía, Yume se lanzó encima suya.

-¡Venga! ¡Ropa fuera!

-¡No! ¡Esta vez no lo lograrás!

A base de estirones, empujones y risas, finalmente las dos adolescentes se quedaron solamente con su ropa interior y sonrojadas como tomates abandonados al Sol de verano, una encima de la otra.

-¿Te imaginas que fuéramos las dos concubinas del Príncipe de Hielo y lográramos escapar del castillo juntas tan lejos como nuestros sueños nos guiaran, Anie?

-Con el escándalo que siempre haces nos terminarían descubriendo.

-¡Oh! ¡No rompas la magia Anie! ¡Estoy muy sensible últimamente!

-Ya veo...

-Bueno dime chica, ¿Hay alguien que te guste de clase? Al menos eso sí que te interesa, ¿no? - dijo Yume, pellizcándole un pecho.

-¡Ay! ¡Quita, pesada! Pues...no, no hay ningún chico que me guste. No tengo tiempo para esas cosas. No como tú, que siempre piensas en lo mismo. Hablemos de otra cosa, ¿Quieres?

Yume acercó su cara a la de ella y le acarició los cabellos sin dejar de mirarla.

-¿Qué me dices del director de la escuela? El otro día se te veía muy feliz después de haber ido a una tutoría suya. Al fin y al cabo es un profesor genial, ¿no?

Anie frunció el ceño.

-Definitivamente estás majara.

Después de toda aquella conversación tan incómoda para Anie, las dos chicas fueron a cenar. Toda la familia se sentó en la mesa que rodeaba el gran cerezo. Mientras comían, un ligero y perfumado viento les acariciaba a todos los cabellos y los pájaros ya se despedían del día reuniéndose en los árboles de alrededor de la casa.

Era aquella una familia muy alegre y desenfadada pero sobretodo muy hospitalaria.

A Anie siempre le ofrecían pastelitos recién hechos y le hacían un pequeño pastel especial para ella aunque viniera sin avisar. La madre de Yume muchas veces le hacía bellos peinados y le contaba historias de su infancia que siempre rozaban con la fantasía...o no, quien sabe. Contaba historias de cuando vivía en una aldea rodeada de bosques de hadas y de como estas muchas veces venían a buscarla y la llevaban a fiestas del Mundo Feérico.

-Supongo que todo eso son sueños que he idealizado. Pero me encantaba viajar con ellas, ¡Puedes estar segura! Anie, tenías que haberlas visto. Llevaban unos vestidos azul claro preciosos y las estrellas se reflejaban en sus ojos con una perenne sonrisa. ¡Hablaban cantando!

La madre de Yume, al cabo de un rato, fue a la pequeña cocina repleta de plantas medicinales de todo el mundo conocido y volvió pronto con una botella finamente decorada con dibujos Corales. En su interior flotaba una bebida llamada Lõri, un líquido de origen desconocido (se rumoreaba que provenía del reino oculto de las hadas) que vendían los Solitarios Negros, unos mercaderes que siempre obtenían brebajes y amuletos que no se podían encontrar en ningún lugar de Mundo Espiral.

Lõri era una bebida que se caracterizaba por alegrar los corazones, predisponer para el canto y para recuperar las energías perdidas durante el día.

-Como siempre la visita de Anie nos llena de felicidad y de armonía. ¡Vamos a brindar con Lõri para sentirnos más unidos que nunca! Ya sabes que para nosotros eres de la familia y no cabemos en nuestro gozo que seas amiga de nuestra hija.

Las dos chicas, al escuchar eso, se abrazaron sin dejar de reír. A Anie se le había escapado una lágrima.

-----

Estaban ya las dos recostadas en la cama y el silencio reinaba en la habitación.

Solamente, a través de la ventana ligeramente abierta, se escuchaba un

solitario búho y alguna que otra ave nocturna. En aquella acogedora habitación Anie solía dormir plácidamente (excepto en verano, cuando acostumbraba coleccionar grillos) pero aquella noche era una excepción.

Los recuerdos le venían como dolorosas mareas en la mente y cuanto más intentaba acallarlos, más dolorosos volvían a aparecer. Se sentía atrapada, apresada y sentía una enorme presión en el pecho. Le costaba respirar y si permanecía más tiempo en aquella habitación a oscuras sentía que se ahogaría y no quería montar un escándalo.

Así pues, decidió salir lo más sigilosamente que pudo de la habitación y, subiendo por una escalera de caracol, salió a la pequeña terraza de la casa. Estaba totalmente llena de plantas de todo tipo y, entre ellas, cuatro bancos de madera que formaban un círculo. En el centro había una fuente con forma de clavel abierto en cuyo centro se alojaba una bella estatua de Mujer del Agua. Se sentó en uno de aquellos bancos, tratando de despejar su mente. No obstante, pese al bello cielo estrellado y a la belleza de aquel sitio, no conseguía desterrar aquellos pensamientos que la invadían. Se puso la mano en la frente y rompió a llorar, sin saber realmente por qué lloraba.

¿Qué había sucedido?

-¡Anie! ¡Anie! ¿Qué sucede?

Era la voz de Yume, pero no respondió. Siguió llorando. Yume se acercó y se sentó junto a ella poniendo una mano encima de su falda, acariciándola.

-¿Qué te pasa, Anie? Ya sabes que yo siempre sé si algo va mal. Me he levantado casi al instante, en el momento en que no he notado tu presencia.

-No...no lo sé...siento un gran vacío, me caigo, me desmorono, me....me ahogo - susurró Anie, sollozando.

Yume la abrazó y al ver a su amiga así (jamás la había visto de aquella forma) no pudo contener unas lágrimas.

-Si te caes yo te sujetaré, si te ahogas yo te daré la mano, siempre estoy contigo Anie...lo sabes.

-Lo sé Yume, lo sé...pero yo necesito salir de aquí, Yume, siento que jamás podré volver a mi hogar. Allí tengo mis recuerdos, mi libertad y mi niñez. ¡Estamos encerradas, Yume! ¡Estamos apresadas en esta asquerosa fortaleza! ¡Y no sabemos nada!

Yume esbozó una triste sonrisa.

-Anie, tenemos que dar gracias que estamos vivas. ¿Sabes? Fuera hay guerra.

-¿Recuerdas aquellas cosas abominables que nos atacaron de noche a todos?

Anie se levantó airada, con los ojos aún repletos de lágrimas y se puso a gritar.

-¡No vuelvas a mencionar esto, Yume! ¡No vuelvas a hacerlo!

-¿Por qué, Anie? Nunca me hablas de tu pasado. Hace 5 años que somos amigas y aún no te conozco.

Anie se dirigió hacia el balcón y observó los bosques encendidos del Oeste.

-Es demasiado doloroso.

Yume también se levantó y grácilmente se acercó a ella. Las luces de los bosques lejanos dejaban entrever en su mirada oscurecida un pequeño resplandor azul, casi invisible. Le puso una mano en el hombro y le sonrió, con tristeza.

-Anie, cuéntamelo.

Anie la miró durante un momento y acto seguido volvió a mirar hacia el horizonte.

-Mi hermana pequeña murió, la mataron ellos.

Yume no pudo responder a aquello. Se quedó sin habla, con la boca abierta y en su mirada pareció pasar una espesa niebla.

-Lo...lo siento Anie, yo no...

Anie la miró con serenidad y melancolía, como si se hubiera librado de una pequeña parte de aquella terrible carga.

-Yume. ¿No te extraña todo esto de la Fortaleza y el gran secretismo que hay hacia todo lo exterior?

Yume, aún rehaciéndose del mazazo que suponía conocer aquella parte terrible del pasado de su mejor amiga la miró extrañada, con los ojos rojizos.

-No...supongo que lo hacen para tenernos tranquilos...

-¿Tranquilos!? ¿Mientras todo el mundo que nosotras conocimos puede estar siendo destruido?

Yume recuperó la ternura, después de aquel primer estado de shock por el que había pasado.

-Anie...entiendo que recordar aquello es muy, muy doloroso. Pero yo creo que aquí al menos estamos seguros...

-¿Esto es todo lo que te importa, la seguridad?! - Anie empezaba a sentirse violenta, llena de rabia, harta de toda aquella calma que la rodeaba - ¿Y que me dices de aquellos dos jóvenes de nuestra edad que se los llevaron fuera de la Fortaleza, alegando que habían contraído una extraña enfermedad? ¿Tienen otra fortaleza para preservar su seguridad? ¿Eso te lo has planteado? ¡Nos tienen prisioneras Yume! ¿No lo entiendes?

-Nuestro profesor Agnus nos comentó que habían movido sus familias a un lugar seguro, para que los niños se recuperaran de su enfermedad. Ellos temían que fuera contagiosa...¿Qué tiene eso de importante? Es normal que lo hagan...algún lugar tendrán para mantenerlos a salvo.

-Y esa posibilidad que baraja el Consejo del Colegio de que la causa de esa enfermedad fuera la entrada al mundo feérico por uno de los portales... ¿Esto no te parece algo extraño? Desde pequeños nos enseñan que el mundo feérico para el niño e incluso para el adolescente solamente puede acarrear que le cree adicción. El adulto es el único que está en peligro en aquel mundo.

Yume, avergonzada, también se puso a mirar el oscuro horizonte. Su tono de voz era dubitativo, asustado.

-No recuerdo estas lecciones...no debía atender, como siempre.

-No, tú solo te dedicas a tu vida, es normal. Así al menos eres feliz. Yo también debería seguir tu ejemplo, así que no hablemos más de estas bobadas... - Anie se giró hacia ella y le sonrió - Lo siento si antes te he hablado de aquella manera. Soy una estúpida. Eres la mejor amiga del mundo, Yume.

Yume se abrazó a ella y, finalmente, rompió a llorar.

-Lo siento, lo siento mucho por tu hermanita. Seguro que está orgullosa de ti allá dónde esté, Anie...Lo...lo siento por no haber sabido nada desde el principio...

-La que lo debe sentir soy yo, Yume - replicó Anie, serena - Lo de mi

hermana...ya está pasado..y ya basta de llorar. Vayamos abajo y contémonos unas cuentas historias en la cama. ¿Qué te parece?

-Vale...

Dándose la mano, las dos amigas bajaron la escalerilla de caracol y entraron en la habitación.

Ya no volvieron a salir de allí en toda la noche, mientras fuera el Búho seguía ululando.

## Capítulo 7

Para Lothan, uno de los numerosos guardabosques de la Fortaleza, aquella sería una noche muy especial. Aquella noche se celebraba la Festividad de la Luna Nueva, la festividad más importante de la orden de Varmal. En ella se llevaban a cabo, se realizaban, todos los deseos que, por alguna u otra forma, habían quedado reprimidos a lo largo de todo el año. Existía libertad absoluta y ningún deseo, por macabro o indecoroso que resultara, podía ser reprimido de ninguna de las maneras. La única condición para poder entrar en aquella catarsis multitudinaria consistía en ser miembro formal de la Orden, llevar una máscara, cualquier tipo de máscara, y una túnica blanca.

Antes de la Guerra contra los Lamat, esta festividad se veía como una aberración para el resto de órdenes. Por esta razón se celebraba en un lugar secreto, elegido a conciencia un año antes, alejado de cualquier población humana. Solían elegirse lugares de Energías Abiertas, o sea, profundamente ligadas al Mundo Feérico sin necesidad alguna de penetrar en él. Como curiosidad, Varmal, a diferencia del resto de órdenes, celebraba el principio de la Primavera con la luna nueva, una luna ausente en el cielo. Por eso a Varmal también se le llamaba, aparte de la Orden Maligna o Condenada, la Orden de la Luna Negra, lo cual hacía que su leyenda oscura, misteriosa y tenebrosa se incrementara.

Cada año, al tener ahora que celebrarse en el interior de la Fortaleza, la festividad se celebraba en la zona más recóndita del robledal del noroeste, solamente alumbrada por unos pocos faroles y varias hogueras de gran tamaño. Como solamente a los miembros de Varmal se les permitía la entrada a dicha Festividad, el lugar dónde se celebraba el evento era rodeado y encerrado por una gran cerca de madera, guardada por los aspirantes más veteranos para entrar en la Orden, comúnmente llamados pre-miembros (la palabra más culta, Velir, se dejó de usar hace unos siglos y ahora se usa esa palabra tan común. Los miembros de Varmal en cambio son llamados Veliren).

A la Fortaleza no solamente habían emigrado y huido de la Guerra familias vinculadas a otras órdenes, sino también muchas procedentes de los territorios vinculados a Varmal.

Además, como todas las familias no vinculadas a Varmal se habían quedado sin orden después de la guerra, algunas de ellas habían decidido convertirse en aspirantes a miembros de Varmal y ya algunos adultos habían conseguido convertirse en miembros formales.

Por eso aquella noche las túnicas blancas, contrarias a las negras que llevaban todo el año, y las máscaras, eran abundantes, casi como en los años florecientes de la Orden de hace un millar de años.

Mientras se acercaba hacia el tenebroso y neblinoso robledal, Lothan ya escuchaba risas y gritos de júbilo lejanos. El viento también le traía las melodías sencillas de juglares que animaban y daban colorido a los estrechos y escasamente iluminados senderos que llevaban a la cerca. Lothan se sentía ya sumamente excitado. Desde que hacía de guardabosques la vida se había convertido en una terrible rutina, en una pesadilla traducida en aburrimiento. Se sentía vacío, solo y cansado y se pasaba todo el año esperando aquella noche de frenesí y de locura multitudinaria.

Al fin, después de haber caminado un buen rato, llegó a una de las siete puertas de la Cerca custodiada por uno de los aspirantes a miembro de la orden, un joven alto y delgado, ataviado con una sobria armadura.

La armadura era toda negra con ribetes rojos en los costados, y el escudo de Varmal bordado en el centro de forma cuidada. A aquel jovencito, en cambio, lejos de darle un porte épico y majestuoso, le quedaba ridícula y grande. Se extrañó al observar que aquel niño estuviera a punto de convertirse en miembro formal de Varmal. Entre el griterío de la muchedumbre era ya complicado hablar con normalidad, así que tuvo que alzar algo la voz para dirigirse a él.

-Oye, muchacho - dijo, con una sonrisa de oreja a oreja - nunca antes te había visto por estos lares. ¿Cuál es tu nombre?

La mirada de aquel joven apenas cambió de expresión. Una mirada gris, gélida.

-Eso no es de tu incumbencia. Pasa.

-Oh, vamos, un poco de alegría jovencito. ¿Sabes qué día es hoy? Tú dentro de poco tiempo podrás disfrutarlo. A muchos niños como tú aun les quedan años antes que puedan ser pre-miembros de Varmal.

-¡Que te digo que pases, enano! - dijo aquel joven, cambiando ya ligeramente de expresión. Su cara ya denotaba algo cercano al hastío y al odio, o a las dos cosas mezcladas.

Y así era. Lothan era enano. Enano de nacimiento.

Medía solamente 1,20 m. de altura y eso, lógicamente y para qué negarlo u obviarlo, le había traído siempre problemas desde bien pequeño. Había nacido dentro de los territorios de la Orden de Mëra, la mítica Orden astronómica llamada comúnmente la "Orden de las Estrellas". Desde muy pequeño había tenido una gran pasión por la pintura, y ya desde los 4 años había empezado a pintar sencillos oleos. Su padre, pintor solamente por afición, le había enseñado las bases de la pintura y ya desde siempre mantuvo una forma de pintar muy original e independiente. Su pintura,

muy reconocida más adelante por todo el mundo espiral, nunca fue bien acogida por la Orden de Mëra. Lothan nunca tuvo un interés especial por la astronomía, pues lo veía como una ciencia insulsa, sin sentido y aburrida. Prefería fijarse en las cosas cotidianas y del día a día que en estrellas a las que nunca podría viajar. A esta falta de interés se le añadía su enanismo, que era objeto de burla tanto por sus compañeros como por los mismos adultos y profesores. Muchas veces traía pinturas a clase para enseñárselas a sus compañeros y se las rompían o el profesor se las requisaba para luego tirarlas a la basura sin ninguna contemplación. Pronto empezó a sentirse insignificante, solitario y decaído pese a ser un joven jovial y enérgico.

Sin embargo, su vida dió un giro radical cuando su familia, por motivos laborales, tuvo que trasladarse a los territorios de la Orden de Varmal. Allí, desde el principio, le acogieron con los brazos abiertos y pronto su pintura fue muy bien acogida tanto por los miembros de la Orden como por el resto de los habitantes. Pronto, a los 20 años, se convirtió en miembro formal de la Orden y se convirtió en uno de los miembros más carismáticos y queridos. Tanto su arte, como sus conocimientos culturales y de tradiciones ancestrales, eran muy bien recibidos. Incluso llegó a escribir un libro sobre los ritos perdidos del mundo espiral, en el que se basaron para añadir en el calendario dos festividades sagradas más. Su libro llegó a ser un libro de cabecera para toda la Orden.

Aún así, otra vez los problemas llegaron a su vida cuando cinco años atrás los Lamat empezaron a asolar el Mundo Espiral.

Su entrada a la Fortaleza le dejó en una posición, una vez más, poco valorada, pues ya no había tanto tiempo para el ocio ni para la contemplación. Sus pinturas, casi todas luminosas y enérgicas, perdieron interés en un mundo desolado. Seguramente, para quitárselo de encima, Varmal dio el trabajo de guarda forestal y lo destinó al norte de Fortaleza.

Pero no les guardaba rencor.

Sabía que ahora aquel era su papel y que, a pesar de todo, siempre le debía lealtad y gratitud a Varmal. Ahora la única festividad del año era la que se llevaba a cabo aquella noche y era su única ocasión para reunirse con sus antiguos compañeros de orden y para conocer a alguna mujer, pues siempre había sido desafortunado en cuestiones amatorias.

-Hace ya 30 años que sé que soy enano - replicó Lothan, sonriente - pero me halagas por reconocer mi físico y decírmelo a la cara.

El joven no contestó y siguió mirando hacia adelante, sin inmutarse y con el semblante frío como una piedra.

-¿Qué ocurre Lúne? ¿Hay algo que te preocupa?

El joven, de repente, y en un impulso, agarró su lanza y la colocó en el cuello de su interlocutor. Sus ojos eran fieros.

-¿Cómo sabes mi nombre?

-¡Hey! ¡Baja el arma jovencito! Todos en la orden de Varmal conocemos tu nombre. El aspirante a miembro más joven de Fortaleza. Como lo has hecho y qué has hecho para conseguirlo, eso sí que no lo sé. Pero algo tendrás que a ellos les interesa, ya sabes - se encogió de hombros - Yo en cambio, ya ves, estoy olvidado por todos. Pero bueno, poco me importa ya. Y ahora, déjame pasar, chico - con suavidad, bajó el arma de Lúne con su mano derecha y pasó a su lado andando con paso renqueante - Pronto nos volveremos a ver.

Lúne se giró y lo vio alejarse. Había algo en él que le había llamado la atención, pero no sabía qué. Pero siguió estoico en su puesto y vacío de alma.

Nada le importaba, realmente.

- - - - -

Una vez Lothan entró en el interior de la Cerca, la noción del espacio y del tiempo cambiaron radicalmente.

Observó una extensión enorme de praderas y pequeños montículos del color de la esmeralda que brillaban encendidos por cientos de hogueras solitarias, dispuestas en varios kilómetros a la redonda. Con gran satisfacción, se colocó su pequeña máscara de zorro y siguió andando por un camino empedrado, entre decenas de vociferantes y alegres miembros de la orden.

El sendero empedrado brillaba pulcro bajo sus pies, como si nada pudiera mancharlo jamás. Aunque arrastraras tus pies llenos de barro por encima, siempre brillaba.

Instintivamente, Lothan miró hacia atrás y su asombro fue mayúsculo. Una gran extensión de montañas y bosques se extendía más allá del horizonte y a lo lejos, en las lomas, observaba a grupos aislados de Veliren que se dirigían hacia la celebración con antorchas. La cerca había desaparecido. Sin duda, aquel año los archimagos de Varmal habían creado un prodigio digno de los memorables tiempos del Nacimiento, cuando la orden de Varmal era joven y la sangre bullía más caliente que nunca.

Sin más dilación, siguió andando por aquel sendero hasta que, varios

centenares de metros más adelante, llegó a una bifurcación de caminos. Justo en el centro de aquella bifurcación, desde dónde partían tres caminos: uno hacía el norte, otro hacia el este y otro más hacia el oeste, se alzaba un enorme ciruelo en flor, cuyas hojas caían gráciles, flotando. Bajo el árbol, un trovador galantemente vestido con ropajes de un azul claro y brillante, recitaba sus poemas acompañándose con un laúd, el cuál estaba finamente decorado con delfines y barcos estilizados, que bailaban a través de las olas que dibujaban espirales violeta. Llevaba puesta una máscara de ciervo, con dos enormes cuernos. Una pequeña congregación de miembros lo escuchaba sentado, varios de ellos fumando en pipa, otros con copas de vino especiado en la mano y algunos otros sencillamente estirados junto al camino, en la hierba.

-Tres sendas y solamente una  
será la afortunada  
de acoger a otro de sus hijos.  
El sello se abre en el interior  
del misterio  
Los caminos pueden separarse  
pero algún día vuelven a su cauce.

¡Danzad hoy bajo la benigna  
oscuridad!  
Vuestros deseos permanecen  
escritos en mi gentil laúd.  
Regocijaros ahora:  
el tiempo es una ilusión  
y aquí vosotros sois  
esa ilusión.

A Lothan aquella canción le relajaba de una forma inaudita y, al mismo tiempo, le encendía el alma a fuego lento. No podía evitar sonreír y abrir más los ojos. Sus piernas le flaqueaban, pero en el fondo las sentía llenas de energía, fuertes como el tronco de aquel ciruelo. Sin querer esperar un solo instante se decidió por seguir el camino del Oeste.

El Oeste siempre le traía buenos recuerdos.

Hacia allá se dirigió, y pudo observar que el mismo camino lo había tomado una delgada y menuda joven ataviada con una bella máscara de Yrissi, o las "hadas pálidas" como solían llamarlas los humanos antiguamente. La máscara, sin embargo, solamente le tapaba parte de su rostro, y tras ella se veían unos ojos de color violeta muy expresivos, al igual que una boca de piñón que parecía cincelada por un artesano feérico.

A ambos lados del nuevo sendero, ahora repleto de flores de loto que despedían una fragancia inexplicablemente maravillosa, se alzaban enormes pinos de clima templado sobre las cuales había encendidas

linternas con forma de caballito de mar enroscado. La luz era profundamente azulada, de un azul tremendamente oscuro que casi rivalizaba con el negro.

Lothan se dirigió hacia aquella muchacha que le precedía, totalmente despojado de los límites que marcaban su propio yo.

-Todo se mueve dentro de mí, como si en mi interior se albergara un profundo océano de sensaciones inexplicables - se puso a su lado andando a un paso más relajado, y miró hacia su rostro. El magenta relajaba aún más sus delicadas facciones - Tú le das sentido a todo lo que rodea este lugar. Eres la Esencia, la Reina perdida de las Yrissi, a la que buscan eternamente.

La joven no pareció ruborizarse al escuchar aquellas galantes palabras. Más al contrario. Le devolvió una inocente sonrisa y muy coqueta se echó sus largos y rizados cabellos de color negro hacia atrás. Un resplandor rojizo empezaba a entreverse en el horizonte, un tenue resplandor que lo cubría todo.

-Y yo me siento como un capullo que de repente se ha abierto, para siempre, al amor y al placer.

Y así se dieron la mano, sin más, como si aquel impulso fuera tan obvio que no tuviera otra importancia. No hacía falta explicar nada. Justo cuando remontaban una de las lomas verdes, se encontraron con un fabuloso espectáculo. Sobre una gigantesca playa que abarcaba kilómetros y kilómetros de una arena negra y fina, había encendidas un número inabarcable de hogueras. Alrededor de éstas muchos músicos tocaban, mientras que los Vermel danzaban y bebían. Y los cuenta-cuentos que, jugando con máscaras y sombras, interpretaban a héroes legendarios con magnífico brío. También los había, aquí y allí, que hacían el amor sin ningún pudor.

Pero lo que más impresionó a Lothan fue observar como cientos de enormes barcos de vela flotaban alrededor de toda la costa. Largas escaleras de plata llevaban a cada uno de ellos, los cuales estaban atestados de Vermel bebiendo en grandes cuernos, riendo y cantando. Parecía además que en los camarotes había actividad, pues en las pequeñas ventanillas que daban hacia el vasto mar se podían entrever vagas luces amarillas y sombras que oscilaban suavemente en el interior.

Los dos amantes se miraron bajo sus máscaras, ahora pudiendo discernir mejor sus ojos y entendieron al instante el deseo que tenían el uno por el otro.

Bajaron la loma corriendo, con rapidez, con una amplia sonrisa en sus rostros. Gritaban sin saber realmente qué decían, aunque aquello era lo

que tenía menos importancia en aquel momento. Se dirigían a aquellas preciosas escaleras argentinas que llevaban a uno de aquellos imponentes barcos que flotaban cerca de la costa y, en vez de sortear las hogueras que obstaculizaban su camino, saltaban sobre ellas mientras que el resto de Veliren les aplaudían con entusiasmo alegres por ver aquel arrojito pasional que llevaban los dos nuevos amantes.

Justo al pisar la cubierta del navío, Lothan abrazó a su compañera, a la cual solamente le llegaba al ombligo, y empezaron a bailar y a dar vueltas chocando a menudo con otros vermes que se tambaleaban, borrachos. Abajo, en la zona de los camarotes, se oían risas y música adornada con violines, gaitas, flautas, arpas, acordeones y guitarras. Aquello era todo lo que Lothan había soñado durante toda su vida. La jovenzuela, después de bailar, llevó al enano hacia proa. Una vez allí se desvistieron a toda prisa. Ambos se tumbaron en el suelo, y una vez uno encima del otro, la joven empezó a besarle con fuerza. Él estaba entregado, abrumado. Estaba emborrachado de aquella belleza y de aquel perfume.

Sus senos, ¡Oh! Aquellos dos pequeños senos eran como dos flores de azahar abiertas, apuntando hacia las estrellas Y aquellas estrellas los adoraban, pues dos flores como aquellas jamás vieron los pálidos astros sobre ningún otro sitio en el vasto universo. Si alguien le hubiera dicho que aquella mujer era la hija de un hada de los manantiales, cuya agua desligaba el alma del cuerpo y lo mataba de placer, lo hubiera creído sin dudar un momento.

-¿Cómo te llamas? - le preguntó él, mientras le acariciaba aquellos senos como manzanas.

Ella le miró a los ojos, y esbozó una complaciente sonrisa. abriendo aquellos violáceos y grandes ojos.

-No lo recuerdo. Y no importa. Ahora, poséeme - contestó, con ligera impaciencia y abriendo poco a poco aquellos finos labios que dibujaban un corazón carmesí.

Se colocó tras ella, dispuesto a hacerle el amor, con una lujuria tan imponente que todo parecía latir con sangre hirviente. Cuando estaba a punto de penetrarla, un sonido de campanas sonó proveniente de estribor y fue haciéndose cada vez más audible. Sin apenas darse cuenta, la joven lo había empujado a un lado con violencia, se había levantado como un resorte, y había recogido su toga.

Habiendo hecho esto, le ofreció la mano a Lothan para que se levantara.

Lothan no podía dar crédito.

-Pero...¿no íbamos a...?

-Cállate, ven conmigo a babor y cuando veas el tren pasar salta conmigo. No des un paso en falso, te lo advierto - la mirada de aquella joven había cambiado por completo, tornándose dura, fría y severa. Y mientras tanto, Lothan se quedó con una erección casi insoportable, una erección dolorosa.

El enano tenía ganas de llorar, no comprendía nada.

## Capítulo 8

La joven, con una fuerza descomunal que jamás Lothan hubiera imaginado, arrastró al enano hacia babor. En su rostro ahora había una sonrisa fría, gélida.

-¿Qué pasa, preciosa? - preguntó el enano, con voz insegura - ¿Vamos a seguir divirtiéndonos en el tren, o qué?.

-Vamos a ver, idiota - susurró la joven con una voz oscura, observándole inquisitivamente y entrecerrando ligeramente sus ojos violeta - Ahora aquí no puedo decirte nada, hay más oídos que lo que eres capaz de imaginar. Así que cállate de una vez y espera.

¿Qué diablos le estaba ocultando? ¿Un tren? ¿Dónde estaba el tren?

Súbitamente, el singular ruido de campanillas rodeó el navío y pasó justo bordeando babor. Lothan se asomó por la borda, ya que si era un tren era obvio que no estaba iluminado por dentro: no veía rastro de él.

Siguió fijándose en el oscuro mar esperando ver aparecer aquel tren silencioso.

Sin embargo, bajo su sorpresa, escuchó que las campanas pasaban justo delante de donde ellos estaban situados, a 10 escasos metros de la borda. No vio nada, absolutamente nada, solamente un horizonte con la costa poblada de hogueras ya lejanas.

-Oye...- espetó, girándose hacia la joven, la cual restaba impasible observando con una mirada de extrema concentración como el supuesto tren pasaba de largo. Sus labios murmuraban en silencio una especie de salmo que Lothan, a pesar de estar a su lado, era incapaz de escuchar - ¿Estás rezando, o acaso es un conjuro?

La joven, de improviso, agarró al enano con una insólita fuerza y, colocándose en la espalda como si de su niño se tratara, hizo carrerilla, se dió impulso y saltó con agilidad hacia el mar.

El enano cerró los ojos, paralizado por el miedo. ¡Iba a morir!

□

A los pocos segundos, sin que tuviera tiempo de pensar en nada más, sintió que su cuerpo flotaba en el aire totalmente inerte, sin fuerzas para mover absolutamente ninguna parte de su cuerpo. Flotaba en una especie de espeso líquido tibio y grisáceo, en silencio, sin ni siquiera escuchar el latido de su propio corazón.

Era un silencio absoluto que jamás había sentido.

Él no sabía nadar y, por contra, podía respirar con normalidad. No habían caído en el mar, de eso no había ninguna duda pero...¿Qué era aquello? Miró a su alrededor y no vio a nadie, solamente aquella espesura gris que lo inutilizaba. ¿Habría caído en el gran Vacío feérico del que se hablaba en las leyendas? ¿Estaría así flotando en aquel sitio eternamente? Solamente de imaginárselo se mareó y, en seguida, perdió la conciencia.

- - - - -

-¡Lothan! ¡Lothan!\_escuchó los gritos de una mujer con un ligero tono de preocupación - ¡Por la Espiral Eterna!...Espero que haya resistido al Paso...¡Lothan!

El enano abrió los ojos con pesadez y rápidamente, con un espasmo de miedo, se sentó como un resorte en un firme suelo sin fijarse aún en el ambiente que le rodeaba. La cabeza le daba vueltas y se puso una mano en la frente, tratando de no desmayarse. Una vez volvió a entrar en contacto con la realidad, vio a aquella joven ya sin máscara, con el rostro completamente descubierto. Sus ojos violeta resplandecieron de nuevo como hicieran antes de oír las campanillas y le abrazó con efusividad.

-¡Gracias a las Hadas! ¡Has sobrevivido al Paso! Levántate y vamos a sentarnos. Como puedes observar el tren está vacío, así que tenemos sitios de sobra para elegir.

Estaban en el interior de un tren.. Estaba dividido por varios compartimentos y pintado enteramente de verde y blanco sin ninguna luz dentro a excepción de un solitario farol situado en medio de la gran máquina, entre los dos compartimentos centrales. Unos grandes cristales separaban el interior del tren con el exterior, pero fuera no se veía una sola luz. Era todo negro como el azabache más oscuro, como si hubieran entrado en un túnel. Aún así, se sentía dichoso de volver a poder mover su cuerpo. Así, se levantó y siguió a la joven a lo largo de un pequeño pasillo que llevaba hacia los compartimentos de delante. Andaba desorientado, como si estuviera en un extraño sueño.

Su razón no era capaz de analizar nada, solamente el hecho empírico de estar vivo.

Al sentarse en el compartimento, en un pequeño sillón verde y aterciopelado, observó ya con más detenimiento a su compañera, la cual lo miraba con un rostro mezcla del alivio y la preocupación, sentada justo ante él.

Tenía unas facciones bastante duras aunque no exentas de belleza. Su nariz era un poco larga y puntiaguda, los pómulos bastante altos, la frente ancha y una barbilla bastante pronunciada, lo cual le daba una apariencia de severidad. De hecho, lo único que le confería feminidad eran aquellos ojos infantiles de largas pestañas y aquella boquita con forma de corazón.

Lothan ya no pudo esperar más, respiró hondo para intentar tranquilizarse y despejar la mente de todo lo que había pasado en aquellas últimas horas y miró a aquella mujer con serenidad. Cuando abrió la boca, la joven decidió hablar antes, haciendo un ademán con su mano derecha pidiéndole turno para hablar o, más bien, exigiéndolo.

-Tú Lothan, que eres tan sabio, sabrás por qué se fundó la Orden de Varmal - declaró, sonriendo ligeramente y cruzando sus voluptuosas piernas, lentamente. En sus ojos brillaba la ironía - De hecho, lo sabes de sobra.

-¿Por qué me haces una pregunta tan obvia?

La joven lo miró con seriedad.

-Bien, entonces responderé por ti y así iremos al grano. Varmal, como bien recuerdas, fue la primera Orden que apareció en el Mundo Espiral después del Retorno. Fue creada por Féntar. Pero pronto se separó del resto de Órdenes, creando un cisma que dura hasta hoy en día. Esto ocurrió porque se consideraba que las órdenes en Mundo Espiral habían empezado a ir en contra del equilibrio necesario con el Mundo Feérico. Cada Orden, como ahora, tenía su propia función: unos se dedicaban a la astronomía, otros a la poesía, a la ciencia...funcionaban como sectas con un sistema piramidal. Eran sociedades de poder, mientras que la banalidad y la mediocridad iba haciendo mella en el resto de gente no vinculada con la orden o de rangos menores y se temía otra vez por los Lamat. Bueno - la mujer hizo una pausa, adoptando un tono sarcástico - siempre los hemos temido.

Lothan apoyó la cabeza contra el cristal, cansado de escuchar aquella historia. Disimuló un bostezo.

-Esa historia ya la conocemos todos. Varmal no desempeña ninguna función específica y se basa en la Libertad como principio. Todos sabemos también que el Mundo Espiral fue creado por los seres feéricos para que nosotros, sus seres soñados, tuviéramos un lugar dónde poder vivir en armonía y con cercanía a nuestros creadores, interactuando con ellos para goce de los dos.

Pero empezaron las guerras por el poder y los asesinatos. Nos olvidamos del mundo feérico y empezamos a considerarlos seres innecesarios y molestos para nuestras aspiraciones. Al observar que éramos incapaces de vivir en un mundo mágico con armonía y con respeto, se creó un tercer mundo alejado de nuestros creadores, el Mundo Ordinario, para que así no destruyéramos la magia del mundo feérico. Miles de años después del Exilio, Féntar, como bien dijiste ya, consiguió abrir el portal que nos devolvió al Mundo Espiral, otra vez cerca de los feéricos. Hasta que

llegamos a hoy en día, con el masivo ataque de los Lamat y un posible Segundo Exilio. Varmal es el único que está intentando devolver la unión con los feéricos. Y por eso estamos encerrados en la Fortaleza.

La joven se sentó junto a él y lo rodeó con un brazo. Su mirada era penetrante y dura como las rocas frías en invierno.

-Lothan, Varmal está corrupta por dentro. Estamos al borde del colapso.

-¿Qué me quieres decir con esto?

La joven le miró con una mezcla de desdén y de piedad.

-Agros es el responsable de esta guerra, Lothan. Ha hecho un pacto con los Lamat.

El enano echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas.

-¿Quién te ha comido la cabeza con toda esa basura, bonita?

-Abre los ojos de una vez Lothan. Agros ha matado a miles, a millones de personas gracias a un pacto con esos seres feéricos que están a favor de la expulsión de la humanidad hacia el Mundo Ordinario. Él les habrá prometido algo que aún no sabemos, quizá la desaparición de todas las Órdenes a cambio de un poder absoluto sobre el Mundo Espiral.

-Esto es ridículo - Lothan se rascó la cabeza, dubitativo, aún manteniendo una media sonrisa - Por si no lo recuerdas, es la Orden de Wail, con sus guerras, lo que ha propiciado el ataque de los Lamat. Y el resto de Órdenes que no han movido un dedo para evitarlo.

La joven se levantó con tranquilidad y se volvió a sentar delante suya con el semblante relajado.

-Lothan, ¿Quién eres tu ahora? Ahora no eres nadie.

-Soy un guardabosques

-¡Ja! Eres un estorbo para ellos, Lothan. Ellos están formando un auténtico ejército gracias al exilio masivo de la guerra. No eres nadie, Lothan. En cambio, si te unes a nosotros volverás a ser quien eras.

-¿Nosotros? ¿Quiénes son "Nosotros"? - alzó una ceja, confundido.

-Vas a reunirte pronto con nosotros. No te preocupes, sabré encontrarte - la joven le guiñó un ojo. Lothan miró hacia la ventana aún totalmente oscura y volvió a girarse hacia la joven.

-¿De quién estás hablando? ¿Quiénes sois?

-No te diré nada más, querido Lothan. ¿Quieres volver a verme?  
Responde. Si no vienes con nosotros, jamás volverás a verme.

-Por supuesto que quiero verte de nuevo - dijo, mirando hacia el suelo  
tremendamente sonrojado.

## Capítulo 9

Un día radiante se erigía por fin sobre la Fortaleza.

El Solsticio de verano estaba ya cerca y tocaba a las puertas derramando su luz sobre los innumerables árboles. Las sonrisas y chillidos de los niños de primer curso se escuchaban por los caminos, volviendo de las clases que poco a poco iban terminando dando paso a unas vacaciones anheladas por todos.

Las adolescentes aprovecharían para ponerse ya sus cortos vestidos, paseando ante sedientos ojos de chicos de granuladas caras. Algunas de ellas ya correteaban en pequeños grupitos, y ya podían verse las primeras que se habían quitado las obligatorias togas negras.

La tranquilidad se había aliado con el trino de las negras golondrinas que llenaban el cielo, y el viento perfumado a veces parecía traer consigo aromas marinos, de un mar que lejano parecía querer unirse a aquella fiesta de la naturaleza, aquel festín extravagante y repleto de vida.

Lúne observaba todo aquello con una gran indiferencia, incluso podría decirse que con cierto desdén. Caminaba mirando hacia el suelo, con sus pequeñas manos introducidas en sus bolsillos. ¿Cómo podía ser la gente tan estúpidamente feliz, tan terriblemente conformista con todo y tan ciega al mismo tiempo?

Habían aceptado sin más el hecho de haber sido encerrados en una Fortaleza para protegerlos de la amenaza de los Lamat.

"Bueno, quizá fuera normal" - pensaba "Todo el mundo busca que lo protejan, que lo cuiden. Pero tanta banalidad, tanta mediocridad...¿No se hacía preguntas la gente? ¿No se cuestionaban nada? ¿Cómo estaban tan seguros de todo lo que les contaban?"

Realmente la gente vivía ya sin ilusiones elevadas, sin soñar en lo sublime. Nadie creía poder sobrevolar con sus alas su vida cotidiana. No se rebelaban, no se quejaban y todos pensaban que se tenía que actuar según lo que dictaban unos superiores que siempre hacían gala, paradójicamente, de una defensa a ultranza de la libertad individual.

¿Y aquello era Varmal, el Varmal en qué él creía, del libre pensamiento y de la liberación del alma de las ataduras de sus destinos?

No, aquello solo era otro disfraz más. Otra Orden más.

Sin embargo, sabía que todas aquellas devanaciones filosóficas que se hacía desde niño de nada le servían, así que decidió matar el tiempo

paseando por su lugar favorito. Era aquel un sitio que nadie solía frecuentar, quizá por el estruendoso viento y la aridez que allí predominaba. Era el único lugar de la Fortaleza con relieve, una especie de pequeñas colinas intercaladas que sobresalían tímidamente de la gran espesura de los bosques.

Hacía meses que vivía recluido en su casa.

Después de convertirse en pre-miembro de la Orden, le obligaron a abandonar la residencia de estudiantes. Ahora ya solo faltaba una semana para que se convirtiera de facto en miembro de Varmal, en un miembro de aquella farsa.

¿Y qué más daba?

Con su asesinato había quedado condenado para el resto de su vida y jamás cesaría de culpabilizarse por haber sido tan necio, idiota e infantil.

Mientras ya empezaba a escalar aquellas pequeñas colinas recubiertas por el rojizo aletear de la luz menguante, una lágrima intentó volver a caer y resbalar por sus mejillas, así como ya había estado sucediendo durante tantos meses. Pero se resistió. Ya no le quedaban más, estaba seco por dentro. Seco como una hoja otoñal, y solamente deseaba que se lo llevara el viento para siempre, para así terminar con su sufrimiento.

Había estado pensando en el suicidio seriamente, pero le horrorizaba solamente el hecho de pensarlo.

No le temía a la muerte. Solamente temía al sufrimiento y al dolor.

Cabizbajo se sentó en lo alto de una roca saliente desde la cual se podía observar toda la fortaleza al completo por los cuatro costados. Allí el ruido de las risas, el infame e hipócrita sonido de los juglares danzando sin saber por qué, las niñas y niños que sin haber crecido lo suficiente ya hablaban de amor sin saber cual era su significado, todo esto quedaba totalmente desvanecido por un ensordecedor viento que portaba las fragancias de los árboles, las plantas y las flores, que se disponían a dar la bienvenida a la noche con armonía y naturalidad.

Cerró los ojos.

Amaba aquel sitio, ¿Por qué no había vuelto a él desde que aquello ocurrió?

Una extraña paz le invadía. Era como si allí nadie le pudiera dañar, como si allí tuviera un poder inmenso capaz de destrozar montañas, de jugar con las mareas y de hablar con los animales con una libertad absoluta.

Y luego pensaba con claridad que realmente el mundo era terrible y que solamente anhelada amar y ser amado, ser comprendido y poder comprender con naturalidad y danzar bajo la luz de las estrellas sin ninguna otra preocupación que el besar los labios de una bella doncella o de escuchar el canto de los grillos en una noche estival, junto a la playa, riendo sin parar. Aquello era lo que deseaba, pero...¿Dónde estaba toda aquella belleza que moraba en su interior y que no podía expresar con libertad?

De una bolsita de cuero que llevaba colgando, escondida bajo su túnica, sacó una pipa ya cargada con algo de tabaco aromático que le hurtaba a su padre sin que él se diera cuenta, pues solamente cogía cada día unos pellizcos.

¡Qué tontería que hasta fumar en pipa fuera mal visto en Varmal!  
Cosas peores seguramente harían ellos, albergados en la clandestinidad.

Rebuscando otra vez bajo su túnica sacó un trozo de papel perfectamente plegado. Lo abrió con tranquilidad, posando en él una mirada profunda y melancólica, como si estuviera recordando algo no necesariamente doloroso, pero que le había dejado una gran huella en su corazón. En el papel había algo escrito con tinta china, en una perfecta caligrafía. Acto seguido volvió a plegar el papel, se lo introdujo bajo su túnica y nuevamente cerró los ojos y se dejó mecer por el viento, apoyando sus manos en la piedra.

Y empezó a cantar a capela con una voz dulce y desgarrada. Era una antiquísima canción en una lengua desconocida, pero que le gustaba por su melodía. Se cree que incluso había sido escrita mucho antes del Exilio.

¡Cuánto tiempo hacía que no cantaba!

Cuando terminó de cantar, un poderoso viento se alzó. Y, de repente, sintió un fuerte empujón por detrás. ¿El viento? No. Era un empujón claramente humano. ¡Unas manos! ¿Le habían seguido? No podía ser...

¿Y sí volvía a ser otra de aquellas terribles alucinaciones que sufría de vez en cuando, alguno de aquellos monstruos? ¿Y si...?

Se giró con rapidez con el puño derecho apretado y lanzándose contra lo que le había atacado. Cuando estaba a punto de propinar su golpe, observó con cierta sorpresa que se trataba de una chica rubia. Era una chica linda. En sus ojos azules no había miedo alguno: brillaban como ávidos de cometer alguna otra travesura.

Cuando vio que él se paraba en seco y se ponía a observarla con unos ojos críticos y recelosos, la chica sonrió.

Tenía una bonita sonrisa y unos labios rojos y finos e iba vestida de forma muy coqueta, con una falda corta con flores de distintos colores dibujadas en ella y una blusa blanca remachada con espirales verdes y rojas. Sus manos estaban cruzadas de forma supuestamente recatada sobre la falda y su pie derecho daba vueltas en el suelo mientras lo miraba de reojo, como si intentara reprimir un instinto de timidez ante él. Pero su mirada, cuando se encontraba con la suya, la delataba.

Era una maldita traviesa.

Solamente se trataba de una de aquellas niñas mimadas que habría sentido ganas de molestar a un extraño solitario que merodeaba por el campo.

La miró con desprecio.

-¿Qué haces tú por aquí, niña?

La joven andó unos pasos hacia él ya algo más relajada y suelta. Al encontrarse ya tan solo a un metro de él, dispuso sus brazos en jarras.

-Oh, ¿Es que una no puede ir dónde le plazca? ¡No sabía que cantara, mi noble caballero! ¡Canta usted divinamente! ¡Qué melodía más bonita! ¿Qué significan estas palabras?

-Me molesta muchísimo que me espíen. Lárgate - dijo con un tono de voz seco y cortante.

La chica, no obstante, no se amedrentó. Siguió manteniendo su sonrisa.

-No es justo que yo sepa tu nombre y tu no sepas el mío, apuesto caballero. Sé que te llamas Lúne, lo sabe todo el mundo. Yo me llamo Yume. ¡Encantada!

-----

Lúne por primera vez en muchísimo tiempo se estaba dejando llevar. Bajo su sorpresa, Yume había agarrado con fuerza la mano del joven y se lo había llevado colina abajo sin darle una razón concreta de por qué hacía aquello.

A veces su mirada se posaba en el semblante rebotante de felicidad de aquella adolescente, y parecía como si una pequeña chispa de repente derritiera dos o tres gotas de su helado corazón. No dejaba de mirarle con unos ojos azules que parecían destilar la esencia escondida de los valles húmedos que rodeaban las colinas circundantes.

Era hermosa, diferente, extraña.

Por dentro, una misteriosa sonrisa aparecía en el interior de Lúne. Él intentaba apagarla, en vano.

Una vez cruzaron los bosques, ella empezó a correr y a arrastrarlo tras ella, con fuerza. ¡Tenía mucha fuerza para ser una chica!

Y empezaron a correr por los prados del sur, cruzando las cercas de los trigales, huertos de hortalizas y fincas pobladas por gran número de árboles frutales.

Aterrado (y, en secreto, divertido), Lúne veía como los granjeros muchas veces se interponían en su paso cegados de rabia por haber pisado sin consideración sus plantaciones, pero Yume era rapidísima y conseguía despistarlos, escondiéndose en cualquier espesura que encontraban al borde de aquellas gigantescas fincas.

-¡Niña! ¡Estás mal de la cabeza! ¡¿Sabes acaso para...para que sirven los caminos?!

La chica volvió su rostro hacia él, un rostro casi cubierto por completo por aquella densa cabellera rubia que danzaba con el viento.

Parecía acostumbrada a aquel tipo de correrías sin sentido.

Pero, espera un momento... ¿Qué diablos hacía él corriendo con una desconocida?

-Sirven para los perdedores como tú, querido - contestó, apartando sus bonitos cabellos de su cara - Además...¡Hoy es mi cumpleaños! - añadió con una sonrisa que denotaba una alegría sin fronteras ni límites.

Era tan simple...¿Cómo podía alegrarse por un maldito cumpleaños?

Pasaron sobre un pequeño puente rojo y curvado. Ambos aminoraron la marcha y se pusieron a caminar. Yume paró justo en la zona más alta del puente, sin dejar que Lúne le soltara la mano. Luego, se volvió hacia él, con una sonrisa más brillante que la luz radiante del Solsticio.

-Tú me enseñaste tu lugar preferido y yo te enseñé el mío - dijo, soltando la mano de Lúne, y, con un pequeño saltito, se sentó sobre el puente. Lúne se frotó con suavidad la palma de la mano y miró a aquella chica. Le confundía. Sentía unas vibraciones extrañas en su estómago. Y calor en sus mejillas, un calor que no provenía del Sol.

-Yo no te enseñé nada. Fuiste tú la que me espiaste.

Yume movía las piernas adelante y atrás, absorta con el paisaje de robles,

fresnos y hayas. Miraba el retozar de los pájaros en el cielo, los cuales se apareaban cantando a cientos entre las arboledas. El débil croar de las ranas y aquel viento purificador que anunciaba el final de la primavera. Sus ojos volvieron a posarse en los de él y el balanceo de sus pies por fin cesó, como si hubiera despertado de un sueño.

-Tienes unos ojos muy bonitos. ¡Es una lástima que los tengas tan perdidos! Aún así, me gustas - dijo la chica, enrojeciendo un poco y volviendo su mirada sobre las ramas.

Lúne arqueó una ceja y suspiró. Por primera vez, en sus ojos se pudo entrever algo de ternura.

Fue a sentarse a su lado.

-¿Te gusto? No me conoces de nada. No seas cría.

Yume puso los brazos en jarras, abiertamente enfadada, o al menos eso aparentaba. Lo miró con una gran reprobación.

-¿Y quien diantre te ha dicho que sea una cría? ¿Tantos prejuicios tienes?

-Solamente una cría sería capaz de declarar su amor a un desconocido solo por haberlo visto unas cuantas veces.

Yume rió a carcajadas, y su risa fue como un pequeño pez de colores que iba a parar al riachuelo y a nadar en él con gracia, corriente abajo.

-Sabes mucho menos de amor que yo.

Aquellas palabras, en Lúne, tuvieron el efecto de un aguijón.

-Si, seguramente. No me gusta perder el tiempo.

Se levantó del puente y, dándole la espalda a la chica, empezó a alejarse con pasos largos. Sentía una gran vergüenza y odio en su interior. Le había escuchado cantar, en su lugar favorito. Y luego había dejado que le arrastrara, como un juguete o un peluche.

¿Amor?

Esas crías no saben ni qué significa esa palabra sagrada, por eso la van pronunciando a todas horas sin respetarla.

Mientras acerca de su encuentro con Yume, iba dando patadas a las piedras que se iba encontrando por el camino. Estaba harto de todo y de todos. La sociedad estaba podrida, todos los que le rodeaban eran mediocres, banales, simples, inconscientes...

¿Por qué él era así y no como los demás? ¿Por qué siempre se sentía vacío e infeliz?

Sin embargo, algo dentro de él estaba cambiando. Toda aquella rabia había producido algo similar a cuando un jarrón de porcelana precioso cae y se hace añicos. Algo se había liberado, y le producía mucho dolor y mucha ansiedad. Se rascó los negros cabellos y quiso desterrar aquel miedo impropio que empezaba a sentir. No, quería ser fuerte, resistente, impenetrable...no podía permitirse sentir, y no después de aquello tan terrible que había ocurrido meses atrás por su culpa.

Debía aceptar su condena.

-¡Lúne! ¡Lúne! - la voz lejana de Yume iba acercándose y sus pasos acelerados se escuchaban claros como el agua de aquel riachuelo que habían dejado atrás.

Al llegar a su lado, resoplando, Yume parecía asustada, con sus ojos azules tristes, mirándolo entre lágrimas que se había enjuagado minutos antes. El contraste entre el rojo y el iris azul creaba algo maravilloso, difícil de definir. Era como si una preciosa cascada retenida en sus fuentes interiores hubiera estallado de repente.

El joven se sintió algo turbado, pero giró la cabeza hacia otro lado, sin dejar de caminar hacia su destino.

-¡Lúne! Perdona si antes te dije cosas que no debía...Yo...No te conozco, no soy quién para juzgarte...

-Esfúmate - contestó Lúne, secamente, con voz grave y ronca, escondiéndose otra vez tras su escudo de hielo y frialdad que siempre llevaba encima.

Yume le agarró suavemente por una manga y empezó a sollozar.

-Yo...yo siempre te veía solo, y creí que eras un chico muy interesante...que...que valía la pena conocer. Esto es todo...pero tu...tu de principio me rechazaste...¿Te caigo mal? ¿No estoy a tu altura?... ¡¿Te crees superior al resto?! - añadió al final, con tono indignado - Sólo quería ser tu amiga...Lo siento, no voy a molestarte más.

-¡Espera! - gritó súbitamente Lúne, mientras veía que Yume pasaba a su lado dispuesta a marcharse corriendo entre lágrimas - ¡No! ¡Escúchame! Ehm...- notó cómo su rostro enrojecía - Vayamos a algún lado juntos ahora, ¿De acuerdo? Si nos conocemos mejor, entonces quizá...

La joven se paró en seco. Lúne ahora la tenía agarrada por un hombro.

-¡Suéltame! -replicó, sin dejar de llorar- No quiero ser una carga para nadie.

Yume no parecía en aquel momento la misma joven que había conocido al principio. Su alegría parecía ahora oscurecida por una oscuridad que él mismo había creado. Se sentía como un terrible Lamat por haber tratado a alguien así, sin conocerlo. Se vio desde fuera y se dio cuenta de la manera tan infantil con la que había actuado. Lúne carraspeó. Y cogió aire.

-Yume... - dijo, cogiéndola otra vez del brazo y esta vez haciéndola mirar hacia él. Al ver aquel rostro surcado por el llanto, el corazón le dió un vuelco- Lo siento.

La joven lo miró arqueando las cejas, con sorpresa. Luego clavó sus ojos sobre la hierba, su rostro rojo como el Sol de poniente.

-Yo...yo también lo siento por haberme entrometido en tu vida - dijo, recobrando la sonrisa - Oye...-añadió, mirándolo con luz recobrada - ¿Y si vamos a aquella taberna perdida del bosque sureño, "la Cabaña del Vigía"? Aún nos queda media hora de luz...¡Puede ser divertido!

Lúne sonrió. Aquella chica era excepcional. ¿Cómo podía ser capaz de volver a sonreír con tanta facilidad? De repente, sintió deseos de acompañarla.

-Allí van los proscritos de la fortaleza, o mejor dicho, los que se sienten...digamos...menos a gusto en ella. ¿Estás segura que quieres ir?

-¿Los proscritos? ¡Pues más razones para ir!

Empezaban a surgir las primeras estrellas. Y, por primera vez en mucho tiempo, Lúne sonrió. Y sintió su joven corazón saltar y danzar.

## Capítulo 10

Volvieron sobre sus pasos y así, sin mirar atrás, cruzaron el puente rojo y se internaron con paso rápido hacia el interior del bosque.

La noche ya estaba cayendo. Yume parecía saber cómo desenvolverse dentro de aquella gran arboleda que en aquel momento empezaba a cobrar un color débilmente azulado.

Las tinieblas avanzaban.

No iban por el camino principal que Lúne solía frecuentar para ir a aquel antro, sino más bien por pequeños senderos poco conocidos.

El rostro de Yume era radiante, como si en su mirada la primera estrella del firmamento ya se reflejara. O no. Quizá era la Estrella de la Tarde la que se reflejaba en ella.

¿Por qué toda aquella felicidad? ¿Qué sentido tenía aquel regocijo constante?

La joven andaba velozmente, de forma grácil y determinada. Cantaba con dulce voz algunas canciones que habría aprendido de los juglares de Fortaleza e iba dando pequeños saltitos sobre la abundante y ya apagada hierba del bosque.

Justo al llegar a un claro, Yume se puso ante Lúne, cruzó las manos tras ella y se puso a andar hacia atrás, como obstaculizándole el paso. Lo miraba con una sonrisa tímida con los ojos bien abiertos.

-¡Lúne! ¡No paras de mirarme! Dime, ¿Me ves rara? ¿O quizá...te empiezo a gustar?

Lúne se sobresaltó ante la actitud picante y directa de aquella jovencita.

-Me preguntaba cómo puedes ir tan segura y despreocupada por esos tenebrosos bosques.

Yume volvió a caminar a su altura y permaneció callada un tiempo, el tiempo que necesitó para hacerse dos coletas mediante dos coleteros negros con la forma de una serpiente enroscada en sí misma. Lúne se mordió el labio inferior para acallar un más que posible murmullo de asombro. ¿Uno de los símbolos de Varmal? ¿Aquella niña?

-Oh, ¿Qué sucede mi gentil caballero, no se cree que yo sea capaz de rondar por lugares tenebrosos? - dijo Yume con un tono de voz airado.

El joven la observó con cierta ternura. Así que se trataba de una de aquellas chicas repletas de sueños y de curiosidad...Vaya, en un principio nunca lo hubiera imaginado. Sin duda era el tipo de jovencita que aún vive en un Cuento Feérico y todavía no se ha topado con la cruda realidad que les ofrece Espiral, en esos tiempos desoladores, de guerra y Lamat.

Sin embargo, si había cometido la insensata locura de acompañarla a la Cabaña del Vigía prefería estar al lado de una chica inmadura pero soñadora. Siempre le habían producido simpatía los ilusos pues, de alguna manera, él siempre lo había sido.

Finalmente, tras andar durante unos veinte minutos, terminaron llegando a los pies de una cabaña resguardada en un pequeño claro iluminado ya por las estrellas que poco a poco se iban haciendo más abundantes.

Aquella cabaña era una pequeña y sencilla casucha de madera provista de un pequeño porche repleto de flores nocturnas que ya desprendían su inconfundible y maravillosa fragancia, y de pequeños setos descuidados que flanqueaban una entradilla cubierta de hierbajos que llevaba hasta una rústica puerta toscamente trabajada, sin ningún adorno. Desde las escasas ventanas era visible una tenue luz que se mecía con suavidad, como si estuviera en perfecta armonía con el fresco viento de verano que da la bienvenida a la noche y a sus habitantes.

¡Oh, cuánto había añorado aquella sencilla visión de aquel antro perdido, como ese pedacito decadente de paraíso que se va desvaneciendo en los ecos del olvido!

-¡Entremos, Lúne! ¡Llevo años queriendo entrar aquí!- dijo Yume agarrándolo del brazo, visiblemente emocionada a tenor de sus mejillas coloradas que eran como brasas que resucitan gracias al aire del soplador.

Lúne no pudo evitar esbozar una sonrisa al ver cómo Yume se entregaba al placer de lo desconocido y del misterio con tanto arrojo.

Cómo añoraba aquel sentimiento...

Entonces, sin más dilación, el joven abrió la pesada puerta y dejó pasar a una entusiasmada Yume que parecía estar iniciándose en un rito místico a tenor de la lentitud en su andar y el asombro en su rostro.

El aspecto que ofrecía el interior de la cabaña era abrumadoramente diferente de aquel austero aspecto exterior. Los ojos azules de la joven, abiertos de par en par y ensimismados como entrados en trance, repasaban cada rincón de la estancia con devoción. Su corazón latía con fuerza y sentía como una calidez confortable y excitante a la vez se expandía progresivamente por su pecho.

Todas las mesas, con sus patas talladas en forma de troncos de árbol y dibujando unas verdes ramas en la superficie, estaban atestadas de unas gentes que, vociferantes, discutían, reían, entrechocaban sus bebidas y lanzaban sus juramentos de manera un tanto ruda.

Casi todos los presentes eran hombres ya en la madurez de sus vidas. Su analítica y aventurosa mirada entonces se posó en la decoración de la casa. Símbolos arcanos de las antiguas órdenes ya desaparecidas poblaban las paredes, al igual que sus blasones y escudos, inundando la cabaña en un gran colorido muy diverso: ciervos, leones, halcones, búhos, lobos, delfines... Yume jamás se había imaginado la existencia de tantas Órdenes y, por primera vez en su vida, se apenó de veras por la desaparición de éstas.

¿Tanto colorido, tanta vida se había extinguido para siempre?

Entre los blasones y los símbolos arcanos aparecían mezclados dibujos impresionistas de distintos tipos de vegetación junto con hombres y mujeres desnudos que bebían entre grandes viñas y hacían el amor. Un viejo bardo tocaba el arpa y cantaba mientras andaba, y, de vez en cuando daba brincos alrededor de las mesas provocando en los presentes sonoras carcajadas. Era pelirrojo de pelo largo recogido en una coleta, y poseía un descuidado bigote del mismo color, con las puntas retorcidas hacia arriba. Unas simpáticas arrugas se dibujaban simétricamente alrededor de sus ojos verdes y avispados.

-Esta canción va dedicada a la madre de mi amigo Ted aquí presente y a mi mismo, también presente, me temo. Este tema se llama "Nuestro hijo"- carcajadas se sucedieron mientras empezaba a tocar los primeros acordes con una suave y traviesa sonrisa.

Lúne, dejando que aquella risueña jovencita se deleitara con el ambiente extravagante de la Cabaña del Vigía, se dirigió con grandes zancadas hacia la barra. Sus ojos grises, por primera vez en muchísimo tiempo, volvían a contener algo parecido a la vida.

¿Por qué había dejado de ir allí?

Casi todos los presentes, incluyendo el bardo, le habían reconocido y saludado con efusividad al entrar y, sin duda, más tarde acudirían muchos a su mesa para hacerle un sin fin de preguntas.

No le importaba.

De una puerta que llevaba a la despensa apareció, para gran felicidad y alivió del joven, el viejo Melack, el cual regentaba, junto a su esposa y sus tres hijos, aquella diminuta casa-taberna.

-¡Oh! ¡Dichosos los cansados ojos que te ven! ¡Eres tu, Lúne! - Melack

abrazó al joven con su obeso cuerpo de manera muy efusiva y cariñosa, de tal manera que casi le hizo trastabillar, y Le pinchó el cogote con aquella espesa barba blanca que lucía desde hacía lustros- ¡Nunca imaginé que hoy sería una noche tan especial...! ¿Qué es de tu vida, jovenzuelo? ¿Por qué nos has mantenido tan abandonados todo este tiempo? ¡Echábamos de menos al pequeñín!- los pequeños y saltones ojos castaños del viejo Melack no cesaban de moverse con gran jolgorio escrutando a Lúne como si su reaparición hubiera supuesto una auténtica bendición para su casa.

-Yo también me alegro de verte, viejo Melack, tan ocupado, nervioso, sonriente y...gordo como siempre- respondió Lúne, sonriendo de oreja a oreja. Sin embargo, justo después, su rostro se ensombreció- Verás, pasaron algunas cosas que no...

-¡Vamos Lúne, no me vengas con estas! ¡Has venido a relajarte y a pasarlo bien como en los viejos tiempos! Esta noche hay que dejar los problemas atrás- le interrumpió con su característica voz ronca y entrañable, dándole al mismo tiempo palmaditas en el hombro- Está toda la casa completa, pero por ser tu te sacaré una mesa y... ¡Oh, esa jovencita de ahí atrás que parece estar de viaje sin mover su esqueleto viene contigo? - de repente, el viejo, habiendo ya desviado su atención del joven, reparó en una Yume todavía sumida en sus propios ensueños.

-Oh, que poco cortés fui al no presentarte a mi amig...

Justo cuando iba a terminar aquella frase y presentársela al posadero, la jovencita, que a pesar de todo siempre tenía un sentido puesto en todas las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor, se subió sobre la espalda de Lúne, con brusquedad, abrazándole alrededor del cuello, como si de un simple caballo se tratara y ella una guerrera dispuesta a cabalgar sobre él con energía, haciendo que el pobre infeliz cayera sobre la barra estrepitosamente.

-¡¿Qué diablos...?!

-¡Mi nombre es Yume! Encantada de conocerle señor...!- interrumpió una risueña Yume que se tambaleaba encima de un Lúne que no había tenido más remedio que con sus brazos agarrar los desnudos muslos de la joven.

-¡Melack! ¡El viejo Melack me llaman por aquí!- respondió el grueso posadero, meciéndose su nivea barba y sonriendo divertido ante la energía desbordada que demostrada aquella chica.

-¡Encantada de conocerle señor Melack! Este joven que me sostiene es mi novio. ¡No sabía que él fuera un cliente de esta casa! ¡Estoy tan contenta...!- dijo Yume abrazándose con más vehemencia a un ya semi-

ahogado Lúne.

-Bájate...de ahí...maldita mentirosa-dijo entre dientes Lúne, con la voz rota por el esfuerzo, sin que nadie prestara atención a sus palabras.

-¿De veras? ¡Oh! ¡Oh jojojo!- el viejo estalló en carcajadas, echándose hacia atrás y con su gran barriga moviéndose con pequeños espasmos. Su risa era grave y muy amistosa- ¡Por Espiral! ¡Nuestro pequeño Lúne se hace mayor! Estoy muy regocijado de veros juntos. ¡Hacéis una pareja tan bonita...! ¡En serio lo digo!- añadió sin dejar de sonreír y de soltar alguna carcajada más.

-Gracias señor Melack. Es usted muy amable.

-Oh, encantado de poder prestaros mi servicio, faltaría más. Os traeré una bonita mesa para dos en un abrir y cerrar de ojos. Esperad aquí, os lo ruego.

Melack desapareció tras la puerta que daba a la despensa con paso rápido y decidido. Lúne, entonces, observó torvamente a Yume, echándole una mirada recriminatoria y algo inquieta.

-¿Quién te mandó hacerte pasar por mi novia, pequeño incordio?

Yume, nuevamente, no le hizo el menor caso y lo miró con ternura y picardía a la vez.

-Esto no quedará así...

-¡La mesa, dulce parejita!- rugió feliz Melack, sosteniendo otra de aquellas mesas que emulaban árboles- ¡Os la pongo en aquel rincón vacío para que tengáis algo de intimidad!- añadió, mientras se dirigía al rincón mencionado silbando y moviendo la cabeza.

Ambos se dirigieron a aquella mesa solitaria. Era una mesa muy bella y decorada a la imagen de un cerezo en flor.

Finalmente se encontraron cara a cara, ligeramente apartados de las miradas del resto del personal. Cruzaron sus miradas y quedaron mirándose en silencio. Ella le sonreía y mantenía sus manos aguantando su barbilla, con una gracia sumamente femenina y grácil, mientras movía armónicamente la cabeza pendiente de la música del bardo.

¿De dónde había salido aquella chica?

Lúne desvió la mirada hacia el bardo que ahora se hallaba sentado en una silla, justo en el centro de la cabaña. Oh, La letra de aquella canción...¡Qué preciosidad! Jamás la había escuchado. Un ambiente

melancólico se extendía por la posada, todos escuchándola en silencio, algunos con los ojos vidriosos. Nadie se atrevía a moverse, como si el menor ruido fuera capaz de romper aquel débil conjuro de unos días muy, muy lejanos.

Nuestra tristeza  
permanece  
no importa cuán lejos

Las notas trémulas  
aún sobrevuelan el viento.  
El perfume de la pérdida  
aún puede olerse.

¡Oh, mi querida Espiral!

Preso estoy  
lloro por ti  
solo deseo y amo  
cuando libre soy  
y sobre ti puedo andar  
sin grilletes.

Y así, repitiendo la frase "sobre ti puedo andar, sin grilletes", terminó la canción con una gran ovación incluyendo los sonoros y apasionados aplausos del viejo Melack. Yume tenía los ojos abiertos de nuevo, observando con sorpresa cómo todos de repente se habían vuelto tristes, cómo todos estaban emocionados recordando algo que les acongojaba profundamente.

No lo entendía. ¿Por qué se lamentaban? ¿Qué deseaban?

Había observado como Lúne había permanecido con los ojos cerrados, totalmente abstraído, cerrándolos con más fuerza cada vez que alguna frase, seguramente, le llegaba al corazón. Tenía un semblante tan diferente al que había tenido unas pocas horas antes en aquella colina...

Sintió un ligero sobresalto. Una corriente invisible trepó por sus piernas y ascendió hacia su pecho.

Se le puso la piel de gallina.

- Veo que te ha gustado mucho la canción, Lúne - consiguió decir, en voz baja, mirándole con asombro - Yo...no la entiendo demasiado.

Lúne tenía la mirada perdida y, sin embargo, parecía más cercano a ella que nunca. Sus ojos brillaban ligeramente bajo las tenues lámparas que iluminaban con armonía la pequeña y confortable cabaña. No abandonó,

sin embargo, su seriedad.

- ¿No la entiendes? ¿Por qué?

-Porque yo creo que tenemos que conformarnos con estar a salvo, estar agradecidos de ello...y vivir la vida de antes. Yo... también me siento libre aquí. Por ejemplo, ahora a tu lado me siento más libre que nunca- dijo Yume sin ahora atreverse a mirar al chico directamente a los ojos.

-¿Y tú te crees todo lo que te cuentan sobre la Guerra, los Lamat, el Exilio, y el resto de las historias? ¿Cómo sabes que no nos esconden algo, que no nos manipulan? - preguntó con calma.

- Todos fuimos atacados, Lúne. ¿Por qué deberíamos desconfiar? Aquí tenemos un futuro mientras fuera de estos muros mucha gente ha muerto...y ya no podrán volver a tener esperanza, no podrán volver a amar, a reír, a soñar... - Yume empezaba a sentir como le venían ganas de romper en llanto. Sin embargo, evitó las lágrimas con éxito.

- Bien - Lúne hizo una pausa para hacer un pedido al camarero - ¿Quieres tomar algo?

-Oh si, ¡Una jarra bien grande de cerveza! Me gustaría probarla. En mi casa me lo tienen prohibido.

- De acuerdo - asintió el joven, sin inmutarse y sin pedirle que tuviera precaución con el alcohol. Ella sabía lo que hacía, era mayorcita ya- ¡Dos jarras de cerveza del Valle, Melack! - gritó con una voz clara y firme - ¿Por dónde íbamos? Oh, si, ya lo recuerdo - alzó los ojos, pensando las palabras que había olvidado. Acto seguido, la volvió a observar a ella con unos ojos grises inquisitivos. Yume, en aquel momento, se sentía empujada. Se sentía una niña ante él y no le gustaba en absoluto aquel sentimiento.

Lúne prosiguió, hablando con un tono de voz que casi parecía un susurro.

- No ha habido noticias del exterior desde que estalló la guerra. Solamente se nos asegura que los Lamat están asolando Espiral y que la Orden de Wail es la causante de esta guerra, por culpa de sus archimagos corruptos. Pero...¿Por qué en 5 años solo se nos ha contado esto? Yume... - hizo una pausa para beber un sorbo de cerveza y aclararse la garganta - ¿Por qué conformarnos en vivir sin cuestionarnos nada y ya está?

Curiosamente, aquel pequeño discurso de Lúne le recordó aquella noche en que Anie tuvo aquel acceso de tristeza y le confesó dudas muy parecidas a las que ahora tenía él. En el fondo, los dos se parecían bastante. Había algo en sus miradas que era idéntico pero no sabía decir qué. Yume dió un sorbo de cerveza y se puso a toser con sonoridad.

Luego, replicó al joven.

-¿Qué ganaríamos con ello? -carraspeó y se encogió de hombros - Aquí estamos protegidos, podemos seguir soñando, siendo felices como antaño éramos en nuestras tierras. ¿Por qué estar siempre de mal humor, por qué siempre estás triste, Lúne?

- Está bien - dijo Lúne cruzándose de brazos y recostándose en su silla de nuevo - Entonces dime, ¿dónde vivías antes si se puede saber?

Fueron sucediéndose las cervezas una tras otra, y la conversación fue haciéndose más y más fluida.

- Estoy empezando a sentirme algo borracho - dijo Lúne, soltando una carcajada - ¿Sabes? Cuando me has dicho que existen rumores que dicen que tu madre proviene de kas hadas. Me lo tenía que haber imaginado. Eres tan guapa...Y tan distinta.

Yume enrojeció súbitamente. Aquella mirada encima de ella...Hasta aquel momento había fingido amarle intentando que al menos así enfadándose con ella le abriera el corazón. Pero poco a poco un sentimiento nuevo se apoderaba de ella y sentía como si la sangre le estuviera ardiendo por dentro. Sea como fuere, tenía que encontrar, urgentemente, alguna forma de acallar la timidez que la invadía, para que Lúne se olvidara de su turbación, en el caso probable que ya se hubiera percatado de ello.

Estaban ambos en silencio con el corazón alegre y confuso por la cerveza. El aire se podía cortar con un cuchillo mientras, desesperadamente, Yume trataba de encontrar alguna idea, alguna mísera palabra. Pero no era capaz. Su mente, de repente, se había paralizado, cosa la cual a ella jamás le había ocurrido. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se sentía tan insegura?

Sumida en aquellos tormentosos y contradictorios pensamientos, de repente el bardo mandó callar a todos los presentes y se subió a una silla.

¡Oh, por fin ocurría alguna cosa que le ayudara a desviar la atención de Lúne!

-¡Silencio todo el mundo!- gritó - Ahora que el cielo vuelve a estar engalanado de estrellas, planetas y galaxias, me urge la necesidad de relataros una historia- añadió con voz profunda, las manos en los bolsillos - ¿Le importaría, señor Melack, apagar esas maravillosas lámparas y dejar solamente encendida la que ilumina la pared del fondo?

El viejo posadero esbozó una sonrisa y asintió. Se hizo lo que el bardo quería y, en poco tiempo, la cabaña ya estaba casi a oscuras. Yume volvía

a sonreír, con ambas manos juntas sobre el pecho y moviendo nerviosamente las piernas bajo la mesa.

Yume, entonces, se giró hacia Lúne como buscando una respuesta ante aquella súbita y extraña actitud del bardo, pero fue verlo y quedar, de nuevo, paralizada. El joven ahora tenía un rostro grave y relajado. Sus ojos resplandecían con una luminosidad misteriosa y penetrante, con un brillo plateado, como si la Luna viviera en cada uno de ellos. Yume volvió a sentir como le ardía el cuerpo entero y como le flaqueaban las piernas y, ante aquella señal de emergencia, decidió volverse de nuevo hacia el bardo.

Le sorprendía que todos los presentes en la posada hubieran guardado silencio al instante, como si lo que estaba ocurriendo en aquel momento fuera algo de lo más común en la Cabaña del Vigía.

-Os voy a hablar sobre el Portal- prosiguió el bardo - Cuenta la leyenda que, por las inmediaciones de esta posada, existe un Portal oculto, sellado desde hace cientos de años para que ninguna otra atrocidad vuelva a ocurrir.

"Justo después del Retorno, en aquellos tiempos de regocijo en qué los Feéricos se comunicaban continuamente con nosotros, en estos parajes dónde ahora resta, solitaria, esta humilde y noble casa, nació un pueblo pacífico y trabajador llamado Tols. A pesar de su reducido tamaño, aquel pueblo era independiente, pues no estaba bajo la ley de ninguna de las recién creadas Órdenes. El pueblo en su conjunto elegía a su propio rey, el cual debía regir siempre con ecuanimidad y sabiduría. Y así fue durante muchos siglos. Los lazos entre este pueblo y los de la raza feérica de Urien eran muy fuertes y se cuenta que el Portal, para ambos, estaba siempre abierto y que constantemente se hacían visitas los unos a los otros, ya fuera para participar en festividades o para compartir conocimientos.

Pero, como todos sabemos, a pesar que cada raza feérica está ligada inevitablemente a su mundo más mágico y puro, no están exentos ellos de las inquietudes y de la melancolía y el peso de los recuerdos y de los deseos. De hecho, creándonos los Feéricos a través de los sueños, demostraron que, en el fondo, viven afligidos por culpa de esta condena.

El bardo hizo otro silencio, para coger aire y darle tiempo a ordenar sus pensamientos.

- Un buen día, un Urien llamado Oru, sintió que se había enamorado de la reina de Tols, un sentimiento, el amor, corriente entre los Feéricos de una misma raza, pero muy extraño entre Feéricos de otras razas y aún más entre Feéricos y humanos. La reina, llamada Syria, y Oru, llegaron a verse secretamente todas las noches en el interior de estos bosques que nos rodean. Se cuenta que, bajo la luz de la Luna y de las estrellas, se los veía bailando y besándose apasionadamente entre la maleza y que se

escuchaban siempre risas y gritos de alegría, como el canto de dos ruiseñores enamorados. Ambos planeaban algún día huir de todas sus obligaciones para siempre y así, conciliando el sentimiento inevitable del viajero que se albergaba en Oru, recorrerían Espiral juntos para siempre, aunque eso conllevara que el Urien tuviera que volver a su Mundo cada cierto tiempo para no consumirse, y que Syria fuera despojada de su corona.

"Oru era uno de estos casos extraños que a veces también se dan en el Mundo Feérico. Él era un espíritu libre e inquieto, y jamás se conformó con su propia naturaleza de feérico. Quería ir más allá, así como aquellos que nos crearon en sueños. El arte, señores, el arte es creador de todo y simboliza el deseo de ir más allá."

"Al fin, rumores de algunos testigos que reconocían haber visto a la pareja merodeando por los bosques a altas horas de la noche, llegaron a oídos del Rey, el cual, en un acceso de rabia, asesinó a Oru justo en medio de una fastuosa cena, estrangulándole con sus propias manos. La Reina, conmocionada, se dirigió junto al cadáver de Oru y rompió a llorar. El rey, al observar la aflicción desesperada de su mujer, se llenó de ira y, agarrando un cuchillo de la mesa, se lo clavó a ella en el corazón, matándola al instante, cayendo ésta encima de su amante. Sus últimas lágrimas mojaron la camisa del Urien fallecido"

"A partir de aquel entonces, Tols se transformó: el rey se convirtió en un tirano, creando un ejército y subyugando a la población contraria a su figura, a sus hechos y a su filosofía. Y fue así como, antes de cerrarse el Portal, unos Lamat, aprovechando la gran excusa del derramamiento de sangre de un Feérico, entraron en Espiral y atacaron de improviso el pueblo. Estalló entonces la guerra, que se prolongó durante meses y, a causa de ello, Tols desapareció y todos los Lamat murieron. Todos...menos uno"

El bardo hizo otra pausa, para dar mayor gravedad a aquellas últimas palabras, habiendo sido pronunciadas con una pizca de terror en su timbre de voz.

- En estas tierras dónde ahora se alberga esa cabaña existe una leyenda que dice que aún un Lamat sigue vagando solitario por los bosques, condenado a no retornar nunca más al Mundo Feérico. En estos bosques, durante siglos, ha desaparecido mucha gente sin dejar huella. Quizá - el bardo hizo una larga pausa - quizá aún nos observa receloso tras unas ramas...cada vez que nos dirigimos a esta casa. Pero, sea como sea, el espíritu de Oru y de Syria nunca ha muerto. Sigue más vivo que nunca, en cada uno de los corazones de los aquí presentes, en la Cabaña del Vigía.

Todos los asistentes se miraron los unos a los otros y asintieron.

Luego, aplaudieron con fervor. Yume permanecía en silencio con los ojos ligeramente rojizos. Parecía a punto de romper a llorar. Lúne la observaba con las cejas algo arqueadas y con una tenue sonrisa, mientras las lámparas volvían a ser encendidas. Aquella jovencita era muy sensible, sintiéndolo todo siempre a flor de piel. Yume era como esa flor vigorosa que se curva por efecto de la poderosa lluvia con riesgo a romperse pero que, no obstante, después de la borrasca sus colores son más vivos, intensos y brillantes.

Al observar que Yume se colocaba sus pequeñas manos en la cara y se ponía a sollozar, Lúne se levantó alarmado y se acercó a ella. Una vez a su vera, se colocó de cuclillas sin dejar de mirarla.

- Yume, vamos, sólo es una leyenda.

- Lo sé...pero...pero esas cosas me...me...

- No tienes por qué ocultar tu rostro. Eres demasiado bonita para ello - dijo, con un tono desenfadado y cortés- Enséñame tus lágrimas. Me gusta cuando lloras, pero más me gustas cuando sonríes - añadió, acariciándole las manos y apartándoselas de su rostro con calma.

-¡Buh! - la joven saltó encima de él justo cuando su mirada poblada de lágrimas se cruzaba con la suya. Lúne, al no esperárselo, saltó hacia atrás y se le descompuso algo la cara con semejante susto. Entonces Yume empezó a reírse a carcajadas sin que todavía sus últimas lágrimas se hubieran terminado de deslizar por sus rosadas mejillas.

- ¡Oh! ¡Dijiste que te gusto! ¡Lo dijiste! ¡Jajaja! ¡Caíste!

-Tú siempre sacas todo de contexto, parece - contestó, algo molesto y turbado - Estás como una cabra. ¿Tienes dos personalidades, o algo así?

Sí, era como una vigorosa flor después de la tempestad... ¡Y como brillaba!

Aquella sonrisa abierta y alegre era como si el río de sus lágrimas hubiera desembocado en el océano de sus joviales ojos azules, en el carmesí sedoso de sus labios, en sus cabellos mucho más puros que el oro. Resplandecía, y Lúne no pudo mirarla más que con un deseo que no conseguía definir con claridad, ese extraño antojo que sentimos justo antes de llegar el alba. No la vemos, pero la podemos sentir.

-¡Lúne! ¡Lúne! ¡Hagamos una locura! - la voz entusiasmada de la chica le despertó de sus ensoñaciones. Al mirarla, de nuevo ésta se levantó de un salto y se acercó a él con rapidez hasta colocarse a un solo palmo de su rostro.

"Espero que no se atreva a besarme, la veo capaz de cualquier cosa" - pensaba Lúne, desviando su mirada con indiferencia, como intentando autoconvencerse que no se sentía nervioso ante la proximidad de Yume. Pero no era así.

-¡No! No te voy a besar, pervertido - dijo Yume sacando la lengua y guiñándole un ojo.

¿Cómo diablos había podido leer sus pensamientos?

-Bueno, ya está bien. ¿Qué demonios quieres? - le preguntó el joven, simulando seguridad y enfado.

-¡Oh! ¡Se me olvidaba!, jeje...¿Ves a aquel hombre estirado que se dirige hacia la puerta?

Un hombre alto, vestido con una casaca verde y pantalones de pana negros, se disponía ya a abandonar la casa, despidiéndose fríamente con vagos ademanes de la cabeza, con el pecho inflado y la mirada sobre todos los hombros.

-¿Qué tiene de especial, aparte de parecer un gallo de corral?

La joven dirigió su boca hacia la oreja izquierda de Lúne

-Acabo de escuchar que le decía a alguien que la historia del bardo había sido ridícula y que él no creía en esas patrañas. ¿Y si...le damos un escarmiento?

Aquellos susurros, con suavidad, penetraban en el interior de su oído, y sintió como todo su cuerpo se estremecía, como una cuerda de arpa tocada por el bardo. Su voz era deliciosa y musical, una melodía variable, llena de contrastes, pero siempre bella y armoniosa.

-¿¡Me estás escuchando, Lúne?! - lo miró enfadada, poniendo los brazos en jarras.

-Ehm, si - Lúne volvió en sí repentinamente - Pensaba que estás mal de la cabeza - dijo con una sonrisa.

-¡Oh, eres tan aburrido! - dijo haciendo con la mano un gesto de desprecio y cansancio - ¡Vámonos ya! - añadió con ansiedad al observar que aquel hombre acababa de abandonar la Cabaña.

Entonces, como ya era costumbre en ella, Yume agarró con fuerza la mano izquierda de Lúne y lo arrastró literalmente hacia la barra. Rebuscó en una bolsita que llevaba colgando de la falda algo de dinero y, acto seguido, se dirigió al joven con una cara de niña adorable que ella sabía

poner a la perfección, juntando ligeramente los labios.

- Cariño... ¿Tienes...dinero?

El chico la miró con cara de pocos amigos.

-¿Siempre obligas de esta manera a la gente para conseguir tus propósitos?

-¡Si! - respondió ella, dando un salto fruto de su elevado nerviosismo y de su impaciencia crónica - ¡Vamos, el tiempo apremia! ¡Paga ya!

-¿Cómo que paga ya? - murmuró el joven, soltando un pequeño suspiro. Sin embargo tuvo que ceder, no le quedaba otra. Sacó unas monedas de su jergón y pagó al viejo Melack - ¡Gracias por todo, viejo amigo!

Justo al decir aquello, Lúne fue nuevamente arrastrado por la jovencuela en dirección hacia la puerta, mientras en la barra se escuchaba una risotada y la grave y melosa voz del viejo aún audible por encima de las sonoras conversaciones de los clientes de la Cabaña.

¡Volved pronto, parejita!

Una vez en el exterior, Yume se puso a otear con gran concentración la oscura arboleda que rodeaba el claro en dónde se situaba la cabaña. Tenía que divisar alguna luz tenue, mucho más tenue que las escasas lámparas encendidas colgando de los árboles, los cuales se alzaban a lo largo de los caminos. De repente, el rostro de la jovencita se iluminó.

-¡Alguien se aleja por el camino del norte! ¡Vamos!

-Puedes soltarme ya, si quieres. No voy a escaparme.

Yume negó con la cabeza de manera muy seria y, sin añadir nada más, siguió llevándolo de la mano en contra de su voluntad. En poco tiempo ya estaban corriendo por el interior de un bosque escasamente iluminado por las lámparas situadas a la vera del camino y, al cabo de un rato, divisaron a aquel hombre que, con la cabeza muy erguida y aquel pecho inflado andaba con extremos aires de grandeza, antorcha en mano. Al observar tal actitud, Lúne empezó a pensar que no era tan mala idea escarmentar a aquel sujeto.

Yume ahogó una risita con la mano mientras seguía con la mirada a aquel hombre. Se dirigió entonces a Lúne, observándolo con unos ojos fríos y calculadores. ¡Cuántas expresiones faciales tenía! ¡Era un libro abierto!

- Tengo un plan. Verás...mi papel será el de jovencita en apuros, cosa que se me da muy bien.

-Cualquiera lo diría.

-¡Oh, Lúne, déjame terminar! - protestó, molesta e imperativa - Yo me iré corriendo ante él gritando: ¡Socorro! ¡Ayuda! y desapareceré en el interior del otro lado del bosque,, mientras tú - le señaló, tocándole el pecho con determinación - tú harás sonidos guturales y lanzarás piedras.

-A sus órdenes - contestó Lúne con ironía - El problema es saber si se acordará de tu cara. Recuerda que él también estaba en la Cabaña... ¿Sabes qué? - Lúne cambió rápidamente de expresión y sonrió maliciosamente - ¡Al carajo tu plan!

Lúne se puso a mover con energía los matorrales tras los cuales se habían escondido.

-Que...¿Qué haces?! ¡No!

Pero ya era demasiado tarde. El hombre se había girado hacia dónde se estaban ellos, con rapidez.

-¿¡Quien anda ahí!? - gritó, con un tono de voz ligeramente asustado.

Al no obtener ninguna respuesta, el hombre siguió caminando pero ahora su andar se parecía más al de alguien que se siente amenazado. Andaba encorvado, observando ambos lados del bosque de forma continua y ansiosa, con una mirada febril.

-Míralo, Yume, ya le ha desaparecido la hinchazón en el pecho.

La joven no contestó. Aún estaba enojada con Lúne por el hecho de haberle estropeado el plan y estaba sentada con los brazos cruzados y mirando hacia el otro lado.

-A ver si te gusta esto a ti ahora - espetó el joven.

Y así, sin previo aviso, la agarró de la mano con un veloz movimiento, la levantó a la fuerza y se la llevó tras él, tirando con dureza de su brazo, dirigiéndose hacia otros matorrales situados más adelante.

- ¡Suéltame, idiota! ¡Suéltame, te he dicho! - gritaba Yume desesperada y airada, mientras intentaba hacer fuerza hacia el lado contrario, sin éxito - ¡Esto no se le hace a una jovencita inocente como yo!

-¡Pobrecita!

Lógicamente, con todo aquel ruido, el hombre se percató en seguida de la presencia de aquellos escandalosos jóvenes y, al hacerlo, volvió a adoptar aquella pose estrambótica y pomposa con la que pretendía recuperar su

perdida dignidad, mientras de vez en cuando les echaba miradas de reojo sombrías y rápidas.

Y fue en aquel momento cuando la lluvia empezó a caer, primero de forma pausada, y luego de forma torrencial.

Y ocurrió que, debido al cuantioso barro ya acumulado debido a la lluvia, Lúne resbaló súbitamente y cayó estrepitosamente sobre la hierba. Yume por fin pudo soltarse, con la mano dolorida, y sin pensárselo dos veces aprovechó para tirarse encima de él y empezar a propinarle patadas y puñetazos en las costillas, mientras el joven, que aún no se había repuesto de la sorpresa de verla en aquella actitud tan violenta, intentaba protegerse hecho un ovillo en el suelo con manos y piernas a modo de escudo.

Cuando ya se hubo rehecho de aquella inesperada ofensiva, Lúne reaccionó y, levantándose con un ágil brinco, esquivó una patada que iba directa a su pecho. Justo al esquivarla, consiguió ponerse encima de ella y, agarrándola por las muñecas, la inutilizó con agilidad.

-¡Eres una salvaje!

-¡Y tu un traidor! - contestó Yume sacándole la lengua con vehemencia.

-¿De veras? Pues ahora veremos como aguantas... ¡Esto!

Lúne la soltó y, antes que aquella escurridiza joven se revoliera, se dispuso a hacerle cosquillas por las axilas y las costillas. Yume se empezó a retorcer en el suelo y a llorar de risa.

-¡Jajajaja!, nooo por favor, para, ite lo ruego! ¡Para!, ¡Jajajaja! - la pobre Yume ya estaba totalmente embadurnada de barro de los pies a la cabeza - ¡A...Ahora verás! - con gran esfuerzo, la joven consiguió librarse de él rodando con mucha velocidad hacia un lado, rebozándose aún más de barro. Se dió impulso con los codos y cayó encima de un Lúne que ya se estaba incorporando para volver a la carga. Cayó con todo su peso y empezó a hacerle cosquillas y ahora era él quien se revolvía desesperado por el barro sin poder parar de reír y de pedirle clemencia, rojo como un tomate.

Después de muchos forcejeos y de rodar por la hierba durante minutos bajo la incesante lluvia, ya irreconocibles y riendo a carcajada limpia, los dos cayeron por una pendiente y terminaron rodando por ella hasta que, al fin, chocaron contra el tronco de un roble. Se vieron, de repente, abrazados el uno sobre el otro. Él estaba encima de ella, y numerosas gotas caían de su afilada nariz y de sus cabellos negros, todas encima del rostro ahora serio y tímido de Yume, la cual tenía las mejillas ya no rosadas, sino intensamente rojas, como dos rubíes puestos al fuego. Él

tampoco era una excepción, pero su rostro no era tan visible gracias a que daba la espalda a las lámparas del camino.

Una vez sus labios se encontraron, sus corazones parecieron galopar juntos, en un arrebató salvaje. Todo empezó a danzar y a dar vueltas. Las respiraciones se aceleraron. Caricias húmedas, bajo la intensa lluvia.

Si aquel hombre excéptico se hubiera puesto a observarlos, habría creído que aquellos dos eran Oru y Syria. Y lo habría creído de todo corazón.

## Capítulo 11

Lothan hizo lo que aquel misterioso hombre encapuchado le había dicho que hiciera. Las amenazas de muerte tampoco ayudaban. Arrojado por un inquieto silencio solamente quebrado por el ruido de unos lejanos grillos, colocó una trémula mano sobre la roca verde y estriada bajo un gran álamo. Cerró los ojos, no sin antes pensar si lo que estaba haciendo era el error más grande de su vida.

Empezó, entonces, a recitar la fórmula mágica, con un tono de voz seguro y ansioso.

Yore Varmal Fost  
Ank tyru Lua  
Ore Ruma Wost  
Varmal Entulah

Otra vez aquel desagradable Paso.

Empezó a dar vueltas sobre sí mismo, como si fuera arrastrado por un viento implacable. Pero aquella vez no se sintió flotando sobre una especie de Nada grisácea, por suerte, sino que directamente notó como si su cuerpo, de forma un tanto extraña, se expandiera en millones de átomos independientes hasta perder su conciencia individual, y luego al cabo de un tiempo volviera a reunirse en tierra.

Como si hubiera despertado de un molesto y largo sueño, abrió los ojos.

Era de día y por la mañana.

El Sol brillaba recién aparecido, aún dibujando en el cielo esos tonos violetas y carmesíes que anuncian el fin de las tinieblas.

Se incorporó sobresaltado al observar que había ido a parar a un lugar muy diferente al que él se esperaba, aunque no tenía una noción muy clara de lo que había imaginado encontrarse. Bajas colinas se alzaban a semejanza de túmulos aquí y allá, por doquier, cubiertas de verde hierba con grandes prados extendiéndose a su alrededor. Aquí y allí, entre las colinas, podían verse riachuelos que desaparecían en el interior de reducidos bosques de árboles jóvenes y vigorosos, todos frutales: cerezos, manzanos, perales, naranjos, limoneros, ciruelos.

Una mano, con cierta brusquedad, se posó sobre uno de sus hombros, desde atrás. Lothan se giró hacia atrás de un sólo impulso, sobresaltado.

Era ella. Al observar sus ojos magenta, los cuales brillaban ahora con un misterioso fulgor, se levantó como un resorte y su corazón empezó a

bombear frenéticamente volviendo así a su inquieto presente cubierto por la fascinación, alejado ya de toda dicha natural. Sin embargo, las palabras de la joven se le aparecieron duras y frías, hiriéndole como si se trataran de cuchillos de hielo.

-Lothan, te has retrasado mucho - dijo, con sequedad - El Archimago lleva esperándote mucho tiempo. Tienes suerte que se trata de un hombre paciente y de gran corazón.

El enano intentó serenarse ante aquella chica, ante aquella Yrissi de porte airado y orgulloso.

-¿Archimago? No sabía que la traición hacia la Orden hubiera llegado tan lejos - exclamó, intentando disfrazar sus nervios, su inseguridad, con una voz engolada muy forzada.

-Esto no te incumbe, ni te incumbirá hasta que no poseas la confianza del Archimago y de todos los miembros de Varmal Auténtico - respondió, procurando un especial énfasis a la palabra "Auténtico".

Acto seguido, de forma elegante y altiva, la joven empezó a caminar en dirección contraria a él sin dirigirle una sola mirada.

-Sígueme, tienes algo que hacer antes de poder entrar en Palacio.

¿En Palacio?

Aquello era lo último que esperaba escuchar. ¿Tan importante era aquella secta como para tener en su posesión un palacio?

La siguió en silencio, tratando de alcanzarla, pues aquella, pese a ser bastante baja, andaba a grandes zancadas y a él, lógicamente, a causa de su anormal condición física, le era muy complicado seguir su ritmo por culpa de sus cortas y torcidas piernecillas.

Al fin llegaron a uno de aquellos pintorescos bosquecillos de árboles frutales, pudiendo casi saborear con su paladar el jugo de la fruta madura que colgaba, con majestad, de las delgadas ramas.

Poco tiempo después llegaron a un diminuto lago. Justo en el medio de éste estaba situada una isla rocosa sobre la cual se había colocado una rústica y humilde mesa con dos sillas, una de ellas ocupada por un voluptuoso individuo encapuchado, ataviado con una túnica color verde oscuro y con una máscara de negra madera que representaba el rostro de un lobo con las fauces abiertas y feroces. La joven paró de andar al fin, habiendo llegado ya a la pedregosa orilla.

El silencio era casi absoluto. No se escuchaba el trino de ningún pájaro y prácticamente no soplaban el viento. Solamente se escuchaba el leve fluir

del agua acariciando con suavidad la costa y las rocas de la isla. Mientras tanto, la joven miraba a Lothan con indiferencia.

-Dirígete a la isla. Nuestro Señor te está esperando. Os dejo solos.

Dicho esto dió media vuelta y se marchó. ¿Por qué tenía esa actitud tan fría con él? Se encogió de hombros y suspiró.

Sus ojos, entonces, se posaron sobre la isla y observó como aquel misterioso personaje se hallaba erguido sobre una roca haciéndole señales con la mano derecha, invitándole a reunirse con él en la isla. Miró, entonces, a su alrededor y no, no había ninguna embarcación por los alrededores...

¿Significaba aquello que se vería obligado a llegar a la isla a nado?

Por desgracia, aquello creía y, viendo como aquella figura le seguía haciendo ademanes de ir hacia él, no tuvo más remedio que sumergirse en el agua, y, por suerte, la profundidad del lago no llegaba a un metro. Así pues, a pesar de su corta estatura, pudo alcanzar la rocosa isla sin necesidad de nadar. Al llegar a la isla, el enmascarado le hizo un cortés ademán para que compartiera mesa con él. Lothan se sentó ante él y cruzó los brazos esperando que el individuo de la horrenda máscara empezara a hablar. Aún no conocía la razón de por la que había sido llevado hasta allí, aparte de unos generosos pechos y unas preciosas nalgas, claro está.

-Seguramente desconoces la razón por la que estás aquí, mi querido Lothan - dijo el extraño, con un tono de voz jovial y profundo a la vez.

¿Quién era aquel hombre? ¿Un archimago de Varmal? Si así fuera, tendría que conocerlo por fuerza y, no obstante, su voz no le era nada familiar. En el rostro del enano, sin querer, cruzó una expresión de sorpresa y de desconfianza que aquel hombre debió captar a la perfección. Entonces, éste echó su cuerpo hacia adelante y le observó bajo aquella siniestra máscara de madera.

- Tu desconfianza es una reacción natural, tranquilo - espetó, con un hablar relajado y amargo - Bien, Lothan, concretemos algo las cosas. Prueba a decir "Traicionaré a mi señor Agros", con toda la convicción de la que seas capaz.

Lothan lo miró extrañado, levemente enojado.

-¿Por qué debería pronunciar estas palabras?

El hombre soltó una graciosa y desenfadada carcajada bajo su máscara.

-No te pido que le traiciones, solamente te ruego que pronuncies esta frase en voz alta y con convicción. Lógicamente eres libre de hacerlo o no.

El enano reflexionó durante unos instantes, pensando si tras aquello había una trampa o alguna artimaña sucia. Pero ya que había llegado hasta allí, no tenía sentido volverse atrás.

Abrió los labios y empezó a pronunciar aquella frase: "Traicionaré a mi señor Agros". Y fue justo terminar de pronunciar aquella frase cuando Lothan, de repente, sintió una agresiva punzada en el corazón, como si una daga se hubiera clavado sin contemplaciones en su pequeño pecho. Entonces, semi-inconsciente, cayó redondo al suelo y empezó a vomitar sangre, con violencia. Su respiración se cortó de súbito. Sentía que se ahogaba. Se le había paralizado el cuerpo y ahora se debatía en unos horribles espasmos. Iba a morir, y solamente imágenes deshechas, sin ningún sentido, se sucedían por su mente, nublándose su visión paulatinamente.

No quería morir ahora, era joven, no podía morir...

Una copa, entonces, fue introducida en sus labios, a la fuerza, por una mano firme y robusta, y un líquido ardiente y espeso bajó por su garganta con lentitud. Su cuerpo le pedía vomitar aquella sustancia horrorosa, pero algo le decía que aquella era su única tabla de salvación. Tenía que soportarlo.

Y, por fin, después de treinta infernales segundos, pudo de nuevo respirar y sintió como aquel dolor insostenible que había sentido en el corazón se le alivió por completo. Su visión volvió a clarificarse. ¿Qué diablos había ocurrido? ¿Había estado a punto de morir? ¿Por qué?

El individuo de la máscara de lobo, después de ayudarlo a incorporarse en su silla, se sentó ante él y empezó a hablarle con gravedad y una extraña calma, como si no hubiera pasado.

-Conoces el rito por el que un futuro miembro de Varmal tiene que pasar para convertirse en uno de facto. ¿Cierto?

-Cierto.

- ¿Recuerdas que hace veinte años, cuando Agros se convirtió en el gran maestro de la Orden, cambió las frases históricas que debe pronunciar cada archimago de Varmal alegando que contenían un error histórico que tú mismo documentaste en uno de tus libros? - Al observar que, con una mirada confusa, Lothan asentía con rapidez, el hombre prosiguió, con un tono de voz casi burlesco - Todo eso era mentira. Se trata de un conjuro mortal que evita que cualquier miembro de Varmal se rebele contra su Señor y contra el Consejo. Poco a poco va tejiendo una maraña de miedo dentro del cuerpo del Miembro hasta que éste, a no ser que su voluntad

sea de hierro, llega a ser totalmente incapaz de albergar pensamientos contrarios a los intereses de Agros y a los de sus archimagos - hizo una pausa, que a Lothan le pareció eterna - ¿Sorprendido?

- No es posible... - Lothan le miraba incrédulo, aún mareado por el efecto de aquel viscoso líquido que aún se revolvía en su estómago - Este tipo de conjuros están terminantemente prohibidos en el Mundo Espiral. Los seres feéricos...

El hombre enmascarado rió, resonando su risa de forma sombría bajo aquel temible rostro de lobo.

- ¿Los Seres Feéricos qué? ¿Evitarán que desaparezcamos de Espiral después de cómo les pagamos a ellos su hospitalidad y la piedad de volvernos a albergar en el mundo Espiral? Eres un ingenuo, Lothan. Desconozco cómo llegó Agros a conocer dicho conjuro - al decir esto se levantó y con los brazos tras su espalda, observó los bosques que se alzaban rodeando el pequeño lago. Su voz se tornó distante y melancólica - No me cabe duda que, por tus profundos conocimientos, conoces el nombre de dicho conjuro, Lothan.

El aludido se rascó la cabeza. Sentía una enorme presión y una angustia que le era imposible controlar. Su mirada, hasta aquel entonces inquieta, se tornó en una expresión de terror.

- Antes que Agros accediera al poder, recuerdo que...estuvimos estudiando los antiguos conjuros denominados "Conjuros de Vacío", mejor conocidos como...conjuros mortales. Recuerdo que este conjuro se llama Muilus, y sólo puede ser usado por alguien que... - se negaba a terminar de recordar lo que había aprendido de joven, pero se obligó a sí mismo a ser fiel con sus pensamientos - por alguien que haya pactado con Feéricos Oscuros como los La...Lam... - no pudo terminar, enterrando sus manos en su rostro sudoroso y colapsado.

- Sí, Lothan, los Lamat. ¡Buena memoria la tuya! Efectivamente, Agros ha hecho un pacto con los Lamat para así conseguir subyugar a toda Espiral bajo su mando, y en eso estamos totalmente convencidos. Lo que no llegamos a sacar en claro es el por qué de este pacto. Pero, sin duda, a cambio de algo que no sabemos, Agros ha conseguido ciertos poderes que a un simple mortal le son vedados - suspiró, con una especie de sonido gutural - ¿Y qué ganan los Lamat con todo esto? Nosotros creemos que, sencillamente, han convertido a Agros en un títere, usándolo como trampolín para echarnos a todos, de nuevo, hacia el Exilio. Seguramente Agros cree que los Lamat piensan que Varmal es la única Orden que tiene derecho a permanecer en Espiral, pero de lo que no se da cuenta es que, habiendo actuado de esta forma, ha caído en su propia trampa: él mismo ha acelerado el Caos en Espiral, que puede servir a los Lamat para expulsarnos a todos. ¿Entiendes ahora?

- Pero eso no tiene sentido - contestó Lothan, ya un poco más relajado - Los Lamat podrían habernos atacado sin necesidad de usar a Agros. Todas las Órdenes ya están suficientemente corruptas.

- Tú mismo lo has dicho: casi todas - hizo énfasis en la palabra "casi" con un tono de voz repleto de sorna - Varmal es, era, la única Orden que seguía funcionando de la misma forma que en sus orígenes, la única que no se había visto salpicada por el afán de poder. Pero con Agros... - soltó una pequeña y amarga carcajada - Pero ya basta de hablar, tengo la boca seca . Creo que ya va siendo hora de presentarme - De repente, el hombre se quitó, con rapidez, aquella pesada máscara de madera.

El rostro de Melack era sonriente, sus pequeños ojos brillantes y serenos, y sus brazos extendidos haciendo ademán de abrazar a su interlocutor. Lothan no pudo reprimir un grito de sorpresa.

- ¡Viejo amigo! ¡Soy feliz de ver que me reconoces! ¡Se te echa tanto de menos en la Cabaña!

- - - - -

Después de haberlo guiado por espacio de unos pocos kilómetros, al fin Melack y Lothan ascendieron una gran loma verde de considerable altura y llegaron a una extensa cima. Allí, en el centro, se extendían unos grandes jardines de vivo colorido. La espesura de los jardines escondían lo que estos guardaban en su interior, pero podía escuchar unas ténues voces desde ellos. Una vez se internaron entre las madre selvas y siempre vivas, pudo escuchar el entrechocar de armas, galopar de caballos, risas, cantos y gritos bélicos.

¿¡Qué diablos estaba pasando ahí atrás?!

Internándose en el jardín llegaron, poco tiempo después, a un camino muy bien cuidado y empedrado que les llevó por un rojizo y pequeño puente que sorteaba un sonoro riachuelo. Al cruzar el riachuelo, solamente fue preciso pasar bajo unos pocos árboles más y llegaron, al fin, a una gran plaza central construida de mármol y repleta de tiendas de colores.

□Lothano podía dar crédito a lo que veía: Cientos de hombres y mujeres se agrupaban alrededor de aquella superficie blanca como el marfil. Iban ataviados con armaduras, escudos, lanzas, arcos y flechas, entrenando y luchando entre ellos; y algunos se batían sobre caballos realizando justas en la parte anterior del gran patio con lanzas diseñadas con espirales de diferentes colores y formas.

-¿Qué significa todo esto? ¿De dónde diablos ha salido toda esta gente? -

preguntó Lothan, mirando a Melack con los ojos abiertos como platos.

Melack se echó a reír, sin detener su paso. Ahora se dirigían hacia un sitial de piedra situado justo en el centro de la plaza, al que se accedía por unos altos escalones.

-Querido Lothan, llevamos cinco años esperando este momento, cinco años consiguiendo que mucha gente de Varmal abra los ojos. Estoy contento al observar tu sorpresa. Sin duda, significa que las cosas marchan bien - Melack, mientras hablaba, no parecía el mismo Melack que regentaba la posada. Su porte rezumaba una seguridad contagiosa hasta el punto de afectar al propio Lothan.

Una vez el archimago empezó a subir las escaleras, un increíble clamor de jubilosos aplausos, silbidos y alabanzas se alzó sobre aquella gran plaza. Todos los congregados fueron lanzando sus armas al suelo uno a uno, como rindiéndole pleitesía a la antigua usanza.

-¡Larga vida a Espiral! ¡Larga vida al mundo Feérico!

-¡Larga vida a Varmal y a las Órdenes!

-¡Gracias a todos! - al escuchar la voz de aquel hombre, el silencio se impuso de forma casi inmediata. El interlocutor estaba de pie sobre el sitial, y su rostro se había tornado grave y serio.

- ¡Yna! Aquí, como siempre, nos volvemos a encontrar y somos uno sólo de nuevo, un solo grito al viento en esta colina en dónde, antaño, los seres feéricos celebraban sus festividades y compartían sus sagrados alimentos, danzas, canciones y oníricas historias con nosotros, los humanos.

Pero esos tiempos ya pasaron.

Ahora solamente un silencio inquieto se extiende sobre nosotros. Como ya sabéis, la humanidad en el mundo Espiral corre un grave peligro, del que nadie es consciente excepto nosotros. Durante estas últimas semanas, a pesar del gran riesgo que esto en mi salud supone, he usado toda mi magia al límite y he mantenido reuniones herméticas con seres feéricos, los cuales ya rehúsan mantener contacto con nosotros en Espiral. Ahora mismo están reunidos en un cónclave, y es casi seguro que llegarán a un acuerdo para expulsar a la humanidad hacia el Mundo Ordinario por segunda vez en nuestra historia - un leve murmullo de desaprobación se extendió entre los presentes y Melack, apaciguándolos con unos gestos, siguió hablando con aquella voz profunda - Como todos sabéis, Agros, con su ruin corazón, junto con la corrupción de las Órdenes que pueblan Espiral encabezada por Wail, está desencadenando un segundo Exilio - Melack propinó un fuerte puñetazo contra el respaldo del sitial - ¡Debemos volver a recuperar la esencia de Espiral para volver a tener contactos con

el mundo feérico, como en los tiempos de antaño, cuando nuestra unión nos traía días de Ensueño, felicidad, armonía y amor! ¿Y cómo vamos a hacerlo?

Una voz varonil y airada se alzó sobre todas las demás.

- ¡Luchando por la esencia de Espiral! ¡Viva la humanidad y los feéricos, juntos de nuevo!

- ¡Viva! - contestó toda la multitud, en un grito uniforme.

-Hermanos, creo que ya estamos suficientemente preparados para pasar a la ofensiva. Si no lo hacemos ahora, ya no habrá vuelta atrás y nos despojarán de este, nuestro Mundo. ¡Ya basta de vivir en una farsa! ¡Basta de asentir y de seguir obedeciendo! ¡Ha llegado la hora de decidir por nosotros mismos nuestro futuro, que no es otro que devolver el ser humano a sus vínculos perdidos con la naturaleza y con los que nos soñaron! - el rostro del posadero era irreconocible, ahora congestionado por la emoción y la ira - ¡Mañana atacaremos! ¡Mañana venceremos!

Entonces todos, a la vez, como si hubieran obedecido a un mismo pensamiento, recogieron de nuevo las armas que habían lanzado al suelo y, volviéndolas a empuñar, las alzaron al cielo en un gran griterío bélico.

- ¡Espiral! ¡Espiral! ¡Espiral!

Lothan se frotaba los ojos para cerciorarse que todo aquello estaba sucediendo de verdad. ¿¡Mañana!? ¿¡Atacar mañana?!

No, aquello no era posible. Tuvo que sentarse en el suelo y llevarse las manos a la cabeza. Ya no estaba tan seguro que aquello fuera una locura...¿Había estado viviendo en una mentira, engañado, vejado y despreciado por su Señor al que siempre le había debido lealtad?

El archimago volvió a pedir calma para poder seguir con su discurso, pero ahora ya no era tan fácil pedir silencio. Unos murmullos excitados se sucedían por doquier, y algunos rehusaban bajar sus armas, que mantenían al aire con una sonrisa y unos ojos repletos de hambre de gloria y de libertad.

-Mañana atacaremos en el momento más oportuno. Ellos siguen siendo más que nosotros, pues las redes de Agros siguen siendo muy fuertes, pero nosotros tenemos a favor el factor sorpresa. Parte de la infantería atacará por la parte delantera del Gran Palacio, mientras se lleva a cabo la ceremonia de adhesión a Varmal de Lúne. Mientras tanto, el resto de infantería quedareis agazapados en el bosque y también la caballería. Cuando veáis que la lucha da comienzo, vosotros atacareis por los flancos, rodeando al enemigo. Aunque sean más, caerán como moscas, os lo

aseguro. No se esperan tal ofensiva - al escuchar de nuevo vítores, con un gesto de impaciencia mandó de nuevo callar a aquellos apasionados guerreros - ¡Recordad! ¡Lúne debe ser secuestrado...con vida! Por motivos que aún desconocemos, Agros está tratando de manipularle y de convertirlo en su brazo derecho, aplicándole conjuros que pueden arruinar su vida y la de muchos. ¡Mañana todos nos reuniremos en secreto en la Cabaña del Vigía, no quiero errores ni pasos en falso! ¿Entendido?

Un Sí rotundo se personó entre aquellas vistosas tiendas, un Sí victorioso.

- Y ahora, sin más dilación, os presento a uno de nuestros nuevos miembros, que, aunque aún no se ha decidido a dar el paso, debéis ayudarle a ello con vuestra amabilidad y vuestros buenos y bravos corazones - se produjo un nuevo silencio y, de repente, señaló al enano con la mano, de una manera que rozaba la reverencia - ¡Hermanos! ¡Con nosotros tenemos a Lothan! ¡Al gran artista e intelectual Lothan Lewick! ¡Recíbidle como se merece!

¿Cómo? ¿Qué pintaba él allí? ¿Para qué diablos les era útil?

Mientras se intentaba hacer más preguntas, de repente, los que le rodeaban lo cogieron en volandas y se lo llevaron hacia el sitio donde estaba sentado Melack, el cual, discretamente, bajó las escaleras y se retiró. Justo después, el desconcertado enano ya se hallaba sentado en aquel alto sitio, desde donde podía observar la colina en toda su inmensidad y la marea de guerreros y guerreras que poblaban la planicie y lo miraban con interés y lanzándole gritos de apoyo.

-¡Lothan! ¡Que hable Lothan! - era uno de los gritos más usados.

Había pasado aquellos cinco últimos años totalmente apartado, marginado en un bosque sin hacer nada más que ir, de vez en cuando, a la Cabaña del Vigía, o a dar paseos aburridos por los bosques que le rodeaban. Sí, Agros le había vejado y le había retirado, como a un mueble viejo el cual no sabes dónde colocar. Ya nunca más había vuelto a escribir, a pintar y a indagar sobre la historia y mitos de Espiral. En cambio allí, incomprensiblemente, fuera por la razón que fuera, era muy querido.

Entonces, sin querer, esbozó una sonrisa y se aclaró la garganta.

- Sinceramente, aún no sé exactamente en qué puedo serles yo útil. Sólo quiero decirles unas cuantas cosas que tengo en mente desde hace unos días - el enano balanceaba los pies, nervioso, y se rascaba la barbilla, buscando las palabras más apropiadas - He estado desperdiciando mi vida en una Orden a la que creía el estandarte de la Libertad y del Conocimiento. Durante toda mi vida mi mayor objetivo ha sido volver a los tiempos de antaño, cuando los feéricos y nosotros nos dábamos la

mano y no pensábamos en diferencias, en guerras ni en divisiones. Y...- carraspeó- he comprendido que la orden de Varmal solamente busca lo mismo que los demás: poder. Quiero daros las gracias por haberme abierto los ojos, y por hacer que vuelva a confiar en algo, en tener fe por algo y en querer luchar y morir por algo - al pronunciar aquel "algo", entre la multitud vio de repente como unos ojos violeta, llameantes, se hallaban clavados en los suyos, con una enorme satisfacción. Era ella.

Un aplauso entusiasta se extendió por todo, y otra vez, las espadas, las lanzas y los arcos se alzaron sobre las cabezas. La gente coreaba su nombre, pues todos sabían lo importante que era que un personaje de aquella talla, olvidado por la falsa Orden, les apoyara y se involucrara en el nuevo Varmal.

Melack, acto seguido, se colocó, subiendo al estrado, a su lado y le abrazó con dulzura y con una gran sonrisa de oreja a oreja.

- Declaro a Lothan Lewick, por juramento de sangre, Druida de Varmal, en honor a los desaparecidos sabios del Mundo Ordinario que siguieron creyendo en el Retorno.

Todos estallaron en aplausos y en un gran júbilo.

-Vamos a proceder al Juramento - al decir aquello, Melack se sacó una daga de dentro de su túnica y se abrió una pequeña herida en la muñeca. Hecho aquello, extendió su sangre sobre el cabello del enano - ¡Lothan es nuestro nuevo Druida! ¡Viva Lothan el Druida, viva Varmal y viva Espiral!

El enano, en un acto reflejo, alzó los brazos con gran regocijo, recibiendo una vociferante ovación.

Aquel había sido el día más feliz de su vida.

## Capítulo 12

La clase de Música y Leyenda era la favorita para la gran mayoría de estudiantes de Fortaleza.

Nuán, el jefe del Colegio, era el profesor de aquella asignatura y, en casi todas las clases, aparecía guitarra en mano interpretando alguna canción con una letra que luego entroncaba con Historia o con alguna leyenda. Cuando tenía lugar aquella clase, los jóvenes aprendices actuaban a la inversa de lo que su actitud denotaba normalmente. Se dirigían corriendo hacia la clase corriendo, buscando tener un sitio preferente para poder estar lo más cerca posible del profesor.

Sin embargo, Nuán, a pesar de amenizar mucho su asignatura tocando sus propias canciones (algunas de ellas compuestas por él), era severo y muy exigente.

En sus clases el silencio, el respeto y la atención hacia sus palabras solían imperar sobre todo lo demás.

Aquel día hacía una tarde radiante. Las cortinas se mecían con suavidad y todos guardaban un reverendo silencio, esperando que Nuán entrara en clase de un momento a otro. Solamente unos leves susurros se escuchaban, junto con el murmullo de los árboles en el exterior.

-¿Cómo va a ser la clase de hoy?

-No lo sé, pero las vacaciones están al caer. Que lástima... ¡A mí me encantaría tenerle cada día!

-Ya te digo. Yo sería incluso capaz de repetir a posta por volverle a tener de profesor un año más.

Y así, casi todos mantenían un rostro alegre por la cercanía del verano pero melancólico a la vez, pues sabían que ya no tendrían nunca más aquella asignatura en toda su vida, ni podrían volver a escuchar las sabias y profundas palabras del profesor. Y es que hay profesores que, misteriosamente, se hacen con el corazón de todos y cada uno de nosotros, sin excepción.

Quizá algún conjuro extraño opera en todo ello, un conjuro que ellos sin pretenderlo ni ambicionarlo evocan.

Por fin, Nuán abrió la puerta y, con su forma parsimónica de andar, se dirigió al estrado. Iba ataviado con una túnica grisácea, unas sandalias de esparto, y sus cálidas y suaves facciones nadaban sobre aquel ambiente de calma y dulzura que previene la llegada del verano. Tenía sus cabellos de color caoba recogidos en una pequeña coleta. Como siempre, con

lentitud y seguridad, sacó la guitarra de su funda de cuero y se sentó en un pequeño taburete de madera, rascándose la barbilla, colocándosela sobre su regazo.

-Bien, mis queridos alumnos- dijo, con un tono de voz solemne- No quiero amargaros la existencia y vuestras ricas y joviales vidas con lo que os voy a decir. Pero dentro de pocos días tendrá lugar el examen final de Música y Leyenda. Recordad que todas las canciones que he interpretado son susceptibles de aparecer en él, así que repasad todos los apuntes. Espero que hayáis empezado a repasar, por vuestro bien-añadió, con una media sonrisa y mirándolos a todos con ojos inquisidores y divertidos- Hoy os voy a tocar la última canción, una que compuse yo justo antes de la Guerra, en mi pequeña casa de Täurion. Como siempre, debéis adivinar de qué trata el tema y relacionarlo con alguna leyenda o historia que hemos estado aprendiendo durante el curso.

Súbitamente, con delicado tacto, colocó la guitarra en posición y, después de unos instantes en qué pareció como si pudiera escuchar la melodía antes de ser interpretada con los ojos cerrados y la cabeza ladeada, empezó a tocar unos primeros acordes, ante el deleite de sus jóvenes espectadores. Poco después, su voz apareció tierna y desgarrada a la vez, según la frase que pronunciaba.

*Dejad que la aurora navegue  
sobre nuestros nevados corazones  
esa aurora dormida que jamás despierta.*

*Escuchemos esa palabra silenciosa  
sin dueño  
que jamás nadie podrá expresar  
pues se escapa de nuestras manos.*

*Restos de un lago  
enterrados tierra adentro  
que ya ni se acuerdan  
del tiempo en qué el agua danzó  
en pequeñas corrientes  
bajo la Luna.*

*Alejados, su voz cada vez más tenue  
ambos errantes y olvidados  
entre nosotros, consuelo de amores  
y canciones con melodías de antaño  
de un antaño que no tiene memoria.*

Al finalizar la canción, nadie pudo reprimir un aplauso entusiasta.

-Bien, no se merecen. Pero ahora, como siempre, tenéis que alzar la

mano los que hayáis podido entrever en estas líneas algo intrínseco y escondido - Nuán se sentó tras su mesa y entrecruzó sus manos - Adelante, amigos.

Sin duda era una pregunta complicada, pues aquella canción podía llevar a muchísimas interpretaciones. Así pues, nadie alzó la mano... ¿Nadie?

Después de analizar por el transcurso de una hora aquella canción, la clase terminó y todos salieron del aula en tropel. Todos menos Lúne, que se había quedado mirando, con mirada apenada, a través de la ventana. Su expresión gélida había desaparecido. Parecía haber estado llorando.

-Lúne, ven conmigo a mis aposentos - espetó el profesor, con gesto grave y severo.

-¿Es una orden, eminencia? - preguntó, mirándole de reojo.

-En absoluto.

-De acuerdo, entonces vendré - dijo, con un suspiro. Su actitud combativa había también desaparecido. Nuán lo miró de nuevo, alarmado. Luego, lo guió hacia sus aposentos.

Lúne ya había visitado los aposentos del director de la Escuela muchísimas ocasiones, por eso ya ni se emocionó al observar la cantidad ingente de libros, cuadros y cachibaches que llenaban todas las estanterías. Nuán invitó a su alumno a sentarse ante la mesa de caoba y le ofreció una copita de Lera.

-Eso te va a aclarar las ideas. Te veo muy raro, hijo mío - dijo Nuán, sirviéndose también a él mismo y dando el primer trago.

Una vez ambos estuvieron ya más relajados y dispuestos para una conversación, el hombre arqueó su cuerpo hacia él, interesado y preocupado por la palidez del joven.

-Ya sabes de sobra que puedes confiar en mí. Cuéntame qué es lo que te sucede, si te ves con voluntad de ello.

Lúne se rascó los cabellos, sin mirar a Nuán de frente.

-Si te lo cuento me vas a odiar para siempre, estoy convencido - dijo, mirándolo de forma sombría y triste - Y eso yo no quiero que pase, pues eres el único amigo que tengo ahora mismo.

-Cualquier cosa que me cuentes, no interferirá en nuestra amistad. Confía en mí.

-Bien...¿Recuerdas aquellas dos familias que se fueron de Fortaleza de repente, de la noche a la mañana, alegando que dos hijos suyos habían contraído una extraña enfermedad?

-Lúne, no sigas por ahí, sé la verdadera historia. Por tu bien, contamos esta mentira piadosa para que no te quedaras solo en el Colegio, para que no te sintieras culpable con ojos acusadores alrededor tuyo. Y también por el bien de tu familia - Nuán le dió una palmadita en la mano y le sonrió con ternura - Tú no tuviste la culpa de nada, fue un accidente, un accidente muy amargo y trágico, pero ya hay que pasar página. La vida sigue.

De repente, Lúne dió un puñetazo en la mesa.

- ¡Jamás hubiera imaginado esto de ti, jamás! ¿Por qué no me dijiste que lo sabías? ¿Por qué me lo escondiste?

-Por tu actitud, observo que algo muy duro te ha sucedido últimamente. Deja de pensar ya en el pasado y cuéntame lo que te sucede. No me enfadaré por mucho que te enojas conmigo. De hecho, entiendo tu reacción - dijo, de nuevo entrecruzando sus manos y observándolo con calma.

El joven se sentó de nuevo y enrojeció, agarrándose con dureza las rodillas.

-Perdóname, Nuán. Aunque me duela, sé que hiciste lo que era mejor para mí, aunque realmente yo me siga sintiendo culpable por dentro. Eso jamás se me borrará del corazón, es una tristeza superior a cualquier otra fuerza del mundo. Pero...te confesaré cual es el origen de mi dolor - el muchacho, por fin, devolvió la mirada al profesor, con los ojos ligeramente hinchados, unos ojos que se resistían al llanto - La semana pasada me enamoré de una chica, me enamoré en una sola noche. Las cosas fueron muy deprisa, nos besamos bajo la lluvia, en el bosque. Y, de repente, tuve otra maldita visión - al pronunciar la palabra "visión" enterró la cara entre sus manos, con desesperación, y siguió hablando - ¡Era un Lamat, un jodido Lamat que abría las fauces para comerme! ¡Sabía que era una maldita visión! Pero no pude hacer nada para evitar mi reacción ante ella, y, a pesar de saber que el monstruo feérico era ella, la agarré por el cuello y estuve a punto de ahogarla. Y, acto seguido, huyó de mí, llorando y gritando auxilio.

Nuán suspiró, acongojado, al observar la mirada desesperada del joven, una mirada que ya había roto el hielo que la había retenido en su prisión impregnada de impasibilidad invernal. Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de Lúne y este, evitando que su mentor lo viera, se levantó y fue hacia uno de los ventanales.

-¡Mierda! ¡¿Por qué?! ¿Por qué diablos escondisteis que yo los había matado? - Lúne se giró hacia Nuán, con los ojos rojos de ira y tristeza - Nuán...yo...llegué a tener esperanzas...y yo hubiera preferido no tenerlas jamás, pues eran esperanzas vanas, falsas - dicho esto se acercó al profesor, que estaba con la mirada gacha en su silla - ¡Y ahora estoy jodidamente enamorado y ella me odiará para siempre! ¡¿Cómo voy a soportar esta tristeza?! ¡Dímelo!

-Lúne, tú siempre fuiste un rebelde, siempre quisiste romper las reglas y crearte tu propio rumbo - replicó Nuán, con un tono de voz suave y lleno de comprensión, como si le entendiera a la perfección - Y por mucho que te dijeran que tuvieras precaución, que no cruzaras el umbral, lo hiciste. Y eso tiene sus consecuencias, y tú mismo te las has buscado. El Mundo Feérico tiene sus propias leyes y no se puede entrar ahí sin conocimiento. Tú hiciste un pacto con ellos, de manera inconsciente, yendo en contra de todo lo que se te había enseñado aquí.

Lúne se sentó de nuevo y lo miró con ojos chispeantes y rabiosos, como un lobo en cautividad.

-Por mucho dolor que me haya producido esto, jamás cambiaré, jamás. No como tú, que te vendiste a Varmal, a una orden que odiabas, solo para salvar el pellejo.

-Lúne - dijo, resentido, pero sin elevar su tenue tono de voz - Cuando crezcas entenderás que a veces el deber se impone a tus sentimientos. Aprenderás a pensar por los demás y no solamente por ti mismo.

El joven apretó sus dos puños y frunció el ceño con cierta violencia, sin dejar de mirar a su interlocutor.

-No pienso renunciar al amor - dijo, entre dientes - No sabes hasta qué punto la soledad me ha marchitado, y no fui consciente de ello hasta que la conocí.

Nuán sonrió y, al notar que su semblante se tornaba más frágil y expuesto, le acarició los cabellos con fragilidad y ternura.

-No conozco el origen exacto de estas visiones, Lúne, pero te digo una cosa. Tú eres fuerte y puedes controlarlas, convivir con ellas. Sigue luchando por lo que sientes, no abandones tan deprisa. Una lucha que no se empieza ya está perdida, y sé que tú tienes coraje, valor y nobleza. No como yo...-añadió, con una sonrisa melancólica - Pero, espera, tengo una cosa para ti.

El profesor se levantó con pesadez de su silla, como si estuviera soportando una pesada carga, y fue medio encorvado hacia un estante lleno de hierbas medicinales, pócmas, ungüentos y piedras con

propiedades mágicas. Al cabo de un rato, en el que estuvo rastreando aquel mar de botellines, finalmente escogió uno con un color ligeramente anaranjado, y lo colocó encima de la mesa, ante la mirada abatida del joven.

-Esto te dará poder para controlar tus visiones, es una pócima indicada para tratar casos de alucinaciones severas. Su efecto es tan fuerte que solamente debes tomarla cada vez que te asalte una visión que seas incapaz de controlar por ti mismo. Solamente te las mitigará, ¿De acuerdo?

Lúne, sin mediar una sola palabra más, recogió el botellín y se lo introdujo bajo su negra túnica. Vio que Nuán le guiñaba un ojo. Sin embargo, se le veía deprimido, alicaído e incapaz de sonreír con franqueza. Eso le partió el corazón.

Al fin no pudo evitar romper a llorar y abrazarse a su profesor. Sus lágrimas le empaparon el pecho.

-Gracias... - susurró, con la voz quebrada.

Lúne salió de los aposentos, cabizbajo, con aquella pocima apretada contra su pecho. Todo lo que deseaba era llegar a su casa y no pensar en nada más que no fuera la ceremonia del día siguiente: la ceremonia para convertirse, formalmente, en miembro de la Orden de Varmal. No estaba especialmente ilusionado ante aquella perspectiva pero era la única opción que tenía dentro de aquella infecta Fortaleza para poder aspirar a algo en su vida.

¿A qué algo?

Yume aparecía en sus pensamientos, una y otra vez, y era totalmente incapaz de quitársela de su cabeza, de borrarla, y hubiera deseado con todo su corazón que jamás la hubiera conocido. Su muralla de impasibilidad ya estaba derruida. Ya nada sería lo mismo, ahora que incluso había llorado ante su preciado profesor Nuán. Le hubiera encantado ir a casa de Yume para pedirle perdón, para decirle lo mucho que lo sentía.

¿Pero le creería?

-No debo verla nunca más, Lúne, nunca más jamás - se decía para sus adentros, pero la palabra "jamás" le avasallaba con un dolor en el pecho que casi le hacía caer de bruces, mareado y conmocionado por su dureza.

Tenía que haber una solución.

Y sucedió que, mientras se dirigía hacia su casa, justo al principio de las

extensiones dónde se situaban las casas de campo, escuchó unas risas tras los fresnos que custodiaban el Prado de las Estrellas, un prado dónde solían reunirse los jóvenes. Lúne lo conocía bien. Se asomó, pues, tras las bajas ramas de uno de los fresnos, desde el cuál podía ver el prado con claridad. Y, con terror, observó algo que le dejó petrificado, muerto en vida, sin habla y frío como la escarcha: era Yume que, abrazada a un hombre vestido con su pomposo traje, sin duda un bardo. Éste la besaba, sin parar de recitarle algunas canciones picantes que conocía. Y las risas eran sinceras, juguetonas, traviesas, repletas de una felicidad superficial, alejada de cualquier preocupación.

Lúne quiso dejarse caer, resbalando por el fresno. Las fuerzas se le habían agotado por completo. su mente se había bloqueado, y no le quedaban sentimientos para llorar, ni para la rabia ni la ira.

Oscuridad.

Solo eso, una tremenda oscuridad y un vacío tan profundo y tan insondable que no encontraba fondo alguno: era eterno. Pero, como un autómatas, con el rostro aún desencajado por el golpe de haber visto a su...Yume, besarse con un extraño, siguió andando, dejando atrás aquel prado por el que nunca volvería a pasar en su vida. Ya todo había terminado, ya nada tenía sentido, no había nada por lo que creer, nada, absolutamente nada. Nadie en quien confiar, nadie que le comprendiera, que le escuchara. Ni siquiera Nuán, pese a ser un hombre de gran corazón. Ni siquiera él.

Andando despacio por los caminos embarrados, por inercia, llegó finalmente a su casa familiar. Abrió la verja y le vinieron a recibir sus dos grandes perros: Kuit y Oria. Los acarició con ternura e inmediatamente se encaminó hacia la entrada principal de la casa. La casa tenía una forma bastante curiosa: tenía forma de rombo; en un lado del rombo estaban las habitaciones y los baños, y en el otro lado la sala de estar, el estudio de sus padres y la cocina. La casa parecía sencilla desde el exterior, pues era de piedra y culminada por un techo puntiagudo con decoración austera, repleto de enredaderas florecidas.

En el centro de la casa, en la intersección del rombo, estaba situado el Observatorio, en dónde Lúne se pasaba noches enteras estudiando las estrellas y el cosmos.

Entró entonces en casa, sin avisar y sin saludar, dispuesto a marcharse directamente al Observatorio, que no era más que un pequeño jardín repleto de macetas y de arbustos salvajes. Pero su padre acababa de salir justamente de su estudio para dirigirse ya al dormitorio, dónde ya dormía su madre, que era una mujer muy ordenada, pulcra y de costumbres, acostumbrada a irse a dormir justo cuando ya se había puesto el Sol. Su padre era delgado, lucía un portentoso bigote y una barba mal arreglada, y vestía ropa descolorida. Sin embargo, su aspecto era jovial.

-¡Lúne! ¿Y esa cara? ¿Qué sucede? Oh, se me olvidaba - su padre, aún reconociendo su estado, se empeñaba solamente en hablar de lo suyo, como de costumbre - Tienes que venir a mi estudio, he hecho un borrador de mi próximo cuadro que te va a encantar. Se llama "Lujuria feérica".

-Necesito estar solo. Adiós -respondió cortante el joven, dando la espalda a su progenitor y dirigiéndose al pequeño jardín de la casa-rombo.

-Bueno, el día que estés de buen humor (quizá habré muerto ya cuando eso pase) te pasas por mi estudio y le echas un vistazo. Buenas noches.

Justo al entrar al Observatorio, se tumbó en su hamaca de cañas y le echó un vistazo a la carta astronómica que iba perfeccionando poco a poco, gracias a un rudimentario telescopio de espejos. Pero fue mirarla, pasar su vista a las estrellas y, sin pretenderlo, vio en ellas aquella sonrisa de Yume, sus cabellos mojados bajo la lluvia, que eran como mojados cañaverales rodeados de flores acuáticas.

Quería desaparecer, ser uno con el cosmos, dejar de sufrir, acabar con aquella condena.

## Capítulo 13

Lúne se despertó justo al cantar el gallo, como de costumbre. Pero tenía un dolor de cabeza tremendo. Abrió sus ojos y vio a sus dos gatos durmiendo a su vera: Miori y Kone. Y, cuando los vio, se acordó de lo que había hecho aquella noche: había agarrado una botella de vino de su padre y se la había tomado entera. Había estado llorando en el jardín y se había puesto a arrancar plantas con las manos, pensando en Yume. Y ahora, en tan solo dos horas, tenía que asistir a aquella farsa, a aquel ritual vacío de significado.

Tenía que estar solo, pues así no dañaría a nadie más. No podía amar, pues su maldición se extendía a las personas a las que abría el corazón.

Acarició a Miori con suavidad, se desperezó como pudo y abrió la ventana de su cuarto. El día amenazaba tormenta, una de aquellas crueles y violentas tormentas de verano que azotaban aquella región de Espiral de vez en cuando. El viento estaba cargado de energía negativa que quizá fuera simplemente una sugestión de aquel día grisáceo y oscuro. Las cosechas se agitaban con un fuerte viento que silbaba entre los árboles frutales de su finca.

Era un día tenebroso.

Entonces, se quitó aquel pijama pintado con lunas negras y estrellas, y se colocó, con hastío y tristeza, la túnica de aprendiz de Varmal, a la cual le tenía un odio visceral. Solamente tenía ganas de quemar aquella túnica en un fuego que todo lo purificara, junto a todos los sueños que había tenido desde pequeño, cambiándolo solamente por los labios de aquella joven a la que ahora otros labios la protegían, la cuidaban y le entregaban todo lo que él no pudo darle.

Como de costumbre, fue a bañarse con jabón al riachuelo que corría paralelamente a su casa, y al volver encontró ya a sus padres levantados, con una amplia sonrisa en los labios y unos ojos hinchados de orgullo y satisfacción, lo cual hizo el efecto contrario de lo que deseaban: se deprimió aún más.

-Oh, ¡Mi querido Lúne ya se hace mayor! - exclamó su madre, al verlo volver del riachuelo con la túnica bordada de ribetes carmesíes, y abrazándolo con efusividad - Serás el orgullo de toda la familia. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

La madre de Lúne era una mujer menuda y muy bonita, con el pelo castaño y los ojos grises. Durante toda su vida había tratado de conseguir que su hijo fuera digno de sus padres, y aquel día era el día más importante de su vida, pues ahora su querido hijo les iba a superar en

rango y en importancia. Iba vestida para la ocasión, con un elegante vestido azul con un generoso escote y una preciosa falda larga y negra que le llegaba a sus pies adornados en unas sandalias plateadas, que hacían juego con sus ojos. En su cabeza llevaba una diadema de plata.

-Gracias - se limitó a replicar Lúne, distraído.

Su padre, de forma aún más efusiva, le daba cariñosas palmadas en la espalda y alababa a su hijo con sonoros gritos.

Al menos ellos estaban alegres, podían sonreír sin ningún atisbo de sombra en sus rostros, y eso él no se los iba a arrebatar. Al fin y al cabo, a pesar de ser unos padres despreocupados con su intimidad, jamás se habían portado mal con él y casi siempre habían tenido palabras agradables para él. Eran buenos padres, con el mérito de haber educado a su hijo de la mejor forma que ellos sabían y se merecían un día como aquel y lo iban a tener, aún a costa de tener que actuar con hipocresía.

Un día era un día.

Y, por fin, Lúne, acompañado por sus padres, se personó ante el enorme y antiquísimo Templo de la Luna Negra, situado en el extremo sur de la Fortaleza.

Era un templo usado por Varmal desde hacía decenas de generaciones, rodeado de espesos bosques de robles y olmos. No se sabía a ciencia cierta el año de su construcción, pues su arquitectura era, se decía, única en Espiral, y se decía que estaba basada en un modelo de construcción que había sido usado en el Mundo Ordinario, en una tierra sagrada y ancestral.

Un alto e imponente muro, llamado Pilonos, marcaba la entrada al Templo por el que se entraba por una enorme puerta abierta de par en par y custodiada por un nutrido grupo de Guardianes con sus lanzas, ataviados para la ocasión con sus armaduras de guerra. En aquel muro estaba dibujada con asombroso detalle una grandiosa y negra serpiente alada que se mordía la cola, en cuyo interior se hallaban dibujos arcanos de diversa índole, como ojos rasgados con dos pupilas, los 3 gatos negros de Varmal, seres feéricos danzando en círculo, hogueras en forma de espiral, árboles enrollando sus ramas entre la piel de la Serpiente y una gran variedad de animales como ciervos, águilas, delfines, lobos y leones, todos ellos pintados en vivos colores, contrastando así con la oscuridad del enorme reptil.

Un pequeño lago sagrado se hallaba ante el templo. Para entrar en éste, tenían que cruzarlo por encima de tres puentes de distinto color cada uno: blanco, rojo y negro.

Un silencio abrumador se extendía por el imponente recinto, solamente

quebrado por unos lejanos truenos que retumbaban en las montañas y por el viento que presagiaba una tormenta huracanada. Todo aquello ayudaba a ofrecer un ambiente místico y especial a aquel acontecimiento, por lo cual Lúne, normalmente tranquilo y poco dado a las emociones de aquella índole, no pudo evitar tragar saliva.

Entonces, desde dentro del templo, vieron salir con paso reposado y noble, a un Sacerdote de la Orden, ataviado en una túnica de color malva y una luna negra en el pecho. Era esbelto, tenía la cabeza rapada, y los ojos pintados de color púrpura. Cruzó los tres puentes y se dirigió directamente al joven. Cuando llegó a él, le colocó una mano en la cabeza y la otra en el corazón y lo miró con ojos graves.

-Lúne de Guibrush, de la casa de los Guibrush, ¿Deseas cruzar el Umbral?  
- dijo con voz solemne y ronca.

-Sí, quiero cruzar el Umbral, en nombre de los espíritus de mis antepasados - respondió el joven, con recobrada frialdad.

-Sígueme, entonces, hacia las tinieblas.

Y así, ambos cruzaron los tres Puentes y penetraron en el interior del Templo.

La sensación que empezó a invadir el corazón de Lúne a partir de aquel momento fue de una extraña embriaguez, como si todo lo que le había abrumado desde hacía unos días hubiera desaparecido. Flanquearon una sala repleta de columnas, sin ningún atisbo de luz, excepto dos solitarias antorchas que ardían sobre dos de aquellas 36 gigantescas columnas. A pesar de la oscuridad, pudo entrever que las columnas tenían forma de palmera. También vio que estaban cubiertas por dibujos de vivos colores, unos colores que esperaban, en vano, que la luz del Sol los mostrara en todo su esplendor. Pero esto nunca ocurriría: no había en el templo ventana ni apertura alguna.

Después de aquella travesía prácticamente a ciegas, llegaron a otro gran portal, esta vez cerrado por fuera. Estaba decorado con un gigantesco dibujo de un roble que alzaba sus hojas hacia el techo y que resplandecía misteriosamente con una tenue luz que recordaba a la bella y sutil luz de la Luna Llena.

Aquello dejó maravillado a Lúne, que ahora sentía como su corazón empezaba a latir con fuerza. Una sensación sublime se apoderó de él y, por primera vez en muchos años, se sentía importante. El se convertiría, de hecho, en el miembro más joven de la historia de Varmal. Desconocía los motivos que tenían para investirlo, pero aquello ahora le daba absolutamente igual. Estaba orgulloso de él mismo.

Sonrió con gran excitación cuando empezó a escuchar que el monje, en una especie de mantra, cantaba un antiguo salmo.

La ambición volvía a apoderarse de él, como antaño, antes del Desastre.

*Rulum omna Andivas Lukum.*

Después de diez minutos que al joven aspirante le parecieron eternos, las pesadas puertas se abrieron poco a poco, chirriando, extendiéndose su lúgubre eco por toda la Sala de Columnas. Lúne se estremeció al observar que una luz más diáfana y penetrante se iba filtrando a través de la puerta que se iba abriendo lentamente. Y entonces, entraron en la sala hipóstila, una sala el doble de grande que la Antecámara de las columnas. Aquella nueva sala estaba repleta de pilares cada uno de una forma vegetal distinta: hayas, olmos, robles, manzanos, encinas, pinos, abetos, castaños, avellanos...

Pero lo más impactante era que ahora, gracias a las antorchas que ahora estaban dispuestas en cada una de las 69 columnas, aquello era una auténtica cascadas de colores. Cada una de aquellas columnas estaba decorada con distintas imágenes de seres feéricos, todos ellos diferentes. Los seres, cogidos de las manos, formaban distintas figuras geométricas y estaban rodeados de diferentes animales que, o bien danzaban con ellos, o bien les acechaban. Un fuerte olor a incienso de mirra invadió el corazón del joven y le hizo viajar a lejanas y exóticas tierras que jamás había visitado, unas tierras que guardaban antiguos y misteriosos secretos.

Una vez su mirada pasó de las columnas a lo que tenía al frente, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa: la sala estaba llena a rebosar de Guardianes con su armadura, dispuestos en varias filas alrededor del camino que se dirigía hacia la penúltima Sala. Mientras pasaban, todos los guardianes, en un tono grave y profundo, empezaron a entonar unos salmos en un idioma desconocido.

Lúne parecía estar bajo la influencia de un conjuro...

¿Lo estaba realmente?

Esta pregunta apareció en su mente para irse tan pronto como había llegado.

Por fin, cruzaron el umbral que los llevaba a la Sala del Sueño, una cámara de pequeño tamaño y finamente decorada en el techo con piedras preciosas que colgaban en racimos. Le hacían recordar diferentes variedades de frutos: los rubíes emulaban las ciruelas, las amatistas las uvas, las esmeraldas verdes nueces, los lapislázulis los bellos frutos del mirto y los azabaches los negros frutos de las rosáceas. Todos colgaban por finos hilos de plata, decorados con espirales. Por unas aberturas excavadas en los cuatro puntos cardinales de la Sala entraba la luz diurna, la cual hacía resplandecer los cientos y cientos de piedras que se mecían muy levemente por el efecto del viento que entraba por aquellos pequeños agujeros. El choque entre las diminutas piedras producía un

sonido añejo, sagrado.

Lúne cerró los ojos, inconscientemente, y extendió los brazos hacia arriba. Tras él, oyó como se cerraba la compuerta que llevaba a la Sala Hipóstila. El sonido de las piedras resonaba hasta lo más profundo de su ser, como si su alma estuviera temblando repleta de una embriaguez que rezumaba Verdad y Eternidad.

-Abre los ojos, Lúne de Guibrush - bramó una voz ronca y oscura que se le antojó familiar. Cuando el joven abrió los ojos, vio ante él a quien se había imaginado que sería: Agros, ataviado con una elegante túnica negra como el carbón. Sus ojos destilaban serenidad y comprensión hacia el Aspirante. Lúne, al observar su actitud, respiró con tranquilidad y se dejó llevar por sus palabras. El Archimago desenvainó una espada que llevaba en el cinto y se la ofreció por el filo.

El filo estaba ensangrentado.

-Esta es mi sangre. Debes pasar con extremo cuidado tu lengua por el filo sin herírtela. Si no te la hieres y eres capaz de bebértela, entonces significa que tu corazón y tu alma están en armonía con el vínculo que las une: la pureza. La sangre es el símbolo más puro que existe.

Lúne titubeó, pero no halló en su ánimo ninguna actitud de rechazo. Entonces, sin cortarse lo más mínimo, succionó la sangre de su interlocutor y lo volvió a mirar a los ojos, interrogativo.

-Estoy orgulloso de ti, Lúne. Acompáñame a la Sala de la Luna. Ya estás preparado para dar el paso definitivo.

En la Sala de la Luna solamente tenían permiso la entrada los archimagos de Varmal y el Sumo Sacerdote. Nadie más podía pisarla excepto un Aspirante a Varmal, por primera y última vez. Era la cámara dónde se llevaban a cabo los más importantes ritos mágicos y religiosos en toda la Fortaleza. Ante ellos había una gran losa en la que habían unos relieves: tres serpientes en forma de espiral y una mujer desnuda en el centro, con grandes senos y la vagina descubierta. Estaba rodeada por los reptiles, que parecían estrangularla.

Agros musitó unas palabras entre dientes y la losa se abrió sola, hacia adentro.

La pequeña cámara no tenía techo: estaba a techo descubierto. Las paredes de más de diez metros de altura, sin ninguna decoración, estaban flanqueadas por las estatuas de cuatro caballeros armados arrodillados y ofreciendo su cabeza en señal de sumisión. En el centro de aquella cámara se hallaba un roble gigantesco que se perdía en el cielo nublado. A los pies del árbol se hallaba un estanque circular.

-Sumérgete en el estanque, Lúne.

El joven estaba como hipnotizado pero, por extraño que parezca, sabía en cada momento lo que estaba haciendo y lo que quería hacer. Realmente deseaba sumergirse en aquella agua cristalina. Se desnudó y se sumergió allí dentro. La lluvia caía sobre él y el estanque.

Cerró los ojos.

Al instante sintió como si el peso de su cuerpo hubiera dejado de existir, y que, a pesar de estar sumergido en agua, estuviera volando en aquel líquido, bajo una lluvia que ahora le acariciaba sus sueños y desterraba sus miedos y su oscuridad.

Sintió mucha felicidad y ambición a la vez. Sentía un gran poder. Se sentía eterno.

-Lúne, ¿Sientes el enorme poder que albergas en tus venas?

El joven lo miró estupefacto, sin dejar de sonreír y de nadar hacia atrás.

-Jamás había sentido nada parecido. Siento como si, con un sólo gesto, pudiera conseguir cualquier cosa. Incluso... - se asustó al oírse a sí mismo pronunciar aquello - Incluso la inmortalidad.

Agros se acercó a él y, desnudándose él también, se sumergió en el estanque, sentándose a su lado. Le sonreía con gran satisfacción, mientras con suavidad le colocó una mano en el hombro.

-Lúne, tienes sangre feérica corriendo por tus venas.

Aquellas palabras resonaron como si, de repente, una espada hubiera atravesado sin piedad un antiguo y precioso tapiz repleto de vivos colores en el que él hubiera estado inmerso. Sus ojos se abrieron poco a poco y paulatinamente, mientras que aquella agua estancada que antes le había llevado hasta las simas inconmensurables de su ser, en aquellos momentos parecía quemarle. Y es que, a pesar de la sorpresa al escuchar esas palabras, tras ellas había una dolorosa verdad que él siempre, en el fondo, había sospechado.

-Entonces...mis visiones, el vacío que siempre sentí, este sentimiento de no sentir que pertenezco a nada de este Mundo...

-Tú mismo eres el único capaz de controlar todo este poder feérico que corre en tu interior. Si no eres capaz de esto, sufrirás el resto de tu vida - Agros tenía el semblante serio y preocupado, pero comprensivo - Lúne - hizo una pausa, atravesándolo con sus ojos oscuros - Quiero que seas mi

sucesor y mi mano derecha. Una inminente Guerra se avecina, y el Mundo que conocemos pronto entrará en un inevitable Caos, un Caos que yo he intentado evitar sin éxito. El simple hecho de haber saltado aquella hoguera feérica, te ha convertido en lo que eres y en lo que vas a convertirte, Lúne de Guibrush.

Lúne alzó su mirada hacia aquel anciano y enorme roble que crecía a los pies del estanque y sus ojos se posaron en una planta de muérdago que crecía a varios pies encima de sus cabezas, con sus pequeñas bolitas carmesíes meciéndose levemente por efecto del lluvioso viento. Se sentía perdido, cómo si su cuerpo no le perteneciera.

-¿Por qué no me lo dijisteis antes? - preguntó, con un hilillo de voz.

Agros le acarició los cabellos de forma paternal.

-Siempre quise que vivieras una vida normal, Lúne, hasta que llegara el día que no tuvieras más remedio que aceptar tu destino, aunque resulte una carga muy dolorosa y pesada. Yo no he podido hacer nada por mi amado Mundo, a pesar de haber sabido que tarde o temprano los Lamat asolarían Espiral y que lo arrasaban todo - hizo una pausa y, mirando hacia el firmamento grisáceo, dejó que su rostro fuera inundado por la lluvia - He cometido graves errores, Lúne, y ahora todo esto me lo van a pagar con una guerra. Pero no tuve otra elección. Esta Fortaleza es la última esperanza, pero pronto desaparecerá bajo la bruma de la muerte y tú debes seguir llevando la antorcha encendida de la esperanza a través de las tinieblas. Mientras viva...¿Me ayudarás a devolver los vínculos perdidos con el Mundo Feérico, pase lo que pase, Lúne de Guibrush?

Lúne sintió como si alguien le hubiera propinado un fuerte golpe en el pecho, dejándolo aturdido y mareado. Aquellas aguas lunares le impedían levantarse: sus músculos estaban totalmente muertos. Ahora, aquel anciano roble le parecía un horrible augurio de desolación y decadencia. Y, en aquel mismo momento, le vino a la mente la única imagen que aún le mantenía vivo: la sonrisa desenfadada y jovial de Yume. Una lágrima resbaló por su mejilla.

-¿Para qué luchar? ¿Para qué aceptar mi destino si ya no me quedan fuerzas?

-Lúne, conozco tu dolor. Se trata de Yume, lo sé.

-¿Cómo diablos conoces a Yume?

Sin contestar a aquella pregunta de Lúne, el archimago se incorporó y, agarrando al joven con fuerza, lo zarandó.

-Lúne, escúchame - su mirada estaba repleta de ansiedad y de urgencia -

Ya vienen hacia acá. Quieren destruir la Fortaleza y todo lo que ésta representa a sangre y fuego. ¡Lo quise impedir pero ya es demasiado tarde!... Escúchame, Lúne - le colocó una mano en el hombro, mirándole con intensidad - Si te unes a mí, si aceptas tu poder bebiendo del Cuenco, tus visiones desaparecerán para siempre. Yume está confundida, pero sé que te ama, lo sé porque lo reconozco en sus ojos. Pero está conmocionada y aturdida por lo que le hiciste... ¡Pero nunca es tarde para luchar! Puedes quedarte de brazos cruzados y saber que la perderás, o intentarlo y no abandonar.

Justo después de decir aquello, ambos escucharon un fuerte y frenético tañido de campanas proveniente de la puerta delantera del Templo. Aquel era un tipo de tañido que solo se usaba para indicar una cosa: Un ataque contra el edificio y, de paso, contra la Fortaleza. Ya estaban ahí, fueran quienes fuesen.

Agros, sin perder un momento, le ofreció el cuenco y, mientras lo hacía, desenvainó la espada.

-Estos traidores ya están aquí, Lúne. Si se hacen con la Fortaleza todos sus habitantes morirán o serán expulsados fuera de ella a merced de los Lamat. Tu amada Yume y tus padres están en peligro, al igual que todos los míos y todos a los que amo. Debes beberte esto y tu poder se verá, por fin, desatado. ¡Hazlo! - gritó, fuera de sí, mientras le ponía el cuenco relleno de un líquido azul y espeso que reflejaba con claridad la poca luz circundante.

Lúne, en un acto instintivo, lo rechazó con un ademán de su mano derecha y lo miro de forma torva.

-Sé que este líquido se trata de una poción prohibida en Espiral. Es un hechizo de vinculación muy peligroso - observó el cuenco de arcilla y suspiró profundamente, mientras ya afuera se oían los choques entre espadas, el rebuzno de los caballos y los gritos ensordecedores de los guerreros - Lo beberé por Yume y por mi familia, nada más.

Entonces, se bebió aquel brebaje de una sola vez.

Sintió como si una enorme calidez se extendiera desde su nuca hasta sus pies, devolviéndole el vigor de sus miembros y el colorido de sus mejillas. Era cierto, Agros había tenido razón. Albergaba un gran poder, un poder inmenso, y sentía como si durante todos aquellos años hubiera estado aletargado, hibernando en una tristeza insondable que ahora desaparecía y era substituida por una sonrisa segura y por el relampagueo intenso de sus ojos grises.

Se arrodilló ante Agros.

-De ahora en adelante, por mi fuerza y mi honor, le debo lealtad y seré su mano derecha, mi Señor - alzó los ojos y una risa maliciosa apareció en sus labios arqueados - Necesitaré una espada, querido Agros.

## Capítulo 14

Los aguerridos soldados de Varmal Auténtico, comandados por Lothan, se precipitaron, entre gritos bélicos y tambores, sobre el Templo. Lo rodearon y esperaron a que los guerreros de Agros tuvieran que salir a defenderlo.

Toda la infantería, unos 250, estaban provistos de falanges y espadas cortas.

Los habitantes de Fortaleza, los cuales en gran número se habían congregado para ser testigos de la investidura del miembro de Varmal más joven de la historia, se habían echado atrás y se habían introducido en los bosques, totalmente sorprendidos, sin creerse lo que estaban viendo.

Finalmente, los guerreros de Agros cedieron y salieron corriendo y gritando por la puerta principal. Llevaban largas espadas, mazas y picas. A simple vista, el ejército que imponía más, sin lugar a dudas, era el de Agros, pues iban todos ataviados con bellas armaduras negras, el yelmo de color del oro y una pequeña túnica esmeralda que colgaba tras sus espaldas. En cambio, el ejército de Lothan se había quedado plantado en el terreno sin avanzar. Era éste un ejército de armaduras con cota de malla blanca, una pequeña capa malva tras su espalda y sus yelmos plateados. Aquellos yelmos ocultaban unas caras desencajadas por el miedo: el ejército de Agros era mucho más numeroso, y todos se dirigían de forma atropellada hacia ellos.

-¡No retrocedáis! ¡Bajo ninguna circunstancia! ¡Mantened la posición y dirigid las falanges hacia adelante! - rugía Lothan.

-¡Todos juntos, Yna! - siguió Lothan, alzando su vara de noble con energía - ¡Preparadas las falanges! - se hizo un silencio. Un nutrido grupo de arqueros, desde dentro del Templo, empezó a dispararles andanadas de flechas.

-¡Escudos arriba y mantened las falanges derechas! ¡Mantenedlas!

El ejército formó un perfecto rectángulo. Sufrieron las primeras bajas por herida de flecha.

-¡Un paso adelante! ¡No pasarán!

Aquel grito de "No pasarán" se extendió por toda la tropa, la cual, antes poco convencida del éxito, ahora repetían aquella frase y, con fortuna, aguantaron la estampida de la infantería de armaduras negras. Entonces, causando las primeras víctimas en el ejército de Agros, se envalentonaron, y empezaron a avanzar lentamente con las falanges, impidiéndoles cualquier tentativa de acercamiento. La estrategia estaba

surtiendo efecto: Agros atacaba sobre un solo punto.

Y empezó la encarnizada lucha de espadas, pasando las falanges a retaguardia: cabezas y miembros cercenados, pechos atravesados, gritos desgarradores.

Cuando parecía que la batalla terminaría en tablas, apareció lo que Lothan había esperado con una mezcla de horror y excitación (pues eso significaba que sus planes iban como la seda): un regimiento de caballería del ejército de Agros avanzó desde el bosque del oeste, dirigiéndose directamente hacia uno de sus flancos.

A la vanguardia del grupo de jinetes, galopando sobre un precioso semental negro e imponente, se acercaba Agros con una espada en ambas manos. Pero lo que dejó conmovido a Lothan fue observar la figura que iba inmediatamente a su izquierda...

¡Era Lúne!

No, debía tratarse de una confusión. Aquel niño no sabía luchar, o eso creía, pues jamás había sido instruido en el arte de la guerra. No obstante, mayor fue su sorpresa al ver que en su mano derecha llevaba una larga espada sin ningún esfuerzo, erigida hacia arriba en señal de amenaza y con una endemoniada sonrisa en sus labios.

-¡Varmal, para siempre! - gritaban todos los jinetes, al unísono, organizados en forma de triángulo. Ya estaban muy cerca, demasiado cerca, y empezó a cuestionarse si realmente el plan había funcionado. Lo mismo debía pensar la infantería, pues empezaban también a retroceder y a perder terreno frente a sus adversarios. Incluso algunos en la retaguardia habían empezado a huir hacia los bosques.

...Hasta que por fin se escuchó el cuerno de Melack resonando por todo lo ancho de la Fortaleza e incluso hasta las lejanas montañas y valles.

-¡Ahora sí! ¡Al ataque! ¡A muerte, mis hombres! - espetó el druida, gritando como un poseso y enarbolando de nuevo su vara de roble - ¡Por Espiral!

Sus maltrechos hombres, entonces, reunieron las pocas fuerzas y energías que les quedaba, observando el arrojado de su Señor Melack y, en un último impulso, lanzaron las pocas falanges que aún blandían al suelo y se echaron hacia adelante con espadas cortas, los ojos desencajados e inyectados en sangre. En pocos minutos, gracias a aquel repentino arrojado, habían acorralado al ejército de Agros contra las paredes del Templo.

El ejército de jinetes de Melack había hecho su estelar aparición en el momento más oportuno: un ejército mucho mejor compensado en armas

que el de Agros, pues en aquel regimiento, dispuesto en perfecto círculo, había 3 grupúsculos: el de arqueros montados, el de lanzas y el de espadas. Por otro lado, el ejército de Varmal tenía la ventaja de tener armaduras más pesadas y una mayor cantidad de hombres.

-¡Lothan! ¡Deja esto ya para nosotros! ¡Tengo un pequeño y joven caballo para ti! ¡Si hay suerte, nos vemos en unas horas en el campamento! ¡Has hecho un gran trabajo! - vociferó Melack, ofreciéndole el caballo que le había llevado expresamente para él.

Lothan sonrió, satisfecho y orgulloso de sí mismo, por una vez en su vida.

-¡Por Espiral y por Melack! - gritó, antes de marcharse de aquel ensangrentado lugar. Todo el ejército repitió aquellas palabras.

Bajo la sorpresa de Agros, que se había esperado una ofensiva pero no con aquella pasmosa organización (había creído, por desgracia, que se trataba de un ejército disperso, desorganizado y poco preparado), observó como los jinetes disidentes los atacaron por un flanco, obligándoles a desorganizarse.

Estaban atrapados.

-¡Lúne! ¡Lucharemos hasta el final! - gritó Agros, con el ceño fruncido y con la rabia haciéndole temblar el cuerpo entero - Pero si por desgracia caemos, no te dejes atrapar por ellos. ¡Huye de la Fortaleza y no dejes que nuestro legado muera!

Lúne le hizo una pequeña reverencia con la cabeza, sin dejar de sonreír ante la perspectiva de la lucha.

-¡Venceremos! - los miró a todos, y acto seguido exclamó, con un grito que hizo retumbar el suelo.

-¡Por Varmal! ¡Al ataque!

El choque entre los dos ejércitos fue fatalmente dramático para ambos bandos. Sin embargo, el ejército de Varmal, comandado por Agros, se había llevado la peor parte.

Los jinetes de Varmal, sin que nada pudieran hacer, se vieron rodeados por la caballería enemiga, como si de repente hubieran caído en una prisión. Aquello desencadenó una oleada de cadáveres por parte de los caballeros de negro, que pronto se vieron severamente diezmados

Agros, entonces, decidió activar su plan de emergencia: escogió a sus mejores hombres y juntos se encaminaron a través de la encarnizada batalla, de forma precaria y peligrosa, hacia Lúne. Pero era inútil llegar hasta él: todo su ejército se había dispersado de forma caótica. Los

hombres de Melack, sin romper su formación, se dedicaban a cazarlos, sin contemplaciones.

Lúne tenía sus ojos grises extremadamente abiertos debido a la ira que le embargaba. Golpeaba con rabia, desde su montura, a diestro y siniestro. Y, por fin, lo vio ante él, el objeto de su sed de sangre: Melack. Éste, al contrario que el joven, mantenía una actitud serena, mientras esquivaba sin esfuerzo todos sus golpes.

-Lúne, escúchame y deja ya de luchar. Mira a tu alrededor. El ejército de Varmal está a punto de ser vencido y derrotado - espetó el archimago, con una voz dulce y paciente - Estás siendo manipulado por Agros. Él es el causante de tus visiones, Lúne, y por ende es el causante de tu dolor. Te ha llenado el corazón de mentiras.

-¡Maldito traidor embustero! - gritaba Lúne mientras intentaba en vano matarlo con su espada, atacándole constantemente de frente y haciendo que su caballo se encabritara - ¡Por tu deslealtad a tu Señor mereces la muerte!

Junto a los desesperados e infructuosos embates del joven se hallaba Agros el cual, protegido por varios de sus hombres de confianza, se afanaba por resistir los ataques del enemigo que ya les superaba varias veces en número. Estaba en una situación extremadamente delicada. Su caballo ya se hallaba exhausto por haber recibido decenas de golpes de lanza, espada y maza sobre su armadura. Había matado a muchos hombres de Melack pero, viéndose ya perdido y con su ejército en clara retirada, de repente se le asomaron unas lágrimas en su rostro que desprendían impotencia, rabia y desesperación a raudales.

-¡Lúne! - gritó el jefe de Varmal, girándose hacia el joven momentáneamente y con rapidez mientras seguía resistiendo a duras penas los potentes ataques del enemigo con su larga espada - ¡Jamás olvides que eres la esperanza para este mundo, aunque yo desaparezca! ¡Salva a los que puedas y huye más allá del horizonte! ¡Las piedras rosadas! - al acabar de pronunciar aquella frase, un fuerte y bien dirigido lanzazo impactó en el centro de su pecho, atravesándolo por la espalda, un golpe que lo lanzó al suelo, tirándole del caballo. Lúne dejó de luchar y gritó su nombre.

Herido de gravedad, Agros se incorporó, levantándose con una mirada repleta de orgullo. Esbozó una leve sonrisay, entonces, cerró los ojos. Con la respiración entrecortada y con su mano intentando retener la hemorragia que se le extendía desde el pecho y la espalda, abrió la boca y empezó a pronunciar unas palabras. Era un hechizo. Un hechizo que, a pesar de la gravedad de sus heridas y de su entrecortada respiración, era cantado de forma solemne y altisonante. El aire vibraba a su alrededor.

Lostre-ku Andrómela mel-smirtos  
Rilí oláven upústelas  
¡Merió! ¡Merió sa Lamat!

Al escuchar aquel hechizo, todos los atacantes que le rodeaban quedaron paralizados, como si se hubieran visto, de repente, presa de unas letales e invisibles enredaderas que les impedían moverse. Al acabar, así, de pronunciar aquellas palabras, el archimago al fin cayó exhausto, de rodillas al suelo, con los ojos entornados y en blanco. De su pecho fluían borbotones de sangre.

-Lo...lo siento Lúne - espetó Agros, vomitando sangre - algún día...entenderás por qué lo hice...cuando vengan huye...huir...huir hacia las piedras...rosad... - y dando un último y mortífero suspiro murió ahogado en su propia sangre, cayendo de costado con sus ojos aún clavados en el joven.

Así termino la vida del jefe de la Orden de Varmal. Así terminaron, de golpe, 20 años de poder y de sacrificios. Así acababa la vida de uno de los más controvertidos archimagos de la historia de la Orden, con honor, rodeado de cadáveres. Los hombres que se habían quedado paralizados por la vibración del hechizo, todos murieron de un potente ataque al corazón.

Lúne cayó de rodillas, sintiendo en su mente un violento y extraño remolino que le entornó los ojos y que le hizo tener violentos espasmos y mareos. Al cabo de pocos segundos, sin embargo, sintió como si se hubiera librado de una prisión dentro de la cual había permanecido sin darse cuenta. Temblando, lanzó su espada a un lado.

Por fin comprendía: su poder, sus visiones, sus miedos y sus dudas. Todo ello había muerto con la desaparición de Agros. Se incorporó con lentitud y, acto seguido, le dedicó una profunda reverencia a Melack.

-Observo en tus ojos, en tu porte y en tus labios que finalmente te has liberado del yugo de Agros, que por fin eres consciente de tu verdadero destino y de tu propio camino - dijo con voz profunda el archimago, mientras sus hombres se abrazaban emocionados, celebrando la victoria de Varmal Verdadero. Los pocos supervivientes que quedaban entre los guerreros de Varmal, al ver que su señor moría, se rindieron a la evidencia de la derrota. Aquella victoria se había llevado muchas vidas por delante, muchas jóvenes ilusiones.

-¿Devolveréis el Sueño Feérico a Espiral, mi Señor? - preguntó Lúne, ahora postrado en el suelo, lleno de vergüenza y culpa.

-Levántate, joven - replicó él, con gesto grave y altivo - Aunque no te lo parezca sigo siendo el tabernero de la Cabaña del Vigía y tú, mi joven y

gran amigo, de veladas inolvidables.

Dicho esto, ambos se fundieron en un emocionante y efusivo abrazo.

Y, a lo lejos, pareció como si un lejanísimo ruido cobrase vida, como para celebrar la victoria de la rebelión y el abrazo de dos antiguos amigos que se habían reconciliado.

-¡Larga vida a Espiral! - gritó al viento uno de los guerreros, alzando su lanza hacia el firmamento.

-¡Larga vida a Espiral! - respondieron todos, incluyendo a Lúne y a Melack, los cuales, como dos viejos camaradas, se rodeaban el cuello con sus brazos.

Pero aquellos ruidos a los que no habían dado importancia en un principio, se transformaron en algo ya más concreto y audible.

Se escuchó un aullido muy lejano que retumbó por las montañas circundantes a la Fortaleza. Luego, unos gruñidos profundos y escalofriantes, como procedentes de las entrañas de la Tierra, haciendo temblar el suelo en una especie de leve terremoto. Todos los que habían estado celebrando la victoria cesaron de hablar y se miraron con preocupación y con temor. La tensión se palpaba en el ambiente y parecía como si aquellos sonidos fueran de cada vez más y más cercanos. Melack palideció y su sonrisa al instante desapareció dando paso a una expresión fría y retraída. Los caballos relinchaban nerviosos.

-Los Lamat - murmuró Melack.

Los aullidos, gruñidos y gritos guturales parecían ya recorrer todos los bosques que los rodeaban, arrastrados por un viento cargado aún por las reminiscencias eléctricas de la tormenta. Entonces, Melack apretó los puños, resignado, y desenvainó su espada con fuerza y decisión. Espoleando a su caballo, se dirigió a sus compañeros de armas que ahora permanecían con los ojos abiertos como platos, desconcertados.

-¡Formad una escuadra defensiva de curva abierta, mis hombres! ¡Los Lamat han sido liberados por Agros, y se ha roto la magia protectora de Fortaleza! ¡Incluso después de su muerte ha demostrado su maldad! - Luego, gritó con voz preñada de coraje - ¡Pero no lo lograré! ¡Formad ya! ¡Infantería a la derecha con formación defensiva! ¡Caballería a la izquierda, formación de triángulo atacante! - Melack espoleaba a su caballo, dando instrucciones a su ejército para que se organizara de nuevo - ¡Ganamos la primera batalla, y ahora venceremos en la segunda! ¡Lúne! - fue hacia él al galope, con rapidez, y se puso a su altura. El joven no daba crédito a lo que estaba pasando - ¡Tu irás con tres enviados míos a las casas del Oeste! ¡Si los Lamat consiguen superar nuestro muro, en el

peor de los casos, hay que llevar a todas las gentes de Fortaleza a un lugar seguro!

De pronto, pudieron observar, con terror, como los bosques ya enrojecidos por la luz menguante del atardecer, se movían con violencia.

-¡Corred! ¡Iros!

Lúne, a pesar de su siempre presente orgullo y de sus ganas de participar en la lucha, comprendió que su misión era casi tan importante como la batalla que se tenía que llevar a cabo y, siguiendo a sus 3 compañeros, se dirigió al Oeste, justo dónde estaba situada su casa. Conseguiría salvar a sus padres, de eso estaba convencido, pero confiaba ciegamente en Melack y su corazón restaba tranquilo.

Conseguirían derrotarlos.

De repente, cuando ya se alejaban del campo de batalla, escucharon un enorme golpe y un choque frontal que retumbó como una explosión: vio monstruos de todo tipo, todos gigantescos, deformes y brutalmente fuertes, que habían impactado sobre la infantería, aplastando a muchos hombres bajo sus musculosos brazos, comiéndoselos y partiéndolos por la mitad.

No quiso mirar más.

Sin embargo, lo que encontraron al llegar a las dispersas casas del Oeste fue algo que Lúne recordaría el resto de su vida: Todas las casas estaban incendiadas y derruidas. Una infinidad de cadáveres se agolpaba por todas partes, como si de repente hubieran penetrado en la Tierra de la Muerte Eterna. Tanto Lúne como los restantes jinetes que le acompañaban intentaban hablar, pero sus palabras se talaban con tartamudeos repletos de incredulidad. Solamente una idea les venía a la mente: Los Lamat habían penetrado ya en Fortaleza por otros lados y se veían perdidos, sin esperanzas, sin futuro.

Sin poderlo evitar, una urgencia impregnó la mente de Lúne: sus padres...sus padres...tenía que ir a por sus padres...¡deprisa!, y sin pronunciar ninguna palabra se separó de sus compañeros, sin escuchar sus ruegos y gritos de que volviera y de que tenían que permanecer juntos pese a todo.

Pero ya todo le daba igual: tenía que salvar a los suyos.

Al llegar a su casa se encontró, por fortuna, se encontró con que no había señales de destrozo, ni de incendio ni de ningún intento de forzar tanto ventanas como puertas. Entonces, sin apenas tiempo de suspirar por el enorme alivio que le producía tal hallazgo, la inevitable imagen de Yume

le vino rápidamente a la cabeza. Sin más dilación, tenía que sacar a sus padres de allí dentro lo antes posible hacia algún lugar seguro, y luego buscar sin tregua a la joven.

Después de rastrear la casa de arriba a abajo y de llamarles a gritos, llegó a la conclusión con una mezcla de desesperación y horror que sus padres no se hallaban en casa. Habían desaparecido sin dejar ningún rastro visible.

¿Habrían huido sin esperarle? ¿Habrían muerto por el camino? ¿O quizá habían hallado la muerte buscándole en medio de la batalla?

-Han huido - se dijo a sí mismo - Mi padre siempre tuvo un sexto sentido para olerse las cosas antes de que ocurrieran. Aún siguen con vida.

Mientras intentaba convencerse a sí mismo, alguien tocó a la puerta con fuerza y rapidez.

Al abrir, su sorpresa fue mayúscula.

Nuán se hallaba en el portal, con la mirada repleta de terror. Al verle, el director le abrazó efusivamente para luego separarse de él de nuevo. Le colocó ambas manos en los hombros.

-¡Jamás hubiera imaginado que siguieras con vida, Lúne! - dijo, visiblemente emocionado - No hay tiempo que perder, me temo que eres el único superviviente de esta zona...

-Pero mis padres, los Lamat...¿Dónde...?

Nuán le agarró por el brazo con una fuerza que el joven no se esperaba y se lo llevó con él, dejando atrás su casa.

-Ya no hay tiempo para preguntas. ¡Vámonos antes de que vuelvan!  
¡Pueden sentirnos!

## Capítulo 15

Nuán, con urgencia, había improvisado un refugio para todos los supervivientes que había encontrado en su precipitada huída. Habían estado viajando hacia el sur evitando en todo momento los caminos principales, y adentrándose todo el tiempo en la espesura protectora de los bosques.

Aun así, algunos Lamat les habían estado siguiendo de cerca y Nuán tuvo que recurrir a todo su ingenio y a su profundo conocimiento de aquellas tierras para conseguir despistarles con éxito.

Aún seguían oyendo los lejanos y temibles gruñidos y aullidos que les erizaba la piel.

Justo después que la noche cayera sobre ellos al completo, antorchas en mano, se internaron por escarpados y peligrosos senderos que se introducían en el interior rocoso de una colina flanqueada por viejos y siniestros robledales.

Al cabo de unas horas caminando por aquellos laberínticos caminos flanqueados por escarpados acantilados, llegaron al fin a una cueva que se adentraba hacia el corazón de la montaña.

Nuán apagó la antorcha, con sumo cuidado, dejando que solamente una de ellas, amarrada a una estalactita, permaneciera encendida. Tenían que evitar llamar la atención de los monstruos.

Solamente unas 30 personas se hallaban sentadas todas juntas, la mayor parte de ellas abrazadas las unas a las otras. Algunas lloraban en silencio. Otras cuchicheaban y suspiraban.

-No hemos podido encontrar a tus padres, Lúne. Lo siento...lo siento tanto... - dijo Nuán, acariciándole los largos y oscuros cabellos al joven, visiblemente abatido y haciendo un inhumano esfuerzo por evitar el llanto  
- Yo confié en él. Todo ha sido culpa mía.

Lúne clavó su mirada al suelo pero, era tal su desconcierto y tantas las sensaciones que había vivido en un sólo día, que se veía incapaz de razonar y de sentir una emoción concreta por nada. Entonces, en sus pequeños y estrechos labios, se dibujó una leve sonrisa.

-Un buen corazón nunca tiene la culpa - y, separándose de él, su rostro se ensombreció como si hubiera recordado, de repente, algo que tenía exprimiéndole sus deseos hasta dejarle seco por dentro, por miedo a recordar, por temor al dolor - Yume...¿Está viva?

-Ven, sígueme - susurró Nuán, echando a andar hacia el interior de la cueva con paso renqueante y cansado.

Mientras recorrían el pequeño trecho de la gruta, las gentes que allí se hallaban sentadas, en su mayoría niños y jóvenes que, seguramente, se habrían quedado huérfanos, observaban a Lúne con una mirada torva y agresiva, e incluso alguno se atrevía a insultarle por lo bajo, tratando sin éxito que no se escucharan sus palabras, debido al gran eco que producía la profunda cavidad. Pero el joven no se molestó. Seguramente le habían visto luchar junto a Agros, el verdugo de todas sus familias.

No, no podía culparles.

Aquella jovencuela que estaba hecha un ovillo, con los ojos entornados, fijos en un punto y con los labios dispuestos en un rictus serio, sin expresión, era muy parecida a Yume, pero no podía ser ella en absoluto: sus cabellos de oro estaban totalmente descuidados, cayendo ante su cara, y robando de forma casi completa la belleza y la antigua y perdida vivacidad de sus ya fallecidos ojos azules.

Aquella era la imagen de una persona perdida, desolada y muerta en vida.

Lúne, aterrado, se giró hacia Nuán sin casi poder aguantar su mirada, una mirada que ahora le confirmaba sus peores presagios. No hacía falta que se lo dijera con palabras, pues sus ojos tristes y un casi imperceptible asentimiento con la cabeza, le hizo saber que aquella joven demacrada que estaba ante ella resultaba ser Yume.

-Yume... - susurró Lúne, tomándola de su mano fría y careciente de fuerza alguna - ¡Yume! Soy yo, Lúne...¿Me oyes? ¿Me reconoces?

Sin embargo, no halló respuesta alguna más que el leve viento tibio que se filtraba a través de las cavidades, y una leve negación con la cabeza junto con un parpadeo de ojos que denotaban el desconcierto que se obtiene ante un desconocido que de repente asegura conocerte. Después de aquello, siguió mostrando aquella mirada inexpresiva y rocosa hacia ninguna parte.

No era posible.

La incredulidad del joven era tan grande que era incapaz de creer que se hallara realmente ante ella. Entonces, justo cuando iba a volver a dirigirse a ella, ya acercándose más a su rostro, Nuán lo detuvo y se lo llevó a un rincón de la cueva.

-Yume ha perdido a toda su familia en solamente unas horas. Ella se hallaba justamente en un sitio perdido del bosque del norte, por lo que pudo escapar de los Lamat. Pero al rastrear la casa de su familia, vimos los cadáveres y no tuvimos más remedio que comunicárselo - dijo Nuán, con una voz repleta de dolor y aflicción, ronca por la emoción, y casi

incapaz de proseguir - Menos mal que su mejor amiga, Anie, se la llevó con ella y le ha hecho compañía.

Lúne bajó la mirada, abatido. Parecía una pesadilla.

-¿Por qué no me reconoce?

-Debido al shock producido, Yume se desmayó al conocer la noticia y, al despertar, empezó a sufrir unos terribles espasmos que casi acaban con su vida. Parecía como si, de manera inconsciente, quisiera acabar con su propia vida y reunirse así con su familia en la Celeste Sala. Tuve que administrarle, con urgencia, un potente sedante que le hiciera perder la memoria por unos días, hasta que su mente se estabilice...cosa que de momento parece improbable - replicó el director, acariciándose la frente con una mueca torcida - Lamento decirlo, pero no sé a ciencia cierta si Yume va a volver a ser la de antes, Lúne.

El joven, al fin, perdió el control. Se derrumbó en el suelo, sin fuerzas, y empezó a sollozar. Nuán, al observar cómo se derrumbaba, le agarró por un brazo y lo volvió a levantar, con sus ojos llenos de una extraña energía profundísima e insondable que jamás había visto en él, unos ojos duros e implacables.

-Lúne, debes ser fuerte, y más en estos momentos. Prométeme que cuidarás de Yume a partir de ahora. Sé que tu eres el único que puede devolverle su alma perdida, quien sabe dónde ahora. Sé que tu eres el único que conoce el camino para ello - después de aquellas palabras, anduvo hacia el centro de la cueva y aquella vez se dirigió a todos los presentes.

-iMis queridos amigos y hermanos! - exclamó con voz potente y desgarradora - Cada uno de nosotros, incluido yo, hemos perdido lo que más apreciábamos, nuestras tierras, nuestras familias, nuestro futuro. Entiendo y comparto vuestra incurable pena, y no pretendo curárosla con falsas esperanzas, pues ahora el dolor es demasiado profundo para ser curado ni siquiera en sueños - apretó el puño derecho - No obstante, estamos vivos. Se me ha notificado que el ejército de Melack ha sido totalmente destrozado, y su líder asesinado por los Lamat. Que en paz descanse.

De repente, bajo la sorpresa de muchos, una voz femenina se alzó por encima de la de Nuán con un tono airado y rabioso. Se trataba de una menuda joven morena, de ojos negros.

-Lúne de Guibrush, aquí presente, luchó junto con Agros. ¡Él es cómplice del asesinato de todas nuestras familias! ¡Mi mejor amiga, mi querida Yume, fue agredida por él una semana antes de su investidura! ¡Mirad el estado en qué se encuentra! ¡Lúne es la fuente del mal! ¿Por qué todo

esto ocurrió justo durante su investidura? ¿iPor qué?! - Anie estaba completamente fuera de sí - ¡Merece la muerte! ¡La merece! ¡Una muerte lenta y dolorosa!

Anie intentó agredir a Lúne. Pero, justo en aquel momento, Nuán se interpuso entre ellos.

-Jamás me hubiera imaginado que una joven inteligente como tú cayera en un fanatismo propio de idiotas e inconscientes - espetó Nuán, visiblemente molesto - Sabed todos - añadió, girándose hacia el resto de los congregados, los cuales no habían dejado de mirar mal a Lúne - que este joven fue vilmente manipulado por Agros hasta que este murió y ahora por fin se ha liberado de las cadenas que le unían a él. Él no tiene la culpa de nada, pero si queréis lincharlo adelante, lo tenéis aquí, indefenso, inocente y derrotado y sintiéndose culpable a pesar de su inocencia. Si lo hacéis, vosotros seréis los que no mereceréis vivir, y yo pienso renunciar a seguir guiándoos si ésta es vuestra decisión. Así que elegid - hizo otra pausa, y esta vez se dirigió a Anie - Por culpa de Agros, este joven que tengo a mi lado ha sufrido alucinaciones durante parte de su vida. Él también ha perdido a sus padres. Él es una víctima más de Agros. Es uno de nosotros.

Todos callaron. Lúne se levantó y dio un paso adelante. Se dirigió a Anie, cara a cara con ella, con el gesto grave.

-Permíteme que me presente y que vuelva a disculparme por todos mis errores pasados - hizo una leve reverencia, con el rostro visiblemente afectado - Como ya sabes me llamo Lúne de Guibrush. ¿Cuál es tu nombre?

Anie no le devolvió la mirada. Mantenía sus brazos cruzados contra su pecho.

Pero su honor le impedía no responderle.

-Me llamo Anie Piroln - contestó con sequedad.

Lúne, entonces, se giró al resto de los presentes. Volvió a pedir disculpas. Luego, se colocó en el centro, resuelto, con la cabeza bien alta. De repente sintió como si algo externo le hubiera devuelto las fuerzas.

-Sé cómo salir de Fortaleza - sentenció - Y si vamos a seguir juntos, todos debemos confiar y mantenernos unidos. Ahora las afrentas y las penas se deben enterrar. Espiral prevalece.

----

Lúne, con su dedo índice, dibujó una gran Espiral en el suelo liso y rocoso

de la cueva. Todos escuchaban con atención, en silencio. Ya nadie lloraba.

-Lo primero que debemos tener en cuenta - espetó Lúne - es que los Lamat tarde o temprano, a pesar de nuestra privilegiada situación en esta bien escondida cueva, nos encontrarán, pues poseen sentidos que los seres humanos no poseemos.

El sólo hecho de salir de aquí y de dirigirnos a otro sitio llamará su atención y seremos perseguidos sin tregua.

Unos y otros se miraron con ojos alarmados y desesperados.

-Yo también he perdido a mis seres queridos y comprendo cómo os sentís. Os sentís solos, perdidos y acechados por la muerte. Sin embargo, aún estáis vivos y ahora se os ha dado una última oportunidad: la oportunidad de resistir y de escapar - caminaba de un lado a otro de la cueva, mirando a cada uno de los presentes - No debemos ser esclavos de nuestros miedos, pues el miedo es nuestro mayor enemigo. El miedo tiene más fuerza y tenacidad que un Lamat. Propongo que nos dirijamos al Noroeste, hacia las piedras de granito. Creo que es el mejor sitio para huir de aquí con éxito, pues aquellas montañas poseen cientos de recovecos y bosques sombríos que las rodean.

El joven se había acordado de las últimas palabras de Agros: "las piedras rosadas".

Era obvio que se había referido a las montañas de granito, unas montañas nunca frecuentadas por nadie, pues albergaban muchas historias y leyendas sombrías, ninguna de ellas agradable. Pero, siendo realistas, era la vía más segura para evitar a los Lamat y despistarlos.

-Y ahora, cedo mi palabra a nuestro director, Nuán.

El aludido, vestido con su túnica gris, se acarició sus propios cabellos caoba con lentitud, mientras reflexionaba sobre lo que iba a decir. A pesar de que aún su corazón estaba destrozado por infinidad de razones, también se sentía ligeramente animado por las palabras llenas de fuerza y esperanza de Lúne.

-Después de haberlo reflexionado con prudencia y serenidad, estoy convencido que el camino propuesto por Lúne es el único que tiene garantías para poder despistar a los Lamat. Nos dividiremos en dos grandes grupos y, si somos capaces de superar las antiguas montañas de granito, nos volveremos a ver todos en el pueblo de Tzut, el más cercano a Fortaleza. Allí entre sus ruinas permaneceremos escondidos y trazaremos un nuevo plan.

Lúne desenvainó la espada y se apoyó en ella mientras se volvía a dirigir

al nervioso grupo que le rodeaba. Escuchaba constantes murmullos y susurros. Sin embargo, ahora le miraban de otra manera. Al ver que el joven les volvería a hablar, guardaron silencio de nuevo.

-Ambos, Nuán y yo, sabemos cómo hacerlo para llevaros fuera de la Fortaleza, no os preocupéis. Nuán os dirigirá por el bosque de Urun hacia el norte. Una vez lleguéis a las inmediaciones de la frontera del Norte delimitada por los valles de Kult, os llevará por los bosques evitando, así, los caminos. Por mi parte, yo os llevaré por el bosque de Lar, dirigiéndonos al Oeste hacia la frontera y luego una vez allí hacia el norte, por los marjales de Bastim. Así, yendo todos separados, podremos despistar con más facilidad a los Lamat. Mañana por la mañana estaréis a salvo y, a pesar de no estar aún fuera de peligro, tendremos una mayor libertad de movimiento - sentenció, apuntando con su espada la salida de la cueva. Sus ojos grises relampagueaban, repletos de determinación - Haré todo lo posible para intentar que confiéis en mí. Espiral prevalecerá.

## Capítulo 16

Sobre el océano esmeralda y bajo la floresta de cristales multicolores se encontraba Ichiro, una niña de aspecto peculiar, como todos los seres que habitan el Mundo Feérico.

Tenía los cabellos color celeste ensortijados en una preciosa diadema de algún metal parecido a la plata. La diadema despedía un aura a su alrededor, de color blanquecino. Sus ojos eran del color del ámbar, de un ámbar profundo y líquido. Era más bien menuda y bastante delgada, aunque ya empezaban a asomar sus primeras curvas en las caderas y unos pequeños pechos como dos pequeñas manzanas. Llevaba un vestido largo de una sola pieza, de color amarillo e iba descalza, como todos los de su raza.

La niña volvía silbando una alegre canción, los ojos semi-cerrados y contemplando cómo el cielo se iba tiñendo de fuego tras las enormes montañas del Oeste. Venía del pueblo vecino de intercambiar frutos a cambio de hortalizas.

Justo al entrar en el bosque, le entraron ganas de dejarse llevar, como cada vez que se internaba en él. El aire tibio del verano le acariciaba y mecía sus larguísimos cabellos azulados que le llegaban hasta la parte superior de sus muslos. Con una bonita sonrisa, dirigió su mirada hacia los cristales de todos los tamaños y colores que colgaban de los árboles.

Los árboles de cristal crecían de forma natural en aquellos océanos esmeralda, pues eran las zonas donde la magia se concentraba con más fuerza. El tronco, las ramas, las hojas y los frutos: todo era de cristal. Cada vez que dos cristales chocaban entre sí, sonaba una melodía preciosa, cada una distinta, sin que nunca se repitiera ninguna. Aquellas melodías eran audibles inconscientemente desde muchos kilómetros a la redonda y mantenían la paz y la armonía entre razas y pueblos, pues, entre aquellas melodías, merodeaban las Yrissi, una raza de Hadas presente en todo el Mundo Feérico, que se encargaban con sus florecidos cantos, sus dulces palabras y sus bellas danzas, de mantener la naturaleza y todos los seres que habitaban en ella en una paz inquebrantable.

Éstas estaban siempre presentes en aquellas grandes florestas, junto al cual estaba situado el pueblo de Ichiro.

¡Había tenido tanta suerte de tener tan cerca a las Yrissi!

Desde pequeña siempre había ido, todas las noches, a jugar, a bailar y a cantar con ellas, y también a escuchar sus alegres palabras y sus risas, que llenaban de colorido los cristales del bosque aún de noche, haciendo que la Luna brillara aún con más intensidad.

Ichiro alzó los brazos con lentitud, cerró los ojos y notó como una luz que era una mezcla de todos los colores de los cristales penetraba en su pecho. Notó como su cuerpo se levantaba como si de una simple pluma arrastrada por el viento se tratara, y empezó a volar. A menudo, rozaba con sus pies los cristales que hacían resonar distintas notas armónicas.

Las Hadas le saludaban a su paso, encaramadas sobre las ramas acristaladas, tumbadas algunas, otras persiguiéndose entre pequeños saltos de árbol en árbol, y otras simplemente hablando o contemplando el ocaso en silencio, recostadas sobre los troncos.

-¡Ichiro! ¡¿A la noche vienes verdad?! - le gritaban con aquellas melosas y graciosas voces acampanadas y musicales - ¡La Luna hace tiempo que ya salió!

-¡Claro que sí! ¡Hoy es Luna Llena! - contestó la chiquilla, dando vueltas sobre si misma. No podía parar de reír, con los ojos cerrados, mientras seguía tocando levemente los cristales con la yema de sus dedos.

Antes de salir del Bosque, descendió suavemente y, sobre aquellos mares verdes, caminó hasta superar un arenal y, sobre él, volver encauzar el camino de alta hierba que llevaba a su pueblo. Aquel camino estaba florecido permanentemente con una veintena de diferentes flores que solamente se podían hallar en el Mundo Feérico.

Y por fin llegó a Húgaldic, una pequeña Aldea de calles empedradas con piedras preciosas. Las casas estaban construidas con un tipo piedra granítica y rosada llamada Rúi. Era uno de los orgullos de la raza Amaru, a la cual pertenecía Ichiro.

En las callejuelas había una gran actividad. Aquí y allá había hombres y mujeres con aquellos característicos cabellos celestes, todos silbando, cantando e interpretando una gran variedad de instrumentos, la gran mayoría invisibles, tocados con la mente. Aquellos extraordinarios músicos gozaban de una gran estima por parte de sus habitantes, pues sumían a estos en una permanente alegría y les conservaba la energía durante todo el día, haciendo también que sus sueños fueran armónicos y bailaran con sus melodías, mientras dormían.

Respecto a su forma de tocar, aquello no era extraño en un pueblo como el Amaru, pues estos podían comunicarse mediante la telepatía. De hecho, era esta una forma de comunicación común en el Mundo Feérico.

Sin embargo, los feéricos solían hablar en viva voz, dejando solamente la telepatía para los sentimientos que no podían traducir con palabras (el habla y el poder de la palabra era muy respetado). Los músicos mentales combinaban esas dos formas de comunicación y solían entrelazarlas, jugando con ellas, a veces cantando con música telepática de fondo, y otras tocando música y cantando a través de la mente.

A ambos lados de las callejuelas había una gran cantidad de tiendas en dónde se vendían innumerables libros de todo tipo y artilugios mágicos que servían para llevar a cabo pequeños conjuros casi siempre referentes a la salud y al amor. Últimamente entre los chiquillos se habían puesto de moda unas pequeñas bolitas voladoras de un metal plateado, que se usaban para hacer carreras entre ellos, para luchar mediante toquitos o simplemente para juntarlas entre ellas y hacerlas danzar formando todo tipo de figuras en el aire.

Sin embargo, Ichiro se contentaba con la Instrucción, con salir por las noches con sus amigas hadas y con probar nuevos artilugios que su padre conseguía cada semana en una de aquellas tiendas.

Pero su actividad favorita era leer. Le encantaba leer, y sobretodo, soñadora y extraña como ella era incluso para su raza, le había dado por leer leyendas sobre el Mundo Ordinario, leyendas que no gozaban de demasiada popularidad, precisamente.

Historias de héroes y guerreros famosos.

Aquel oscuro y terrible mundo. ¿Cómo sería en realidad?

-----

El centro de aquella villa estaba ocupado por una gigantesca plaza cubierta de multitud de mosaicos de los más diversos colores y formas narrando todos ellos las historias y las leyendas de Húgaldic. Contaban las historias orales, transmitidas de generación en generación. Una de las más representadas era el hecho de que aquella villa había sido la primera construida por la raza de los Amaru. Se desconocía cómo y cuando se habían construido aquellos mosaicos que se conservaban en perfectas condiciones, pero lo que era cierto es que aquella zona de la aldea era la única construida sobre una pequeña cuenca de "Mar Esmeralda" en los cuales, como ya vimos, la magia era presente en una cantidad inimaginable.

Así pues, todos aquellos lisos y pequeños baldosines resplandecían con un aura ligeramente verdosa, y los dibujos que se hallaban pintados sobre ellas se movían lentamente, recreando las historias allí narradas como si se tratara de una película de animación. Por ejemplo, cómo se decía que los Amaru habían construido su pequeña y pacífica civilización gracias a la ayuda de las Yrissi, los dibujos de éstas se movían gracilmente, insuflando de magia con sus danzas a los constructores de aquel curioso material granítico.

¿Cómo se sabía que, aparte de aquel aura esmeralda, aquella plaza embaldosada estaba construida sobre un pequeño lago "mágico"? Pues por algo muy evidente y a la vez visible: cuatro árboles gigantescos que

alcanzaban los 100 metros de altura y los cuales cubrían con sus ramas y sus enormes copas todo el pueblo, estaban dispuestos en cada uno de los puntos cardinales de aquella plaza sobre pequeños estanques de agua verdosa, la misma que se hallaba en el bosque de las hadas sobre el que Ichiro había sobrevolado minutos antes.

Tampoco nadie sabía por qué ni para qué aquellos árboles se habían alzado justo en las aguas mágicas, pero sí que había creencias sobre su posible simbología. Para los habitantes de Húgaldic, simbolizaba el recuerdo de las Yrissi, de la unión que tenía su raza con ellas, para que jamás se olvidara.

Y así, esta unión cubría todo el pueblo de este a oeste y de norte a sur.

Sin embargo, lo más curioso de todo era como entre los árboles colgaban unos puentes de aquel material parecido a la plata para que los Amaru, en sus momentos de Ocio, pasearan sobre su pueblo, de árbol en árbol, en diferentes y múltiples niveles. Eran estos árboles tan extensos y sus ramas en algunos puntos tan gruesas, que incluso se alzaban sobre ellas algunas pequeñas casas que servían tanto a pequeños como adultos para refugiarse y buscar la paz interior, para meditar, para jugar y, sobretodo, para buscar armonía y pasión mágica entre enamorados. Cada uno de los árboles era un mini-universo para cada uno de sus habitantes. Además, cada uno de aquellos árboles era diferente del otro, de otra raza, y desempeñaba diferentes funciones para cada uno de los Húgaldics, dependiendo del corazón y del alma de cada uno.

Pero ahora no nos detendremos en ellos, pues la grácil, delgada y menuda chica de largos cabellos azules y ojos del color de la miel acababa de llegar a la plaza, corriendo y con una sonrisa dibujada en sus labios sonrosados.

De repente, la muchacha se detuvo en un solo movimiento y miró hacia arriba, hacia el Árbol del sur. Allí se encontraba un niño con unos ojos grandes y negros, rodeados por una pequeña circunferencia púrpura. Los ojos eran el único rasgo distintivo entre los Amaru, pues incluso sus caras eran todas muy parecidas: rasgos suaves, nariz algo puntiaguda, ojos grandes y expresivos, cabellos azules y de baja estatura.

- ¡Ichiro! Te estuve buscando toda la tarde, pero desapareciste después de la Instrucción. ¿Dónde te habías metido? - el niño la miraba con el ceño fruncido, visiblemente molesto, mirándola desde el puente plateado más bajo del árbol - ¡Siempre haces lo mismo! ¡No te puedes quedar quieta! ¿No recordabas que habías quedado conmigo en Úril antes de que el Sol empezara a esconderse?

Ichiro sonrió nerviosa y miró a ambos lados de la plaza, sus mejillas sonrojándose a un ritmo alarmante. Colocó, entonces, sus manos en los encajes de su falda amarilla, y, mientras el niño se cruzaba de brazos expectante, compuso la mirada más lastimosa que pudo encontrar en su

repertorio de miradas lastimosas y la expresó en todo su esplendor.

-Rívon, me entristece no habernos podido ver más tiempo, pero si no aparezco en casa se van a preocupar - su voz, además, había cogido unos tintes adorables bastante sospechosos para el observador u oyente experimentado. Su mirada se dirigió a los baldosines, simulando una expresión triste - Me sabe muy mal si te hice esperar. Tenía asuntos urgentes que atender.

El niño suspiró, mirando hacia el cielo ya de color malva debido al anochecer. Era consciente de la escena teatral que había acabado de interpretar su amiga... ¡Cómo si no la conociera! La conocía desde que tenía 3 años, desde que había empezado su Instrucción. Era una especie de hermana pequeña para él y nada se le escapaba a su mirada crítica y escrupulosa.

-Ichiro, te recuerdo que mañana hay que entregar un trabajo sobre la sociedad de los Fyru. Que yo sepa no lo tienes ni empezado. Pero yo estoy bien tranquilo, lo terminé esta mañana, mientras seguramente dormías a pierna suelta.

Los ojos de la muchacha se abrieron de par en par, más aún de lo que lo estaban normalmente, dejando que la poca luz que aún restaba en el ambiente coloreara de forma oscura y trémula su color ámbar. Un brillo mezcla entre la ansiedad y la agitación cruzó su corazón. ¡Se había olvidado de aquello! Odiaba las clases de Sociedad, pero si mañana no entregaba aquel trabajo...

Iba ya a replicar cuando el interlocutor, que había previsto su reacción, siguió hablando, sin pestañear una sola vez.

-Si, Ichiro, sí, bienvenida al mundo de la responsabilidad. Pero no creas que con esa cara de circunstancias lograrás convencerme, te conozco desde hace demasiado tiempo para eso - Rívon se incorporó y saltó, volando gracias a la magia que rodeaba al Árbol, hacia el siguiente nivel situado a 30 metros del suelo - Ya te las apañarás con tu instructora, yo me lavo las manos.

Entonces, Ichiro lanzó un gemido de súplica (sonaba como un Ññññm!, difícil de transcribir), corrió hacia el árbol y se dirigió volando, sus cabellos azulados dibujando olas en el viento, hacia dónde él se hallaba, a gran velocidad.

Al fin, se plantó ante él, despeinada, apoyándose en la baranda e impidiéndole el paso.

-Ya...ya sabes cómo soy, Rívon - dijo con voz dulce y afectada, mientras lo miraba con unos ojos extremadamente abiertos, los labios apretados - ¿Me perdonas? ¿Sí?

El muchacho lanzó otro suspiro, agitando ligeramente la cabeza, como si ya conociera aquella escena a la perfección. Jamás había podido resistirse a sus súplicas.

Había vuelto a caer en su trampa.

-Deja de comportarte así delante mío, cómo si no te conociera de nada - mientras decía eso, le pellizcó una mejilla haciendo que ella frunciera algo el ceño, lo cual divirtió al joven - Venga va, basta de palabrería y vayamos a Úril antes que se haga muy tarde.

Ambos se dirigieron al penúltimo nivel del Árbol del Sur, dónde se encontraba la casa de Úril, construida de forma natural a partir de las ramas y de la magia que brotaba del Árbol. Estaba edificada a partir de hojas muertas, de sabia, de ramas y de plantas parasitarias como el muérdago. Para nosotros sería algo prácticamente imposible de imaginar, pero para ellos era la Realidad, algo corriente. Justo cuando cruzaron el umbral, que era una puerta compuesta de enredaderas y ramas, sintieron, como siempre al entrar en aquel lugar, una sensación de plenitud interior que les llenó el alma de calidez y de libertad.

Úril también era llamada "La Casa de la Sabiduría", pues allí los pensamientos volaban más deprisa que las hojas arrastradas por un fuerte vendaval. Cada uno que entraba en ella veía la estancia de diferente manera que el otro, dependiendo de sus ilusiones, deseos y sueños. Por ejemplo, desde el punto de vista de Ichiro, en el centro de la estancia corría un pequeño riachuelo que desembocaba en una ventana por la cual caía el agua libremente; y desde el punto de vista de Rívon, brillaba una extraña luna azulada sobre sus cabezas, entre las ramas que formaban un entramado sobre ellos. Toda la estancia desprendía paz, y se parecía a una gran cueva natural dentro de la cual una voz femenina, muy lejana, cantaba con voz clara y dulce, acompañada por un arpa.

Así era el poder de la magia de los árboles.

Ambos, Ichiro y Uril, se dieron la mano. Si dos personas se daban la mano, los pensamientos y sentimientos de ambos se unían y, así, podían observar ambos la estancia como una mezcla de lo que veían sus ojos y sus mentes en solitario.

Así, con las manos unidas, se dirigieron hacia unas piedras que se hallaban al lado de una ventana que daba directamente hacia el Bosque de las Yrissi. A 90 metros de altura, el horizonte, acompañado por los menguantes colores del ocaso y del perfume del muérdago, aparecía de forma homogénea, sobre grandes extensiones de floresta, de montañas y valles lejanos.

Rívon, por fin, sacó de su séquito un pequeño libreto y una bonita pluma de fénix.

-----

-Creía que tenías mucha prisa por llegar a casa. No hay quien te entienda, Ichiro.

Los faroles que colgaban de las ramas del Gran Árbol estaban encendidas, meciendo su débil luz anaranjada por efecto de la brisa que silbaba entre las hojas. La noche ya había caído en su totalidad, y ya la plaza de los mosaicos estaba desierta, pues era la hora de cenar y de recogerse. Rívon e Ichiro andaban juntos rodeando el gigantesco tronco, en solitario, en un silencio que era casi abrumador, pero también armonioso y expresivo, más que las palabras y la música, pues hasta los músicos ya se habían retirado a descansar.

Rívon había terminado por fin de dejarle copiar el trabajo, siempre con la condición de variarlo para que no se notara que era una copia descarada del suyo, y como siempre, habían salido renovados y sonrientes de aquella casa de sabiduría y de ensueño.

Ichiro despeinó con su mano derecha a su compañero y le sonrió con dulzura, sin dejar de andar enérgicamente con cortos y gentiles pasos.

-Si me entendieras sería muy aburrido, ¿no?

-Oh sí, y también viviría más tranquilo - replicó el joven, el cual contemplaba con una casi imperceptible sonrisa el firmamento repleto de estrellas que, como joyas, parecían brillar solamente para ellos - No hace falta que te quedes sin cenar para resarcirte de haber llegado tarde. Ya sabes que no me importa - añadió, mirándola y guiñándole un ojo - Al fin y al cabo ya estoy acostumbrado.

Ichiro no contestó, su mirada posada en los faroles que colgaban a ambos lados de la espiral plateada y que subía dando vueltas alrededor del árbol hacia su altísima copa. Sus ojos ámbar, a pesar de ser luminosos y desenfadados, siempre parecían mirar algo que no estaba a la vista, parecían ir más allá de lo visible, perdidos en un enigma que quizá ni ella misma conocía. Se recogió su pelo azulado en una coleta y pareció acelerar el paso, como si de repente un pensamiento hubiera cruzado su mente. Rívon no se sorprendía por su actitud. Ahí radicaba su encanto, y por eso disfrutaba de su compañía y de su larga y fructífera amistad.

Al cabo de unos 15 minutos, por fin llegaron al Balcón, el lugar más alto del Árbol por dónde podía llegarse andando. Se trataba de una ancha plataforma de madera que daba una vuelta entera al tronco, el cual ya era mucho más fino. Una baranda de piedra fina y rosada, de aquella piedra que tanto abundaba en el pueblo, se alzaba con diseños florales y

vegetales. Los dos se sentaron en unos preciosos bancos que realmente no eran tales: estaban hechos de forma natural, aprovechando las pequeñas y ahora sutiles ramas que nacían libremente desde el tronco, para así crear unos cómodos y mullidos asientos, de madera enramada. Tampoco había nadie ahí arriba, cuando en cualquier hora del día decenas de parejas, de amigos y de gentes solitarias que buscaban soledad y una escapada ascendían hacia aquellas alturas. Solamente un aventurado y valiente grillo cantaba, engalanando con su cálido y misterioso canto el dulce perfume del espeso muérdago que crecía tras ellos, tan verde que hasta en la noche parecía brillar bajo la luz lunar y estelar.

Ichiro, por fin, contempló a su amigo y le agarró del brazo con suavidad, sus ojos de nuevo posados en la realidad, como una mariposa que, cansada ya de vagar sobre campos de flores, se posa en una de ellas por un corto intervalo, dispuesta a saborear su néctar.

-No me estoy resarcando, no digas tonterías, Rívon. Nos conocemos de hace muchos años. Tanto tu como yo sabemos que nos encanta la madrugada, el silencio y las bonitas charlas - dijo con voz queda, ahogando una sonrisa que embellecía su cristalina forma de hablar - Me encantaría que un día vinieras conmigo al bosque de las Yrissi. ¿Aún las temes?

En el horizonte, se podía admirar la enorme extensión esmeralda de aquel mar cristalino que ahora refulgía con más belleza aún, sus cristales meciéndose y brillando con la luz de las estrellas y de la Luna. ¿Cuántas veces habían sufrido ambos las riñas de sus padres por volver tarde a casa? Habían perdido la cuenta ya, y cuánto más pasaban los años, más disfrutaban de sus paseos a solas, de las horas en que encontraban la esencia verdadera de su alma y de todo lo que les rodeaba pues, en el mundo feérico, si uno se abstraerá, con facilidad siente la magia fluir en el interior, y más en un lugar como aquél.

Rívon rió, mirándola con ojos reprobatorios pero resplandecientes.

-Nunca las temí, pero ellas están en su mundo y nosotros en el nuestro. Somos de razas distintas y cada uno sentimos de una manera muy distinta.

Ichiro se levantó lentamente y, grácil, se dirigió hacia la baranda, apoyando sus menudas manos en ella y haciendo sonar los pequeños cascabeles que rodeaban su muñeca izquierda.

-Ellas son del mismo mundo que nosotros, tonto - replicó, riendo, mirándolo de forma que parecía como si aquella conversación se hubiera repetido infinidad de veces - Un día te agarraré mientras duermes y te llevaré allí a la fuerza. A ellas les gustamos, ya lo sabes, somos Amaru. El problema es que hace siglos que no muchos de nosotros las visitan,

porque piensan como tú. Creo que es un error.

Rívon también se levantó y, con naturalidad, se sentó sobre la baranda. No había peligro de hacer aquello, pues la magia que flotaba en el aire les permitía volar, aunque eso siempre dejaba aturdido a cualquier ser que no estuviera familiarizado con ello, o sea, a todos excepto a las Yrissi. De hecho, no era muy recomendable volar más de una vez al día, aunque Ichiro cada día lo hacía 4 o 5 veces.

-Me pregunto qué es lo que piensas cuando tus ojos están perdidos - dijo él en un largo suspiro, encogiéndose de hombros y sin perder la sonrisa - Desde que te conozco eres así, pero últimamente te veo mucho más distraída. Estás algo más rara que de costumbre.

Ichiro frunció ligeramente el ceño, pues le molestaba que intentaran descubrir cosas de su vida más íntima, aunque se tratara de su mejor amigo. Pero en aquellas circunstancias le era imposible enfadarse, y más con él.

Tenía razón. Últimamente sentía como si las cosas hubieran cambiado en su interior, sin darse cuenta, poco a poco pero sin tregua. A veces sentía una necesidad muy atípica en un Amaru: sentía ganas de huir lejos, de descubrir, de conocer. Pero no quería decírselo a nadie, no quería preocupar a sus allegados y prefería acallar esos sentimientos en lugares como aquel que la hacían sentir siempre aliviada, reconfortada, a pesar de llevarse luego la bronca de sus padres. Amaba el silencio, y más si estaba junto a Rívon.

Entonces, se alzó ligeramente la falda y subió sobre la baranda. Ahí empezó a bailar con pequeños saltitos y en círculos, un baile que había aprendido de las hadas.

-Rívon - exclamó ella, con una sonrisa y sin cesar de bailar, lo cual arrancaba una sonrisa tímida al joven. Al fin se quedó parada, contemplando las curvas y viejas montañas que en el Oeste se alzaban. Su sonrisa desapareció - Te parecerá una locura, pero... ¿Jamás sentiste ganas de conocer a los humanos?

El rostro del joven se oscureció. Sin duda, todo ser feérico sentía algo agrídulce respecto a sus seres soñados. Por un lado los envidiaban, puesto que representaban los deseos más oscuros y escondidos de los feéricos, pero por otro los aborrecían, desde que habían caído presa del poder, de la ambición y del sangriento infierno de la guerra. Por eso mismo habían sido desterrados al Mundo Ordinario, alejándolos de ellos, pues tener a unos seres tan mezquinos, paradójicamente salidos de sus sueños, hacía peligrar el Mundo Feérico. Por eso de pequeños se les advertía que la humanidad había sido un error, y que se debía evitar pensar en ello. En una palabra: debían olvidarlos.

-¿Por qué debería quererlos conocer? Solamente traen dolor y destrucción, por eso te recuerdo que fueron expulsados de Espiral - la voz de Rívon ahora era apagada y parecía como si pronunciara aquellas palabras con cierto temor - Y ahora que han vuelto, mira lo que ha pasado. Se vuelven a matar entre ellos y han despertado la ambición oscura de los Lamat. Supongo que habrás escuchado los rumores que si no se expulsa de nuevo a los humanos de allí, nuestro mundo puede terminar sumido en el Caos, ¿verdad?

La niña, como si no hubiera escuchado las palabras de Rívon, saltó al vacío y, flotando, se dirigió hacia una gruesa rama situado a unos pocos metros sobre ellos, abrió las piernas y se sentó ahí, volviendo a recuperar su sonrisa.

-No te preocupes, Rívon. Si han estado tantos siglos en Espiral es por alguna buena razón. Confío en ellos. De hecho, nacieron de nuestros sueños y no deberíamos negarlos. ¿No confías en tus sueños? ¿No te gusta soñar, acaso?

© Xavier Liras 2020

## Capítulo 17

Ichiro, jadeante, llegó al circular umbral de su casa rosada y, al entrar, se encontró con lo que ya se había imaginado.

No había nadie en casa.

Estarían ya todos arriba, cenando, como casi siempre, sin ella.

Se fue corriendo hacia su habitación, abrió la puerta y la cerró tras ella con rapidez. La observó, con la vista cansada: era una habitación menuda que compartía con su hermano pequeño. Estaba toda repleta de pequeños cristales verdes que había ido recopilando durante sus viajes por el bosque de las Yrissi. Los cristales estaban pegados a la pared, dibujando figuras de animales: ciervos, dragones, unicornios, gatos, lobos... ¡Cuántas veces había intentado su hermano despegarlos y le había pillado siempre con las manos en la masa!

Sin ninguna contemplación, lanzó todos sus apuntes encima de su cama líquida, se quitó su sencillo vestido amarillo y, con la velocidad del rayo, se puso encima un elegante vestido negro con bordados y remaches rojos y mangas anchas. No en vano, a la hora de la Gran Cena (que se celebraba una vez al mes, 3 días antes de la Luna Nueva), toda la aldea se reunía en una gran mesa circular que se extendía encima de los sencillos techos rosados. Las casas, a pesar de estar separadas por paredes, se hallaban unidas por arriba y dibujaban un gran círculo en el centro del cual estaba precisamente la plaza de los mosaicos y los Cuatro Árboles. Tenía que darse prisa, mucha prisa... ¡Se le había echado el tiempo encima!

Volvió al diminuto salón y subió precipitadamente, no sin antes tropezarse varias veces con su larga falda, por la escalera de caracol que ascendía hacia una trampilla que daba a la Gran Terraza.

Justo cuando sus ojos ámbar aparecieron, de repente, desde la oscuridad del agujero abierto en la Terraza, su rostro, como casi cada noche, se encendió. Sintió como si sus mejillas, de un momento a otro, le fueran a estallar. No es que se tratara de una joven tímida, ni siquiera se puede decir que le importara demasiado lo que pensara la gente de ella, pero si la trampilla de tu casa está a la vista de toda la aldea, entre las dos hileras de mesas, la cosa cambia de forma bastante brusca.

- "No no, es la última vez que llegó tarde, lo juro por...por..." - pensaba ella, mientras se afanaba por buscar algo convincente por lo que jurar, mientras, caminando, se dirigía lo más erguida que podía hacia una hipotética silla libre que de momento no aparecía. Sobre unas pequeñas plataformas dispuestas a pocos metros de las mesas, unos músicos

interpretaban distintas canciones tradicionales de la región con arpas, tambores, flautas, laudes y otros instrumentos desconocidos en las sociedades de los otros mundos. Ayudados por la magia que se mecía alrededor del pueblo gracias al poder de los árboles, creaban preciosos efectos de eco, y bellos y sutiles coros que parecían provenir de la oscura espesura de los propios árboles.

Sentía todas las miradas clavadas en su espalda, como flechas mortíferas que debería soportar hasta encontrar algún refugio seguro. Entre ellos murmuraban, quizá criticándola, algunos otros riéndose mientras echaban alguna que otra mirada despectiva. Quizá jamás se acostumbraría a ello, pero tenía que seguir hacia adelante. La puntualidad y la responsabilidad con la Comunidad eran un tesoro para su raza y ella no parecía cumplir ninguno de aquellos requisitos.

Por fin, observó que en la zona norte una gran cantidad de jóvenes la saludaban con las manos y la invitaban a sentarse con ellos.

Suspiró aliviada, y se encaminó hacia allá.

-¡Ichiro! - una niña de ojos carmesíes, más menuda que ella, la fue a recibir cogiéndola de las manos y mirándola con una gran sonrisa dibujada en su rostro - ¡No te preocupes por ellos, son unos carcamales y unos insensibles, siéntate con nosotros! ¡Qué vestido tan bonito! - la invitó a sentarse a su lado y ladeo la cabeza con una expresión fascinada en su rostro, como siempre que la observaba - ¿Volverás a contarme una de tus historias? ¿Eh? ¿Verdad que sí?

Se llamaba Miriella, aunque todos la conocían como Miri. Siempre quería sentarse al lado de Ichiro, pues ésta siempre le contaba historias que había leído sobre el Mundo Ordinario, aquel lejano y legendario mundo repleto de bravura, coraje y oscuridad. ¡Oh, cómo amaba aquellas leyendas! Aquella noche, Miri llevaba un vestido que iba acorde con su personalidad: una especie de Kimono (para que nosotros nos hagamos una idea) con motivos florales de colores encendidos. Aún así, Ichiro frunció algo el ceño, pues su amiga tenía un pequeño problema: era muy pesada.

-Oh, gracias Miri, luces muy bien con el tuyo también...pero primero voy a comer, ¿De acuerdo? - replicó, despegando los palillos de madera y con voz algo desanimada y apagada.

-¿Es verdad que te has hecho amiga de las Yrissi? - el que hablaba ahora era un joven alto y corpulento de ojos castaños llamado Kulko, con voz algo burlesca - He visto a tus padres muy enojados. Todos les preguntaban por ti y permanecían callados. ¿Por qué lo sigues haciendo? ¿Qué ganas con ello?

Ichiro siguió comiendo en silencio su plato de verduras, arroz y carne, el

cual un enojado cocinero le había dispuesto encima de la mesa casi dejándoselo caer al suelo. De repente alzó los ojos, sin ni siquiera molestarse en mirar un solo momento a su interlocutor, dando un rodeo con su mirada para ver si podía encontrar dónde estaba sentado Rívon.

-¡Hey! ¡Cuenta! ¿Qué te dicen las hadas sobre nosotros, sobre el futuro? Son adivinas, ¿verdad? Diles que nos visiten algún día.

Cansada de ser preguntada constantemente por sus compañeros de clase, la joven fue incapaz de aguantar aquella situación un minuto más. Después de comer con rapidez, se levantó, haciendo un gran estruendo con la silla y, con paso rápido y con los puños cerrados, dejó la Gran Terraza atrás.

Abrió la trampilla y la cerró tras ella con fuerza.

Una vez en su cuarto, agarró un viejo libro de su estantería, y lo desempolvó, airada. En ella se leía, con letras góticas "Lo dous cossire". Estaba en un antiguo idioma, que había existido quizá en el Mundo Ordinario o, quizá, aún seguía existiendo. Tenía que darles las gracias a los Viajeros por ello.

Y así, lo abrió por una de sus páginas y allí leyó uno de los versos que más la emocionaban.

Though I am old with wandering  
Through hollow lands and hilly lands,  
I will find out where she has gone,  
And kiss her lips and take her hands;  
And walk among long dappled grass,  
And pluck till time and times are done,  
The silver apples of the moon,  
The golden apples of the sun.

Aunque ya estoy viejo de tanto vagar  
A través de tierras huecas y montañosas,  
Descubriré hacia dónde se ha ido  
Y besaré sus labios y tomaré sus manos;  
Y caminaré entre la hierba moteada,  
Y arrancaré, hasta el fin de los tiempos,  
Las manzanas plateadas de la luna,  
Las manzanas doradas del sol.

Y sobre la cama se echó a llorar, desconsolada, sobre sus sueños que, alados, volaban entre tierras huecas y montañosas, besando cristales y bosques.

Y siempre querían ir más allá.

## Capítulo 18

Se sentía mareado, la cabeza le daba vueltas y le dolía casi de forma insoportable mientras sentía como si su mente flotara sobre mares oscuros, repletos de una Nada hiriente y palpitante.

Había vuelto, y aquello era de lo único que estaba convencido.

-¡Elrik! ¡Elrik!

Oh, ella... No sabía si se alegraba de escuchar su cristalina y engañosa voz inocente de nuevo.

O no.

Los recuerdos y, por ende, los sentimientos, no tenían ahora ningún valor. Solamente quería fundirse con el hielo o el fuego, todo ello antes que el dolor de volver a la vida de siempre, a aquel mundo tan malditamente perfecto. Su cuerpo estaba paralizado.

Mejor así.

-¡Elrik, maldita sea! ¡Abre los ojos de una vez!

Una mano impactó con violencia contra su mejilla y aquello fue una señal terrena que no fue capaz de desechar.

Abrió los ojos con lentitud, mientras se palpaba la mejilla enrojecida por el golpe. La vio. Era una mujer alta y esbelta, solamente vestida con una sencilla toga roja y apretada que le marcaba los senos. Sus cabellos plateados se desparramaban a lo largo de todo su cuerpo hasta las caderas, recogido en dos grandes coletas. Sus ojos brillaban con una mezcla extraña de ira y de cariño que solo ella era capaz de expresar con aquella gracia tan particular.

Se alegraba de verle, a su manera.

-¿Tanto deseas que me despierte? - respondió él, incorporándose y sentándose sobre las mantas de la cama sin dejar de masajearse su calva cubierta de tatuajes.

La joven le miró, con un rictus sarcástico en sus labios.

-¿Qué tal el viaje?

El hombre, intentando que la espesura mental que estaba atravesando no se le notara en demasía, se levantó y fue hacia una de las ventanas en

forma de rombo que conformaban la habitación en que se hallaban, en el Palacio del Alto Designio. Colocó su cabeza calva sobre el cristal y observó como el amanecer iba arañando las últimas sombras que se cernían desde las montañas.

-Estamos al borde de la desaparición - se giró y se recostó contra la pared de piedra a un lado de la ventana.

-Anda y cállate, gruñón. Tómate esto - la joven le brindó una copa que contenía un líquido cristalino como agua pero con una fragancia que recordaba a las rosas rojas - Cuando te sientas mejor, avísame -

Dicho esto, salió de la habitación, pegando un sonoro portazo tras ella.

Sin dejar de recostarse contra la pared, el hombretón se bebió de un trago aquel dulce líquido. Al instante sintió un reconfortante calor en el pecho. La niebla y las sombras de su mente parecieron desvanecerse.

Una vez tuvo las fuerzas suficientes para caminar, decidió salir del Palacio por su propio pie, lo más rápido posible, pues odiaba los comentarios siempre jocosos y burlescos que se encontraba entre las gentes de Palacio. Y es que ser Viajero en aquellos tiempos no tenía mucha fama ni reputación, cuando se había decidido por gran unanimidad cortar toda relación con los seres humanos, puesto que ya de nada servía, teóricamente, visitarlos.

Ellos hacían su vida y los feéricos otra diferente.  
Y sin embargo, algo no funcionaba.

Instintivamente, como hacía siempre mientras andaba con rapidez, se introdujo las manos en los bolsillos, ignorando todos los cuchicheos de aquellos estirados cortesanos que no paraban de holgazanear con sus ridículos bailes, sus conversaciones superficiales y sus risitas por lo bajo. Entonces, notó que dentro de uno de sus bolsillos se hallaba algo que también le pareció muy familiar, algo que le hizo acelerar su corazón. Era una minúscula botellita diseñada con pequeñas espirales plateadas dentro de la cual se hallaba el agua de la Fuente de las Estrellas, un agua que jamás dejaba de generar una tenue luz blanquecina, precisamente la de los astros.

Sonrió ligeramente.

-¿Así que desea que nos encontremos en el lugar de siempre? - pensó el corpulento feérico de anchas espaldas, justo al salir por la puerta principal. Volvió a meter la botellita en el bolsillo y se dirigió hacia el puente colgante que llevaba a los Bosques del Designio Sagrado.

-----

-¿Por qué te empeñas en verme? Si te ven conmigo, empezarán a decir cosas malas de ti.

Elrik y Aya se hallaban tumbados en un prado que ahora estaba iluminado con gran fulgor e intensidad por las numerosísimas estrellas que poblaban el firmamento. Elrik la miraba con sus ojos entrecerrados, unos ojos cansados, siempre con una sombra bajo ellos.

Y era esa sombra la que atraía a Aya.

Aya sonrió y se tumbó encima de él, colocando su cabeza contra su pecho y acariciándole los hombros con sus pálidas manos.

-Eres un iluso y un tonto, pero aún así eso es lo que realmente me gusta de ti.

Elrik la besó rodeándola con sus brazos, pero al cabo de poco tiempo se separó de ella y se echó a un lado, con cierta frialdad.

-A veces me pregunto por qué no puedo hacer una vida normal, olvidarme de los humanos para siempre como habéis hecho todos aquí. Aunque en verdad, es algo mutuo - hizo una pausa y volvió a girarse hacia ella, encogiéndose de hombros - Quizá no te creas todo lo que te he contado sobre los Lamat y los designios oscuros que se está forjando en lo más profundo del alma humana. Los Viajeros existimos para mantener la armonía entre los Mundos. El Olvido nos llevará a la destrucción.

Aya se levantó y se estiró, ahogando un bostezo y aburrida de escuchar todas aquellas palabras que, al parecer, le eran tan familiares. Se alisó los cabellos con una mano y posó su mirada en las brumas que flotaban entre aquellos ancianos robles.

-Si quieres que te refresque la memoria, fueron ellos, los humanos, que nos obligaron a cerrar los Portales.

Elrik también se incorporó y dio unos cuantos pasos hacia la espesa bruma, inhalándola con profundidad y llenando sus pulmones con el vapor de agua que provenía de los Mares Esmeralda y que le devolvía, así, la energía feérica que había gastado con aquel largo y peligroso viaje al Mundo Espiral.

-Si quieres que te refresque la memoria, mi amada Aya, los humanos son nuestras creaciones, son nuestros sueños, y si ellos están corruptos es porque algo está fallando en nuestro Mundo. ¿Es tabú criticar nuestras tierras tan perfectas e inmaculadas? - preguntó, pronunciando aquellas dos últimas palabras con un énfasis irónico y amargo - Si los Lamat deciden expulsar a los humanos de nuevo, esta vez actuando ellos solos

sin nuestra directa participación, se volverán ambiciosos y codiciosos, reclamarán una recompensa por haber echado a los humanos, y entraremos en un horrible Desequilibrio. ¿Sabes cuál ha sido nuestro mayor error, mi pequeña princesa? - añadió, volviéndose hacia ella y frunciendo ligeramente el ceño.

-¡Oh, ilumíname, príncipe mío!

El Viajero resopló ante la actitud frívola de la mujer y se dispuso a acariciar uno de aquellos robles con suavidad y con ojos melancólicos y perdidos.

-Haberlos dejado solos, a su merced.

-No me digas...¿Y no fueron ellos los que primero nos abandonaron a nosotros con sus guerras absurdas y sus luchas de poder, o es que tanto viajar entre humanos te ha hecho perder la razón?

Elrik se sacó de su bolsillo aquella botellita con la luz de las estrellas y, ante la estupefacción de la joven, la apretó con fuerza con su mano derecha y la rompió, provocándose así unos cuantos cortes en su palma.

-¡Por todos los mares! ¿Qué se supone que estás haciendo? - exclamó.

-Mientras no creamos en nuestros sueños, albergar algo tan precioso es un insulto.

Dicho esto, el hombre dio media vuelta y desapareció en la espesura de las brumas.

-Dale recuerdos a mi Señor, es decir, a tu amado, de mi parte - espetó, cuando ya su silueta no era más que era tenue sombra en el interior del bosque.

-¡Elrik! ¡Vuelve! ¡Yo no quería...!

Pero ninguna respuesta le fue dada de vuelta.

## Capítulo 19

Después de pasar dos heladas noches al raso, a Eirik las piernas empezaban a dolerle, pero sin duda había llegado al bosque sagrado que rodeaba al río Mei en una espesura tal que ningún humano sería capaz de imaginarla: árboles que se retorcían entre ellos con libertad, muérdago de varios metros de altura, frutos y flores que lo adornaban todo con colores encarnados.

Y aquello era señal que el anciano y venerable Olivo de la Abundancia no se hallaba lejos de ahí.

¿Cuántos meses hacía que no se acercaba a aquel lugar, después de la riña que le había alejado definitivamente de él? ¿Qué había ocurrido en el fondo de su alma para que el orgullo y el honor dejaran de ser importantes?

Había jurado no volver jamás, y por eso se había cortado el pelo y se había tatuado el símbolo de la Libertad en su cuero cabelludo.

Mientras sus botas hacían crujir las hojas de los árboles caducos que se alzaban en todas direcciones, la inquietud de cada vez se hacía más y más dueño de su ser. Sin duda, a pesar de todo, aún sentía interés por los demás, o eso creía.

¿O quizá sólo buscaba afán de protagonismo?

El milenario y oscuro bosque dió paso a un claro repleto de piedras preciosas que cubrían el suelo con una abundancia que, aún habiéndolo visto cientos de veces, seguía estremeciéndole de emoción. Piedras preciosas de todos los colores, formas y tamaños, muchas de ellas desconocidas en el mundo humano. Muchas de ellas, según cómo las miraras, cambiaban de lugar, de forma y de colores hasta el punto de parecer que se movían como un sereno movimiento de olas.

Y ahí, en el centro, se alzaba el árbol más gigantesco que había visto en toda su vida: un olivo que, con sus ramas entrelazadas y su tronco accidentado, tenía un diámetro tal que la vista no podía abarcarlo por completo. Las ramas crujían por el efecto del viento perfumado de la tarde, y el Sol rojizo se ponía creando un calidoscopio de colores anaranjados y violetas que engalanaban el aire como en un conjuro.

Solamente tenía que ir allí y...

De pronto vio algo que no debía estar allí. Una figura. Sí, alguien estaba recostado bajo una enorme raíz.

¿Se trataba de un nuevo Viajero?

Una vez estuvo más cerca, pudo observar que se trataba de una niña menuda, con los cabellos azulados y vestida con un vestido rojo y apretado, que terminaba en una larga y desenfadada falda larga que le cubría las piernas y los pies por completo. ¿Una nueva viajera con aquella corta edad? No...no podía ser. La mayoría de los suyos eran bastante mayores. Ningún joven quería ser Viajero, en aquellos tiempos.

Aquello era muy extraño. Tampoco le entusiasmaba la idea que un desconocido hubiera encontrado la guarida del Gremio de los Viajeros.

Sin más dilación, se acercó a ella y, sin ninguna contemplación, la despertó con su voz profunda y cavernosa.

-¿Qué hace aquí una niña como tú en un sitio como este? ¿Dónde están tus padres?

La joven abrió los ojos pesarosamente y, frotándose los ojos, su melosa mirada fue a parar hacia los ojos de Elrik que le miraban de forma inquisitiva.

-Ah, por fin - se estiró, como una gata - Llevo dos días esperando a un Viajero. Ya creía que os habíais extinguido.

Elrik frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

-¿Cómo diablos sabes que soy un Viajero? ¿Quién te ha enseñado esto y cómo sabes que por aquí abundan?

La niña se levantó con lentitud y se sentó sobre la raíz, aún con los ojos medio cerrados y con unas grandes ojeras que hollaban su rostro. Sonrió, con timidez.

-Ah, es que en mi pueblo esto no es un secreto, precisamente.

-Obviamente no nos escondemos de nadie, solamente es que me extraña que a tu edad ya...

La pequeña, sin previo aviso, dio unos cuantos trotes y, plantándose ante él, le dió la mano esbozando una leve reverencia.

-¡Me llamo Ichiro! ¡Por favor, llévame contigo! ¡Quiero viajar al mundo de los humanos!

Elrik alzó una ceja y, acto seguido, se puso a reír a carcajada limpia.

-Si tan informada estás sobre mi gremio, deberías saber que solamente los Viajeros tenemos permiso para entrar - su rostro se relajó y volvió a

permanecer serio e inmutable - Vuelve sobre tus pasos y vive tu vida.  
Este no es tu sitio.

El hombre le dió la espalda y se abrazó al Olivo, concentrándose en las energías mágicas, para así poder pasar al Otro Lado.

-¡Sé perfectamente que ahí no puede entrar cualquiera! Por favor, dime qué puedo hacer para convertirme en Viajera. ¡Haré cualquier cosa para lograrlo! Desde muy pequeña siempre he querido ser...

-Ahora necesito concentración - espetó Elrik con sequedad - Niña, los Viajeros ya no somos nadie. Tienes la cabeza llena de historias románticas sobre nosotros. Vuelve a tu casa y sé feliz mientras puedas.

Pero Ichiro había esperado mucho, demasiado tiempo, para que sus sueños se hicieran realidad. Había huido de su casa, había llorado mucho, había sufrido demasiado como para volver de nuevo sobre sus pasos. Un nuevo camino se abría ante ella y en estas circunstancias era más testaruda que las rocas de un acantilado.

Entonces, se abrazó a él haciendo acopio de todas sus fuerzas, como si se tratara de una molesta lapa.

-¡No te dejaré marchar sin mí! ¿No decís que sois pocos y que no sois nadie? A mi eso me da igual. ¡Yo quiero ser una más! Nos hemos aislado de los humanos pero yo quiero viajar a su mundo. Y me da igual sufrir si eso implica que podré ser libre. ¡No eres nadie para despreciar mis sueños!

Elrik abrió los ojos con rotundidad y la miró, sorprendido de las palabras que acababa de escuchar. Aquella cría insolente. ¿Qué se creía, que viajar al Mundo Espiral era una jodida excursión? Aún así, su actitud le dejó desarmado, no se la esperaba. Nadie de su edad tenía el mínimo interés de conocer a los humanos, y más después de las sórdidas y terribles historias que se contaban sobre ellos en los colegios. Sin embargo...

-Está bien, pero luego tienes que volver por dónde has venido. No quiero problemas con críos, y más a estas alturas. Harás lo que yo te diga.  
¿Entendido?

Ichiro, al escuchar aquellas palabras que, a pesar de estar revestidas de frialdad, albergaban una cierta dulzura y comprensión casi paterna, saltó sobre su cuello y le besó en la mejilla.

-¡Gracias! ¡Muchas gracias! - gritó, toda emocionada, sus ojos vidriosos y bañados en lágrimas de alegría.

Elrik se sonrojó levemente ante aquellas palabras, pero sin añadir nada

más cerró de nuevo los ojos y siguió concentrado, dejando que la magia fluyera sobre ellos para así crear un portal que les llevara a...

En un abrir y cerrar de ojos, como si aquel paso fuera lo más natural del mundo, ambos se encontraron en un bonito callejón empedrado y solitario, en cuyos lados aparecían carteles decorados con un estilo parecido al gótico (para que los humanos nos hagamos una idea) y que invitaban a los Viajeros a entrar.

Eran tiendas de accesorios para los viajes entre los Mundos.

A doquier podían verse amuletos de todo tipo para así poder protegerse de la influencia siempre confusa y caótica de los humanos; brújulas con símbolos arcanos; collares de flores mágicas para perpetuar la naturaleza feérica; cintas de colores con espirales dibujadas en ellas para aislar árboles y plantas mágicas de la vista humana; libros arcanos con inscripciones para curar, maldecir o descubrir la naturaleza feérica de algún humano mezclado; raíces de mandrágora que ayudaban a la fertilidad...; y una infinidad de objetos que, ante la mirada alucinada de Ichiro, parecían prever un mundo totalmente diferente al suyo, repleto de excitación y aventuras.

Resultaba un tanto curioso que aquellas calles estuvieran tan desiertas, hasta el punto que, desde que habían aparecido en aquella aldea, solamente se habían topado con un hombre menudo y encapuchado que parecía tener mucha prisa y que caminaba en dirección contraria a ellos.

La niña, entonces, sin detenerse, observó a aquel desconocido hombre calvo al que había acompañado en un arrebató de locura del cual empezaba a arrepentirse.

-¿Hacia dónde vamos?

Elrik la miró de reojo y esbozó una sonrisa repleta de ironía.

-A un lugar dónde tu no deberías estar.

-¿Y de qué habláis los viajeros si se puede saber? ¿Trazáis coordenadas en mapas del Mundo Espiral y quedáis todos juntos allí?

-Sabes demasiado, niña. Tus padres deberían haber vigilado mejor los libros que leíste - el hombre se detuvo y la miró más detenidamente - ¿Qué sabes de nuestro Gremio, y por qué estás tan interesada?

Ichiro, al notar que los ojos castaños del hombre se clavaban en los suyos de forma analítica, se sonrojó y bajó ligeramente la mirada. Se rascó la cabeza.

-Siempre he querido ser Viajera. Quiero visitar el Mundo Espiral y el Mundo Ordinario, y conocer nuevas gentes y nuevos universos. ¿Qué hay de malo en ello?

La sonrisa de Eirik se suavizó.

-Conocer nuevas gentes, nuevos universos...suena bien - se limitó a replicar, mientras echaba de nuevo a andar, mirando de nuevo hacia adelante, con el semblante concentrado y serio.

Al fin, después de un breve tiempo andando por aquellas calles desoladas, Eirik giró por una bocacalle y, seguido por Ichiro, penetró en una estrecha callejuela en la cual un juglar harapiento interpretaba unas canciones con una vieja guitarra destartada. En seguida, entraron en una taberna.

Aunque desde fuera parecía una pequeña y sórdida casa, aquella taberna era muy espaciosa y confortable. Toda la estancia estaba cubierta de tapices en las que se veían guerreros de tiempos antiguos dibujados en ellas. Había tal cantidad de diseños y detalles en ellos, que Ichiro tuvo la sensación de marearse durante un momento. Sin embargo, aquella desolación que invadía la aldea también estaba presente en aquel recinto. Solamente un hombre se hallaba en la barra, fumándose una pipa con la capucha echada y hablando en susurros con el tabernero.

Eirik se acercó al personaje con grandes zancadas.

-Loriley, ¿Dónde está el resto? A estas horas ya solemos estar todos reunidos alrededor de una mesa. ¿Me he equivocado de día?

-Oh, Eirik...creía que no te volvería a ver - Loriley era un hombre de gran estatura y obeso, imponente, pero se hallaba encorvado y su mirada era triste y vacía - ¿Quieres que te invite a un licor de Kruit? ¡Por los viejos tiempos!

-No quiero Kruit, gracias. Ya sabes que soy abstemio - Eirik parecía impacientarse -Parece que no me has oído. ¿Dónde diablos está el resto, Loriley?

El hombre robusto se echó a reír.

-Me temo que se metieron en mi vaso y me los bebí de un trago.

Eirik, ante aquellas palabras repletas de sorna y arrastradas por la borrachera, apretó los dientes y profirió un puñetazo sobre la barra con tal fuerza que hizo levantar el vaso de aquel personaje.

-Acabo de llegar, Lori. Y no estoy para tonterías.

-¿Aún sigues con ello? Hace tiempo que el Gremio de Viajeros se disolvió. Ahora solo quedamos unos pocos nostálgicos que vivimos de recuerdos - dió un trago más de su licor de Kruit y se hurgó la nariz - Prefiero echarme unos tragos con mi amigo Ruk. Nos hemos hecho muy amigos. ¿A que sí?

El tabernero no respondió y se limitó a asentir con la cabeza, mientras limpiaba unas copas.

-¿Cómo es posible? ¿Nadie se ha dado cuenta que los Lamat amenazan la estabilidad del Mundo Feérico?

Por primera vez una sombra de duda cruzó el rostro de Elrik. Parecía no creerse nada de lo que estaba sucediendo. Quizá, al fin y al cabo, Ella tenía algo de razón.

-Se rumorea esto, pero durante miles de años ha habido millones de rumores. Ya solamente me interesa una vida sencilla, rodeado de los míos, y así piensa el resto del Gremio - se encogió de hombros y bebió otro trago - Y ahora déjame en paz, Elrik, si es que aún albergas algo de aprecio hacia mí.

Elrik, sin decir una palabra más y sin despedirse, salió de la taberna con la cabeza gacha, seguido por una Ichiro que no comprendía absolutamente nada. Pronto llegaron a una pequeña floresta que rodeaba la aldea y, sobre una loma se sentó, meditabundo.

-Quizá todos tienen razón. ¿Qué podemos hacer nosotros, un puñado de feéricos ilusos y soñadores, para evitar que el Caos se apodere de nuestros Mundos? - se preguntaba a sí mismo, mientras Ichiro le observaba recostada contra un abedul.

-No sé dónde lo leí - espetó ella, con un hilillo de voz - Pero hasta el hombre más insignificante, con valor, coraje y amor, es capaz de cambiar todo un mundo.

Elrik se giró hacia ella, pero esta vez, al ver que era suficientemente madura como para estar informada de todo lo que pasaba, no tuvo pelos en la lengua.

-Ichiro, esto es cierto en las leyendas y en las canciones, pero incluso en un mundo tan maravilloso y perenne como el nuestro esas palabras se pierden en el viento del atardecer, para siempre. El Viajero sabe tantas cosas que llega a tener la certeza que no conoce absolutamente nada. Desapareces, pues ya no estás a gusto en ninguno de los tres mundos. Por eso no quiero que tú sigas mis pasos. ¿Me entiendes?

Ichiro se encogió de hombros y sonrió con dulzura.

-No, no te entiendo. ¿Qué hay más excitante en este mundo que el saber que no conoces nada?

Abrió los ojos ligeramente sorprendido, analizándola de nuevo de arriba a abajo.

-Ya nadie quiere escucharme. Creen que estoy loco y que estoy extendiendo nuevos rumores para asustar a la gente.

Ichiro se encaramó ella sola sobre una rama del abedul y empezó a balancear las piernas.

-Entonces, ¿Prefieres quedarte aquí sin hacer nada?

Elrik abrió la boca para contestar pero, justo en aquel momento, alzó la cabeza hacia la villa. Sus ojos se cubrieron de alarma.

-¿Qué sucede?

-Debemos volver a la aldea - respondió él, sin dejar de mirar la aldea con rostro grave - No te separes de mí en ningún momento.

El Viajero, seguido de cerca por la niña, bajó de la loma con grandes pasos y en poco tiempo ya se había personado ante la taberna. Empujó la puerta de entrada y la abrió con un golpe sordo.

Allí dentro, justo en la barra, un niño rubio algo más alto que Ichiro, de cabellos largos y recogidos en una larga cola, tenía cogido por el cuello a aquel obeso hombre con el que Elrik había hablado antes. Los ojos de aquel niño eran fríos como el hielo y parecían infundir un gran terror en el otro.

-Por favor...Ha-Hanuil. Me estoy ahogando...Pe-perdóname...

Pero parecía que aquel tal Hanuil le hacía poco caso, o quizá sea mejor decir que ni siquiera debía escucharle. En sus labios se dibujaba una suave y calma sonrisa.

-¿Temes que, si te rompo el cuello, no puedas beber más Kruit? - con su mano izquierda, y sin soltar del pescuezo al infeliz, agarró el vaso de licor y, de un solo trago, se lo bebió - Esta mierda sabe a decadencia.

-¡Hanu! ¡¿Has perdido el juicio?! ¡Deja en paz a Loriley! - Elrik se acercó al niño y le agarró del brazo con fuerza - ¿Qué diablos te ha hecho?

Hanuil abrió los ojos con cierta sorpresa pero pronto se repuso y volvió a suavizar su expresión.

-¡Vaya! ¡Elrik! ¡Dichosos son mis ojos! ¿Y tú quien te has creído que eres para venir a darme órdenes si ya no existe el Gremio? - hizo una pausa y, con un movimiento despectivo empujó a Loriley sobre la barra haciéndolo caer sobre ella, tosiendo y escupiendo sangre - Por cierto, no sabía que tuvieras una hija adoptiva.

-No es mi padre, somos amigos. ¿Por qué le haces daño a este hombre?

Ichiro tenía el ceño fruncido y se había adelantado hasta quedar justo delante del joven rubio. Los ojos de éste ya no eran fríos, sino centelleantes, y la miraba de arriba a abajo.  
En aquel momento, Elrik intervino, con voz seca y cansada.

Vayamos al grano, Hanuil. Necesito una explicación sobre lo que has hecho.

Hanuil puso los brazos en jarras y su semblante se volvió grave.

-Al no existir el Gremio, como tú bien sabes, ya nadie acudía a la Aldea excepto para discutir sobre nimiedades. Decidí marcharme, al igual que tú, aunque tu fuiste más intuitivo por lo que parece - sonrió con cierta dulzura - Sin embargo, hoy fue diferente. Tuve una premonición, de esas que hacía tiempo no sentía y que, parece ser, tu también has tenido. Vine aquí y me encontré a este infeliz, que solamente es una sombra de lo que fue. Al verle en este estado yo... - hizo una pausa y sus mejillas se encendieron ligeramente - Quizá me excedí un poco, pero no pude soportarlo.

Elrik suspiró profundamente y sacudió la cabeza.

-No vuelvas a mancillar tu honor de esta forma atacando a un ser que no puede defenderse, Hanuil. Eso va en contra de los principios del Gremio.

Hanuil se rascó la cabeza y, en un impulso, se abrazó efusivamente a Elrik.

-Feliz reencuentro, Elrik.

El hombre le dió unas palmadas en la espalda y sonrió.

-Feliz reencuentro, Hanuil.

Ichiro juntó las dos manos y se las llevó al pecho, emocionada ante aquella imagen.

-¿Entonces los tres iremos hacia nuevas aventuras?

Hanuil, al escuchar aquellas palabras, se separó de su antiguo compañero de Gremio y sonrió con cortesía, con ojos alegres.

-Perdona por mis modales de antes. Quizá te debiste llevar una mala opinión de mí y eso me entristece. ¿Cual es tu nombre, si puedo saberlo?

-Oh, eh... - Ichiro no estaba acostumbrada a tratar con tanta gente extraña a la vez y se sentía algo turbada. Pero se recuperó con presteza - Me llamo Ichiro, encantada! - exclamó, haciendo una ligera reverencia.

-Mi nombre es Hanuil de Mër, el placer es mío - el jovenzuelo, ante ella, hincó una rodilla en el suelo, le cogió de la mano con suavidad y la besó, mientras la miraba con sus ojos azules y vivaces - Intentaré compensar el mal rato que te hice pasar, mi bella Ichiro. Tienes un corazón muy valiente.

El rostro de la joven se encendió a una velocidad de vértigo y sintió como si un fuego le arrasara las mejillas al ritmo de un corazón que le latía con fuerza en sus sienes. Nunca nadie se había referido a ella en aquellos términos. Solamente había leído aquellas fórmulas corteses en poemas trobadorescos.

-Oh...yo sólo...eh...me gusta la aventura, nada más... - su propia voz le sonaba ridícula e infantil, y hubiera preferido que en aquel momento le hubiera tragado la tierra.

-Levántate, Hanuil. La pobre chica está confundida y con esta zalamería aún la confundes más - Eirik lo miraba de tal forma que ya parecía conocerlo como si de su propio hijo se tratara.

El chico se levantó con lentitud y se apoyó en la barra con su codo derecho, justo al lado del cuerpo yacente de Loriley.

-No era esa mi intención, a veces soy demasiado impulsivo. ¡Camarero, un vaso de licor de Pleyd! - se soltó el pelo, y los cabellos dorados cayeron hasta la mitad de su espalda. Una vez tuvo el plateado elixir ante él, siguió hablando, volviendo de nuevo su mirada hacia Ichiro - Y bien, entonces. ¿Quieres convertirte en Viajera?

La chica vaciló unos instantes y tragó saliva ante una pregunta tan directa. No sabía exactamente qué responder y es que, de hecho, no sabía realmente qué hacía allí.

-Yo solamente quiero descubrir otros mundos, nada más. No pretendo convertirme en nada.

Otra vez sus palabras habían sonado como las de una niña mimada y desprotegida. ¡Cuánto odiaba aquello! Pero de todas formas no se le

ocurría otra respuesta.

-Ese era el objetivo original del Gremio de Viajeros - Hanuil dió un sorbo a su bebida y siguió hablando, aclarándose así la garganta - Miles de años atrás, los Viajeros éramos el Gremio más prestigioso de todo el Mundo Feérico. Gracias a nuestra sabiduría, los dos mundos, el Humano y el Feérico, estaban siempre interconectados. Celebrábamos fiestas, bailábamos y cantábamos juntos... ¡Imagínate, Ichiro! - sonrió, con los ojos cerrados y las cejas arqueadas - Nosotros y nuestras Creaciones, inseparables, aprendiendo los unos de los otros...

-Pero eso ya no es así - replicó Elik, interrumpiéndole y harto de estar en silencio ante las melosas palabras de Hanu - Y deberíamos evitar vivir del pasado. Los humanos y nosotros hace tiempo que nos distanciamos para siempre.

-Yo...me gustaría que todo volviera a ser así - susurró Ichiro, con un hilo de voz - Quizá no sea tan difícil. Quizá podríamos volver a refundar el Gremio y convencer a los humanos de volver a los Días Antiguos.

Elik negó con la cabeza y su expresión parecía triste y desolada.

-Hace poco estuve en Espiral, por mi cuenta. Los Lamat están manipulando la maldad que reside en los corazones humanos para su propio beneficio. Unos pocos resisten, pero no por mucho tiempo. He oído algo de un tal Nuán y de un joven llamado Lúne, pero no estoy seguro de sus verdaderas intenciones... - se rascó la frente y arrugó el entrecejo en un esfuerzo por hacer memoria - Lo que más me preocupa, sin embargo, son otros rumores más oscuros, se dice que...

-¡Oh, Elik, hablemos de esto más adelante! - le interrumpió Hanuil, el cual se había incorporado y, apurando lo que le quedaba de aquel licor plateado, se dirigió de nuevo a Ichiro y le acarició un hombro, con dulzura, sonriéndole - Mientras haya unos pocos con voluntad de luchar, todo es posible. En ocasiones, una visión alejada de la Realidad y del Hastío tiene más razón que la opinión de un pueblo entero.

Ichiro volvió a sonrojarse de forma alarmante.

-Pensad como queráis. Voy a dar una vuelta. Estoy cansado de estar aquí, en esta pocilga - Elik se dirigió hacia la puerta y salió afuera, ligeramente molesto.

-¿Qué le sucede?

-Déjalo. Él también pensaba como tú antaño. Aún le duele escuchar esas palabras, ha visto demasiadas cosas terribles que le han oscurecido el corazón - Hanuil recuperó la sonrisa de nuevo - Sin embargo, la aventura

no ha hecho más que empezar, y quizá tiene mucho que ver contigo, más de lo que tú te piensas.

Ichiro intentó serenarse ante las palabras de aquel joven de cabellos de oro, y respiró profundamente mientras se recostaba hacia la barra y lo miraba con unos ojos repletos de curiosidad.

-Gracias por tus palabras, Hanuil. Sin embargo, me siento ridícula y empequeñecida ante tales acontecimientos. Creo que he actuado de forma muy inmadura e infantil y no soy consciente de tantas cosas de este mundo, y sé tan pocas cosas de Espiral en realidad...solamente he leído novelas humanas y por eso quiero viajar allí, porque estoy harta de vivir sin emociones reales, estoy harta de leer y de no participar. Pero dudo que sea la más indicada para la lucha... - hizo una pausa y alzó sus ojos de miel hacia él - Me sorprende que alguien de mi edad tenga las ideas tan claras. Yo, no obstante, soy una niña con sueños tontos en la cabeza que se ha inmiscuido en vuestro universo sin pedir permiso.

Hanuil la miró con los ojos abiertos, sorprendido por algo. Ya no la miraba directamente, ahora observaba el fondo de su vaso vacío y sus labios ya no dibujaban una sonrisa.

-No tienes que avergonzarte de nada, ni pedir permiso por nada, Ichiro. Al escuchar tus palabras soy yo quien siento vergüenza por haber perdido aquellos sueños que me alimentaban y que me hacían ilusionarme por nuevas aventuras y viajes - alzó sus ojos y, cual fue la sorpresa de Ichiro al observar que estaban bañados en lágrimas - ¿Ves? Ya me has hecho emocionar. Hacía años que no lloraba, y vienes tú, una desconocida, y hace remover todo mi mundo de arriba a abajo. ¿No es maravilloso? - sonrió nuevamente - Y ahora no pensemos en nada más. ¿Te apetece relajarte y escuchar un poco de música?

La niña, en un impulso que no supo muy bien de dónde venía, cayó sobre los brazos del joven, también emocionada por aquellas palabras tan sinceras y sentidas.

-¡Soy feliz por haberos conocido! ¡Muy feliz! - se separó de él y le cogió las manos repleta de ilusión - ¡Claro que me apetece! ¿Y luego nos pondremos en camino? ¿Iremos a Espiral?

Aquella vez fue Hanuil quien sintió sus mejillas arder con intensidad. No estaba acostumbrado a una demostración de cariño tan efusiva por parte de una chica, y más siendo casi una desconocida. ¿De dónde había salido aquella Ichiro? Aquella pregunta, lejos de hacerle dudar, le infundió una ligereza en su alma que hacía demasiado tiempo no sentía.

-Iremos a Espiral - dijo él, mientras se pedía otra copa - Y convenceremos a Elrik para ello. - añadió, guiñándole un ojo.

## Capítulo 20

Cabellos azules  
rodeando los árboles  
esmeralda.

Nos enamoramos  
bajo la Luz Menguante.

Sedas rojas,  
cabellos azules.

Y fuera de esto  
nada más  
existió.

Bajo la Luz Menguante.

La muchedumbre aplaudió emocionada y se secó las lágrimas al escuchar como aquellos últimos acordes de la canción tradicional de Húgaldic y en verdad una de las canciones más conocidas por toda la raza de Amaru era interpretada por aquel quinteto de inspirados y talentosos músicos.

Rívon se había citado con Ichiro para ver a los famosos Bardos Intemporales que habían vuelto a Húgaldic después de una larga década. Casi todos los habitantes del pueblo se habían reunido en la zona más elevada de uno de aquellos imponentes y mágicos árboles que se erigían como guardianes y protectores del pueblo.

Ichiro aún no había llegado a la cita, como siempre, aunque le extrañaba que a un evento como aquel llegara tarde, a ella que tanto le agradaba la música. Posó su mirada sobre aquel recinto al aire libre bajo las numerosísimas estrellas y ante él aparecían enredaderas por doquier colgadas de las ramas y rodeadas por un aura plateada. Aquello significaba que las Yrissi se encontraban ahí presentes, aunque no las vieran, algo sin duda extraño e inaudito que le llenó de alegría y de una gran paz interior.

Si Ichiro estuviera allí con él... ¡Cuánto lo deseaba! Pero su deseo era más una pregunta sin respuesta que una afirmación. Apretó su mano derecha y su imaginación le traicionó agarrando la mano izquierda imaginaria de la chica ausente. No, solamente deseaba su presencia por su gran amistad, estaba convencido. Pero... últimamente se la veía más distante que de costumbre, algo triste y meditabunda. Si sólo pudiera abrirle un resquicio de su corazón... despejaría todas aquellas inquietantes dudas.

"Estará dando vueltas por el Bosque de las Yrissi. Seguro que dentro de

nada ya estará de vuelta, con una corona de flores en los cabellos y sonriente, pensando en el concierto y corriendo desesperada para no llegar demasiado tarde" pensaba el joven.

Los Bardos Intemporales habían creado, con magia esmeralda, un ambiente propicio para su arte: unas flores de cerezo caían sin cesar sobre ellos mientras interpretaban, y una brisa con fragancias de hierba fresca y repleta de rocío acariciaban el rostro a todos los presentes. Y es que el Árbol del Este siempre había sido el más propicio para la música, el arte y los sentimientos más profundos e íntimos. Ahí el conocimiento era relegado a un segundo plano, y el instinto y lo velado aparecía sin ninguna frontera ni impedimento.

Lejos, hacia puertas  
escondidas  
llevaremos nuestros pasos  
siempre inquietos.

A un lado los ritos  
y al otro la aventura.  
Hogar en nuestros corazones  
y la rosa  
de los mil horizontes.

Cerrojos  
un beso en la mejilla  
que suena a despedida.

No hay esperanza  
sin la perdición  
del Viajero.

Por eso  
lejos, hacia el asombro  
escondido  
llevaremos nuestros pasos  
siempre inquietos.

E inquieto también se sentía ya Rívon, sobretodo de ver como un hombre alto y fornido, vestido con ropas de gala negras y una capa gris, se había acercado a la madre de Ichiro y le había susurrado unas palabras, con el rostro triste y nervioso. Entonces, los padres de la chica se habían levantado y habían abandonado con presteza el recinto.

¿Le habría pasado algo a Ichiro?

De todas formas Rívon siempre se dejaba llevar por los pensamientos negativos, y aquel día había decidido hacer una excepción. Quizá

simplemente Ichiro había cometido alguna de sus típicas travesuras en la aldea. Se apretó las rodillas con fuerza y trato de seguir disfrutando del concierto.

-Ella se lo pierde - se decía a sí mismo.

Pero entonces ocurrió algo inesperado sobre aquel escenario improvisado. El grupo interrumpió aquel triste y melancólico tema que estaban interpretando y uno de ellos, el vocalista, un gracioso y simpático hombre obeso con una voz cristalina muy cálida, se dirigió a su público con el rostro grave y secándose el sudor de su frente con una mano temblorosa.

-Un triste y desgraciado suceso nos obliga a cancelar nuestro concierto de hoy - hizo una pausa para tragar saliva, y prosiguió - Una niña del pueblo ha desaparecido. Su nombre es Ichiro. A partir de ahora todos, incluido nosotros, saldremos en su busca por los alrededores de Húgaldic.

La luz plateada que rodeaba en un aura las enredaderas y las flores desapareció al instante, y el aire se enrareció, se llenó de inquietud y de un lamento apagado. Jamás en Húgaldic había desaparecido nadie, pues la vida en la aldea siempre había sido feliz y pacífica. Pero posiblemente el Mundo estaba cambiando, para bien o para mal, mientras que aquello para Rívon había sonado como una amarga pesadilla, volcándole el corazón hacia abajo, dejando que la sangre de sus latidos se derramara sobre sus pies hasta que pareció que la vida le había abandonado.

-Ichiro...¿Cómo has podido...? - se decía, entre unas lágrimas que aún no se atrevían a manifestarse - Lo sabía...sabía que terminaría yéndose esa maldita inmadura, esa egoísta. Siempre, siempre ha mirado para ella misma, y nunca se ha interesado por la felicidad de los demás.

Sin embargo, aquellas palabras le sonaban a una rabia injustificada, pues en verdad y en el fondo siempre la entendió.

Se levantó y, justo cuando una lágrima empezaba a resbalar sobre su mejilla izquierda, dió la espalda a todos los presentes y se dirigió a la pasarela para abandonar el lugar a toda prisa.

-Creía que yo le importaba, aunque fuera solo un poco...creía que yo era su amigo, y no me ha dicho nada. Absolutamente nada.

Mientras caminaba con la cabeza gacha sobre las pasarelas en espiral que bajaban y bajaban hacia tierra firme, unos pensamientos empezaron a aparecer en su mente sin que él quisiera invocarlos.

Recordó la vez que se conocieron, ya tantos años atrás, aún cuando eran dos niños inconscientes y libres de toda preocupación y de la carga de la vida adulta. Él estaba agazapado sobre un mosaico, con el rostro rojo de

ira, después de una riña con sus padres y sus hermanos por haberles alzado la voz y por haberse rebelado a sus órdenes y a los planes que en aquellos tiempos tenían para él. Ellos querían que él fuera Astrónomo, como toda su familia, pero se había negado a acudir a la Sala del árbol norte, en dónde se impartían las clases de aquella materia. No, él jamás quiso ser esto, él prefería la Historia.

Una niña risueña llegó a su lado, dando pequeños saltos, bailando de forma algo ridícula. Llevaba una corona de flores color púrpura enroscada en la cabeza. Se puso de cuclillas y lo miró con aquellos ojos melosos.

-¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan enfadado?

La miró con sus enormes ojos negros, engarzados sobre un fondo lila, y le hizo un ademán lleno de desprecio con la mano, exhortándola a irse de allí.

-No es de tu incumbencia.

-Oh, entonces si no es de tu incumbencia. ¿Por qué te empeñas en mostrar tus problemas a todo el mundo, en público?

Aquella pregunta sorprendió al niño y, en verdad, no supo qué responder. Era una forma de hablar demasiado adulta y complicada para su edad.

-Déjame en paz. Yo hago lo que quiero.

La niña, sin dejar de sonreír en ningún momento, le agarró la mano con sus pequeños y firmes dedos.

-¿Por qué no te levantas? Olvídate de eso y acompáñame.

El niño se levantó sonrojado por el arrojito de aquella niña, y la siguió hasta llegar a un jardín que se encontraba cerca del Bosque del Mar Esmeralda. Allí había flores de infinidad de colores.

-Siéntate aquí y relájate. ¿Vale? ¡Ahora vengo! - y desapareció corriendo y riendo, su falda blanca ondeando al viento con movimientos ondulados y gráciles. Al cabo de unos pocos instantes aquella niña volvió dando saltos como si de un cervatillo se tratara y, ante la incredulidad y estupefacción de Rívon, le colocó una corona de flores carmesíes sobre su cabeza.

-Mi nombre es Ichiro. ¡Espero volver a verte, y que seas feliz! - le dió un besito en la mejilla y se dirigió corriendo de nuevo tras la floresta mágica repleta de cristales. El niño sonreía ligeramente, y ya no se acordaba de por qué se había enfadado tanto.

-¡Yo...Yo me llamo Rívon! ¡Espero volver a verte también! - exclamó,

sonrojado, justo antes que aquella desapareciera entre las ramas y los troncos luminosos del bosque. Quizá fue la primera vez que había deseado volver a ver a alguien, de verdad.

Ichiro se limitó a girar su rostro hacia él, y, mientras reía sonoramente, le despidió con un expresivo ademán, agitando los brazos y, luego de darse un golpe contra una rama, se llevó la mano en el azulado cuero cabelludo y desapareció.

Quizá no era el momento de recordar más el pasado. Ahora sólo valía actuar.

Se dirigió pues, con una renovada esperanza y energía, hacia la casa de Ichiro.

Entró cómo siempre se entraba en todas las casas de Húgaldic: por el techo y, sin avisar de su presencia, se dirigió al pequeño salón oval en dónde, en una silla de madera finamente tallada con árboles, la madre de Ichiro permanecía sentada, llorando desesperadamente. El hermano y el padre de Ichiro intentaban consolarla con los rostros desencajados.

-No te preocupes, Siri, iremos a buscarla y la encontraremos muy pronto - decía el padre de Ichiro, acariciándole las mejillas mojadas y hundidas por la pena - Te lo prometo. Solamente debe estar enfadada, ya sabes como es. Es muy inquieta e inconformista, pero todos unidos la devolveremos a casa.

La madre no contestaba y simplemente se limitaba a murmurar el nombre de su hija, lo cual aún la desesperaba y la hundía más y más.

Entonces, Rívon apareció en el salón, ante la sorpresa de todos, extrañamente seguro de sí mismo y decidido.

-Como ya sabéis, desde pequeño he sido un gran amigo de vuestra hija - hizo una leve reverencia, y se incorporó - Estoy decidido a arriesgar y a sacrificarlo todo para encontrarla. Con vuestro permiso o sin él.

La madre de Ichiro, recuperada de su sorpresa inicial, se enjuagó las lágrimas y se dirigió a él, abrazándole con efusividad y rompiendo a llorar de nuevo.

-Tu la conoces incluso mejor que nosotros, Rívon. Siempre lo he sabido. Nosotros, a pesar de todo, jamás la entendimos. Soy culpable por no haber sido capaz de entrar en su corazón.

Rívon se separó de ella y, haciendo un esfuerzo por no emocionarse, apretó los puños e hizo un esfuerzo por conservar su seguridad y su confianza.

-Nada puede igualar el amor de una madre, de un padre y de un hermano - parpadeó y miró hacia una ventana que daba al lejano bosque de las Yrissi, lugar favorito de Ichiro, dónde pasaba muchas tardes - Ella os ama, igual que vosotros a ella. Pero reconozco que es verdad, aquí nunca nadie la entendió. Y yo...yo haré todo lo posible por intentar comprenderla de una vez por todas, y para que abra su corazón al igual que nosotros se lo abrimos a ella - el joven no supo de dónde le habían venido aquellas palabras tan graves y penetrantes, pero algo profundo en su interior le exhortaba a hacerlo, algo ajeno a él.

-¡Iremos contigo, Rívon! - exclamó el hermano de Ichiro, acercándose al joven y dándole unas palmadas en el hombro - No puedes realizar esa búsqueda sólo. ¡Tenemos que mantenernos unidos!

Los padres de Ichiro asintieron y se dispusieron a vestirse con ropa de viaje para emprender la terrible búsqueda de su hija. Pero Rívon negó con la cabeza y fue a observar cómo las débiles luces del bosque de las hadas parpadeaban en la noche, débiles y de colores oscuros, apagados.

-Lo siento, pero debo emprender este viaje solo - se giró de nuevo hacia ellos, manteniendo un brazo en la cornisa y sonrió con tristeza - Adiós.

Saltó por la ventana cayendo sobre la calle empedrada que llevaba a las afueras de Húgaldic y, corriendo veloz como el fuerte viento que soplaba en aquellas altas horas de la noche, pronto se convirtió en una sombra más.

## Capítulo 21

En aquellas altas horas de la noche, solamente las estrellas iluminaban el camino de Rívon, el cual, por primera vez en toda su vida, dejaba atrás su amado Húgaldic en busca de su mejor amiga. No había tenido tiempo de despedirse de su familia pero en aquellos momentos, aquello era lo que menos le importaba.

Iba vestido con unos pantalones de algodón marrones y una sencilla camisa verde de manga larga con broches azules. La Luna era Nueva y parecía adivinarse alrededor de esta un círculo de luz pálida y plateada casi invisible.

Desde la vez que conoció a Ichiro no había vuelto a pisar aquel jardín que ahora hollaba con sus sandalias de paja y esparto. La única diferencia era que no había rastro de ninguna flor. Sí, no estaban en Primavera pero, no obstante, Ichiro siempre recogía flores de allí durante todo el año... ¿Cómo se explicaba aquello? ¿De dónde recogía, entonces, aquellas flores? ¿Del bosque de las Yrissi? Pero allí no había flores normales, sino hechas de minerales y cristal.

Así pues, decidió encaminarse por fin, pese a unas reticencias que superó gracias a la presencia de la joven en sus pensamientos, hacia aquel extraño y misterioso bosque que, por su espesura y sus vivos colores que se reconocían hasta bajo la débil y trémula luz de los astros, parecía sellado para el resto de seres feéricos, sólo apto para corazones puros y sin temor alguno. Había leído en los libros que solía hojear en las bibliotecas del Árbol Norte, que una vez se entraba allí, uno jamás salía siendo el mismo. Pero solamente eran habladurías y leyendas para, quizá, evitar que los Amaru se involucraran demasiado con aquellos seres extraños y cambiantes como lo eran las Yrissi.

Por esta vez, sin embargo, no hizo caso de aquellas recomendaciones (que él mismo ponía en su boca para prevenir a menudo a su amiga desaparecida), y decidió dar un paso adelante y, por primera vez en su vida, abandonar su hogar, todo lo que conocía, toda su seguridad y el calor de su aldea, para internarse en lo desconocido. Quizá así lograría comprender mejor a Ichiro, quizá allí encontrara alguna pista para poder dar con ella.

Después de apartar a un lado los cientos de hojas hechas de cristales y minerales de todas las formas y colores, consiguió penetrar en aquella floresta situada justo en medio del Mar Esmeralda de Húgaldic. Y cual fue su estupefacción cuando, entre aquel océano de árboles de cristal, de cascadas y de pequeños riachuelos y estanques que lo integraban, empezó a escuchar risas risueñas y susurros. Y los suaves y bellos sonidos de los cristales que se golpeaban entre ellos por efecto del viento, creando así una música sutil que no era capaz de escuchar con su

oído, pero sí de percibir con su corazón, de una forma inexplicable. Algunos faroles situados sobre las ramas, despidiendo una leve y bella luz azulada, flanqueaban, de vez en cuando, el dificultoso camino que se abría a duras penas entre los árboles.

Por encima de todos estos leves e ingravidos sonidos, seguían alzándose carcajadas, ligeros sonidos de pisadas que parecían interpretar invisibles danzas, y el rumor de unas voces cristalinas y joviales por todos lados. Rívon no se sentía muy cómodo ante aquella situación. Le ponía muy nervioso no conocer un lugar y el hecho de desconocer las intenciones de algo que permanecía en las sombras.

Mientras caminaba mirando a todos los lados, acelerando más y más su paso sin que fuera consciente de ello, el joven sintió, de repente, como un peso caía sobre él, sobre sus espaldas, y le hizo caer de rodillas, amortiguando la caída con sus manos. El suelo estaba cubierto de agua verdosa mezclada con briznas de hierba y de frutos cristalizados de todos los colores y formas.

-¡Qué demonios...!

-¡Oh, que mal hablado es nuestro nuevo huésped! ¿Por qué tiemblas tanto?

Sobre él había caído, sin previo aviso, una de aquellas Yrissi que poblaban el bosque y habían siempre suscitado la desconfianza y el miedo de Rívon.

El joven, así cómo pudo, se quitó a la Yrissi de encima con un empujón y, con el ceño fruncido, se echó hacia atrás y la amenazó con los puños apretados. Sus ojos, sin embargo, estaban repletos de temor. Una jovencita menuda y esbelta de ojos almendrados, castaños, lo miraba de arriba a abajo y se acariciaba sus largos cabellos también castaños, de color más claro sin embargo que sus ojos. Iba vestida solamente con cristales de colores que dejaban entrever su cuerpo desnudo bajo ellos.

Rívon se sonrojó y miró hacia otra parte.

Ella se acercó y le abrazó, colocando sus labios en una de las orejas del joven. Todo el cuerpo se le erizó con piel de gallina.

-¿Estás buscando a Dúna, verdad?

Rívon hizo acopio de todas sus fuerzas y se separó de ella bruscamente.

-¿Dúna? ¿Quién es Dúna?

-¡Oh! - exclamó, saltando sobre una rama y quedándose sentada ahí

arriba, mirándole con ojos seductores - Se me olvidaba que en vuestra aldea la llamáis Ichiro. Pero...¡Seré maleducada! - añadió, volviendo a tierra firme y cogiéndole de la mano, como si lo conociera de toda la vida - ¡Ven conmigo! - alzó la vista hacia la oscuridad de aquel mar arbolado y acristalado - Le invitamos a nuestra fiesta. ¿De acuerdo?

Ante el rostro congestionado del joven, una gran cantidad de voces se alzaron en todas direcciones.

-¡Claro que sí! ¡Que venga!

-Espero que no se vaya corriendo

-¡Jaja!

-Venga, no seáis malas. Hagámosle disfrutar.

-¡Claro que sí!

Rívon tragó saliva y miró, con ojos aterrorizados, a aquella hada. Ésta le cogió la mano y, ahora, lo miró con una sonrisa más agradable. Era una chica muy bella y había algo en ella que le atraía de una forma extraña e inexplicable.

-¿Qué vais a hacer conmigo? - preguntó, tembloroso - Yo solamente pretendo saber si conocéis el paradero de Ichiro, nada más. No estoy para...fiestas.

El Hada se echó para atrás y estalló en carcajadas ante el desconcierto del joven.

-¡Pero que desconfiados os habéis vuelto! ¡Ya casi parecéis humanos! - murmullos de asentimiento se extendieron por doquier - Si me acompañas, te contaré todo lo que quieras saber de tu querida Dúna, digo...Ichiro.

Dicho esto, se puso a correr con tal fuerza y de forma tan veloz, que casi hizo que Rívon volara tras ella y no tocara el suelo resbaladizo y acristalado con los pies. Sus sandalias ya habían quedado bien atrás y seguramente las habría perdido para siempre.

Mientras corrían cómo si alguien o algo les estuviera persiguiendo, los cristales le impactaban en la cara pero, curiosamente, no le dañaban, sino todo al contrario. Una nueva calidez parecía flotar en la boca de su estómago y, poco a poco, una sonrisa aparecía en su cara. El vigor en sus piernas ya le permitía correr a la misma velocidad que su anfitriona.

Al cabo de unos minutos, y sin que apenas fuera consciente de ello, era

tal la elasticidad de su cuerpo que era capaz de saltar sobre los árboles junto a ella y de danzar al mismo tiempo.

-¿Ves? - decía ella, con voz alegre, mientras corría y danzaba en la floresta - ¡No hay nada que temer!

Después de toda aquella travesía llegaron, por fin, a un claro.

Allí muchas hadas bailaban en corros alrededor de una hoguera azulada, y algunas otras permanecían solitarias alrededor del grupo, contemplando como sus compañeras bailaban, o simplemente, pensativas y relajadas, tumbadas y observando las estrellas con una sonrisa.

La pequeña hada que le había acompañado hasta allí paró de correr y le cogió de las dos manos, feliz por tener delante a un desconocido como él. ¡A un desconocido! ¿Cómo podía estar contenta que alguien ajeno hubiera importunado la paz de aquella comunidad de Ensueño?

-¡Bienvenido a nuestro Reino! ¡Baila con nosotras! - dijo, para después besarlo en los labios con un gracioso impulso y haciendo que sus mejillas se volvieran ya no rojas, sino del color del granate más oscuro - ¡Ven, y así comprenderás mejor a nuestra Dúna!

Y así, con un invisible y fuerte empujón, se vio inmerso en medio del corro de aquellas mujercitas de baja estatura, agarrando de sus pequeñas manos a dos de ellas. Se sentía observado, y, en sus rostros, aparecían sonrisas, unos rostros que al cabo de menos de un minuto no se atrevió a mirar, por lo violento que se sentía. ¿Qué bailaban, si no había música? Danzaban en círculos, de forma ridícula, sin ningún sentido, alrededor de una hoguera que ni siquiera daba lumbre ni calor.

Pronto empezó a notar un agobio inmenso y unos imperiosos deseos de huir de allí. Se sentía preso en aquel baile, sentía que le ardía el pecho y que su peso había aumentado, como si la tierra se hubiera convertido en un poderoso imán para él. Intentaba imitarlas, alzando y bajando los brazos, y dando pequeños saltos con las piernas: sus largas faldas de colores al viento. Pero no escuchaba ninguna canción.

Cansado de toda aquella farsa, creada quizá para burlarse de él, dió un tirón hacia afuera tratando de salirse del corro y así seguir la búsqueda de Ichiro. Ya no quería perder más el tiempo.

Y fue incapaz de soltarse, por mucho que lo intentó, por mucha fuerza que hizo, y al intentar abrir la boca para protestar, ésta permaneció pegada, sellada. ¡No podía abrir la boca! ¿¡Qué pérfida maldición habían obrado sobre él!? Estaba ligado a ellas, tal y como contaban las leyendas...y eso que él nunca había creído en ellas. Quizá si hubiera sido más como Ichiro, hubiera previsto aquello. Ichiro...

Sintió, entonces, otro fuerte empujón en la espalda y, por mucho que se resistió, vio con terror que aquellas manos invisibles le hacían precipitarse directamente hacia la hoguera azul. Cerró los ojos, sin poder exclamar un grito, ni una súplica.

Y, sin embargo, no se quemó.

Cayó de bruces al suelo y, sin atreverse a abrir los ojos, una fría brisa empezó a levantarlo y a hacerlo levitar, cómo si se tratara de una simple pluma arrastrada por cualquier soplo de aire. Sí, se sentía en verdad liviano, y, en cuanto encontró el coraje suficiente para abrir los ojos, se encontró echado en el suelo pero sin sentir la tierra bajo su cuerpo. Todo a su alrededor era exactamente igual, y pese a ello algo allí había cambiado. Levantó la cabeza, incorporándose lentamente. Estaba justo ante aquella hoguera azulada. Alzó una mano, instintivamente, y se la miró: ¡Tenía un aura azul rodeándola! Y no sólo su mano derecha, también sus brazos, sus piernas y, en definitiva, todo su cuerpo. No podía dar crédito a lo que veía.

Abrió la boca.

Ya podía hablar, y, sin embargo, no albergaba ningún sentimiento que pudiera ser expresado con palabras. La niña que lo había guiado hasta aquel lugar se hallaba justo ante él, sonriendo con dulzura y ofreciéndole una mano para que pudiera levantarse. Pero no, decidió levantarse por sí sólo. En su rostro también se dibujaba una sonrisa, como borracho de alegría, de una alegría que no sabía explicar. Agarró la mano de aquella niña que le había guiado y la de otra hada, y, por fin, pudo escuchar una música que antes había sido incapaz de escuchar: eran sonidos de piedras, el agua corriendo sin tregua, el viento perfumado de la noche meciendo las ramas de cristal. Todo aquello producía una música alegre e hipnótica.

Y se puso a bailar, alzando los brazos, dando saltos. Reía y sentía como si volara más allá de todos los sentimientos que nadaban en el océano de su alma.

-----

-¡Ven, corre, dame la mano!

Todas aquellas hadas habían desaparecido, repentinamente, sin cesar de bailar y de dar pequeños saltos, hacia los árboles débilmente iluminados por aquellas luces azules que se reflejaban por toda la floresta acristalada.

La Yrissi que le había hablado era la misma que le había guiado y ahora,

pacientemente y con una sonrisa calma, esperaba que Rívon se recuperara del mareo que había sufrido de tanto bailar y correr. Sus labios carnosos eran rojizos como un atardecer.

Haciendo un acopio de todas las fuerzas que le quedaban, el joven le puso, en un acto instintivo, una mano en el hombro, y la miró ligeramente desconcertado.

-¿De verdad no queréis nada de mí?

La Yrissi, haciendo como si no le había escuchado y suavizando algo su sonrisa, le cogió de nuevo la mano e impulsándose con un gran salto, como si de un cervatillo se tratara, le arrastró trotando hacia el interior del bosque acristalado.

Parecían ahora más ligeros que simples pétalos de flor, caminando sobre los cristales más grandes y hermosos, uno encima del otro, cómo si aquella joven supiera la ubicación de cada uno de ellos. Y solamente se ayudaban con los pies.

Poco tiempo después, ambos ya corrían sobre las altísimas copas de los árboles, y alrededor de ellos, un mar de millones de cristales se movía lentamente con un viento perfumado. Aquel olor le tenía embriagado, una fragancia que le llenaba el corazón. La luz de las estrellas se reflejaba también en los cristales.

Parecía que había dos firmamentos, arriba y abajo.

Y volaban, y reían, reían a carcajadas sin motivo. No estaban colgados de un sueño, sino descolgados sobre ellos. Rívon jamás se había sentido tan vivo en su vida.

Pero aquella sensación de paz y de libertad que al joven no le hubiera importado que durara eternamente, de la mano con aquella hada de risa fácil y torrencial, se trocó en desconcierto y en miedo cuando, en un brusco movimiento, la niña tiró de él con fuerza de la mano y saltó hacia abajo, entre las ramas acristaladas, las cuales ahora le herían el rostro, golpeándole con dureza.

¡Descendían hacia el suelo demasiado deprisa!

Caían como dos pesos muertos y, además, todo era oscuro a su alrededor, en la negritud más absoluta. Debido a la velocidad a la que bajaban, a Rívon el estómago le dió un vuelco.

-¡Nos vamos a matar! - fue lo único que pudo articular antes de que aquella menuda joven lo soltara de la mano y, ya sin su compañía, siguiera cayendo con más y más fuerza a un abismo negro. Los cristales seguían produciéndole pequeñas heridas en el rostro, en el pecho y en las

manos.

Aquella caída iba a acabar con su vida sin duda alguna.

Cerró los ojos y sintió cómo no estaba aún preparado para morir. Empezó a marearse y a sentir cómo estaba a punto de estallarle el corazón dentro de su pecho.

No tenía fuerzas ya ni para gritar.

Y, efectivamente, terminó impactando contra algo, y aquel algo resultó ser agua, o eso creía, y se sumergió hacia sus profundidades, poco a poco, como si algo en el fondo le estuviera atrayendo. Pero lo más extraño resultaba el hecho de no necesitar respirar bajo aquel líquido.

Al recuperar de nuevo el resuello y el sentido de la realidad, el joven trató de ascender hacia la superficie impulsándose con piernas y brazos pero aquello fue en vano: seguía hundiéndose.

Y ahí sí que empezó a gritar, con desesperación. Pero solamente unas grandes burbujas salían de su boca, sin que se le oyera nada más que balbuceos.

Todo era negro, oscuro como la primera noche de los tiempos.

Giró sobre sí mismo, flotando como estaba, unas cuantas veces, tratando de ver algún punto de luz. Miró también hacia arriba y hacia abajo. Pero era en vano. Solamente había silencio, y ni siquiera podía escuchar el latido de su propio corazón. Y empezó a sentir miedo, terror, angustia y una fuerte sensación de ahogo que no hacía más que crecer y crecer sin tregua.

Seguía debatiéndose por ascender a la superficie, pero, al cabo de un largo tiempo intentándolo, llegó a desistir, con todos sus miembros doloridos y derrotados.

No había nada que hacer.

## Capítulo 22

Sin duda había caído en una trampa.

Rívon se hundía lentamente hacia el fondo de aquella oscuridad insondable y ya ni siquiera se molestaba en pensar en nada. Estaba demasiado asustado para que ningún pensamiento lógico cruzara su mente por un segundo. Solamente pensaba en que estaba condenado a morir de hambre y sed en aquel abismo durante días y más días, como en una malvada condena.

Aquellas hadas habían jugado con él.

Entonces rompió a llorar. No quería morir, no aún, tan joven, tantos sueños por cumplir y tantos caminos por recorrer. Pensó en sus padres, en Ichiro, en Húgaldic y se dio cuenta de algo de lo que jamás había sido consciente hasta aquel momento: a su manera, allí era feliz. Nunca en su vida había sentido tantos deseos de volver a aquella aldea, de volver a ver a los suyos y de poder sentir el calor de su casa de nuevo, aunque solamente fuera una vez más.

Se dio cuenta de cómo odiaba y temía la soledad.

Sentía deseos de gritar y de aferrarse a cualquier cosa a la que le latiera un corazón, aunque fuera frío como el metal, o pequeño como el de un insecto. Tenía ansiedad por vivir, por hablar de nuevo, por tener fe en cualquier cosa, aunque fuera por una tontería, por una pequeñez. Por favor, todavía no quiero morir. Todavía no...

Una fuerte mano le agarró del brazo y, sin más dilación, tiró hacia arriba con tal violencia que sintió como si se lo fuera a desgarrar. Entonces, el agua de aquel lago empezó a zumbar en sus oídos con el sonido de millones de burbujas y, al instante, sintió cómo se mareaba y perdía el conocimiento.

Despertó con un agudo dolor en la nuca, con el cuerpo tirado sobre una especie de losa de piedra fría que le entumecía los músculos.

Abrió los ojos y todo seguía oscuro.

-¡Yrissi! ¿Por qué me habéis hecho eso? - dijo. Pero su voz sonaba débil como el aleteo de una mariposa. Hizo una pausa, y solamente una levísima brisa que se desparramaba entre los árboles cercanos era audible - ¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero volver a casa!

-¿Ahora quieres irte?

Rívon dió un respingo hacia un lado, sorprendido por una voz clara y musical que había aparecido a su lado, en medio de aquellas tinieblas. Intentó levantarse, pero las rodillas se le doblaron y volvió a caer al suelo.

-¿Eres una de ellas, verdad?

-Acabas de mostrarte tal y como eres en realidad - prosiguió aquella voz femenina, con un deje burlón.

-¿Cómo...soy?

Unos dedos suaves le pellizcaron un moflete.

- Solo eres un niño que ha salido de casa creyendo que era un héroe. Un niño asustado que quiere volver a casa, olvidándose de su princesita.

-¿Princesita?

Más risas y una leve caricia en los labios temblorosos del chico.

-Tú sabes bien de quien estoy hablando. Y para tu información, querido Rívon, está a punto de encaminarse hacia Mundo Espiral con el Gremio de Viajeros, junto a dos valientes y gallardos feéricos. Me temo que ya no te necesita, Rívon. Puedes volver a casa, si así lo deseas.

Rívon, al escuchar aquellas duras palabras, se levantó como un resorte, airado, y con el rostro congestionado de la vergüenza y la rabia que le corrían por dentro.

-¡Es Ichiro la que es incapaz de amar a nada que no sea ella! ¡Fue ella la que dejó Húgaldic sin decir nada a nadie! Cuando me ha necesitado, siempre me ha tenido a su lado. Y ahora que ya no le soy útil me ha abandonado. Y a su familia, también.

-¿Y acaso alguna vez te preocupaste por sus sueños, sus deseos, sus frustraciones? Me temo que no. Aquí siempre venía porque sabía que nosotras le contábamos bonitas historias y leyendas. Se sentaba, se reía, y nos contaba todo lo que a nadie le interesa en tu pueblo. Y tu no fuiste una excepción, Rívon. Tampoco fuiste capaz una sola vez de acompañarla a este bosque, por miedo, por cobardía. Y eso a ella le hería más profundamente de lo que piensas.

-¿Qué cosas os contaba? - la voz de Rívon aparecía algo quebrada.

-Si quieres saberlo, ve tras ella. Pero que sepas que tendrás que sacrificar algo de ti mismo para ello, y más para viajar a Espiral - contestó aquella voz, en un susurro tajante y enigmático.

-¿Sacrificar algo de mí mismo?

-Dame la mano.

Una vez el hada dijo esto, algo se rompió en su interior, como cuando se rompe un dique. Y se puso a llorar y llorar.

-Es verdad, soy un cobarde. Ichiro no se merece a nadie tan rastrero como yo a su lado. Pero igualmente iré tras ella. ¡No quiero volver a casa!

-Dame la mano, Rívon - dijo la Yrissi, con un tono de voz más suave y comprensivo - No te avergüences por llorar. Acabas de dar tu primer paso, con esas palabras.

Poco a poco, desde la negra bruma, empezaron a aparecer las miríadas de estrellas que adornaban el cielo nocturno. Aparecieron árboles iluminados por sencillos faroles azulados y esmeralda, y, alrededor del chico, aquel lago que había estado escondido tras una noche infinita se había transformado en un precioso estanque, repleto de joyas preciosas cada cual diferente de la otra. Todas tenían un brillo casi imperceptible, gracias a la luz de los astros.

Aquella bruma negra parecía surgir de un lugar concreto y, cuando Rívon dejó de maravillarse ante la belleza que se le descubría ante él, vio, con asombro, de dónde procedía toda aquella oscuridad. Procedía de él mismo, y hacia él mismo volvía a introducirse lentamente, sin tregua, dentro de cada poro de su piel. Al ver que empezaba a temblar, el hada que había sido su guía se acercó a él, con pies livianos, a través de aquellas aguas cristalinas y enjoyadas y le abrazó, tendiendo su cabeza hacia sus pechos.

-No temas, ahora ya todo está bien. La bruma ha vuelto a ti y ya no volverá a cegarte nunca más.

## Capítulo 23

Ichiro temblaba. La emoción había hecho presa de ella desde que aquel ancestral rito había dado comienzo, algo de lo que solamente había leído. Y soñado.

Hanuil, Elrick y ella se hallaban sentados en la cámara principal de una pequeña pirámide construida justo encima del invisible Portal. La forma piramidal era perfecta para canalizar las espirales mágicas que conectaban un mundo con el otro, y era la única forma de viajar con éxito, aunque el riesgo siempre era alto. La construcción estaba hecha de una piedra especial denominada Yuke, la única roca capaz de filtrarse entre los dos mundos.

Y a pesar de todo, Ichiro, en medio de aquella oscuridad casi total, se sentía nerviosa e insegura.

En la cámara de piedra no existía ninguna decoración y solamente el débil resplandor de una estrecha apertura iluminaba la oscuridad, con timidez.

¿Qué hacían sentados ahí, en el interior de una pirámide oscura y fría?

Ella se había imaginado un rito muy diferente a aquel: todos dándose la mano y bailando y cantando fórmulas de Contacto para así poder viajar al Otro Lado.

Viendo cómo Hanuil y Elrick se mantenían quietos y serenos como rocas, la feérica empezó a escrutar el silencio, en busca de algún ruido que le indicara el comienzo del Viaje, pero lo único que pudo discernir de aquel espeso silencio fue un rumor lejano, muy lejano, como el que produce una cascada pero más grave. ¿Acaso habían empezado a obrar el rito, colocándose todos alrededor de la pirámide?

Sin embargo los conjuros, hasta dónde ella sabía, no producían ningún ruido.

-¿También lo escucháis? - preguntó ella con un susurro que, dentro de aquella cámara, sonó como un grito - Ese rumor apagado...

Elrick, el cual tenía los ojos cerrados desde hacía unos minutos, los abrió lentamente y esbozó una misteriosa sonrisa.

-Espirales.

Un escalofrío mezcla de emoción y de desconcierto recorrió la espalda de la chica.

-¿Espirales? - tartamudeó Ichiro - ¿Y cómo haremos para...?

Hanuil suspiró, profundamente.

-Simplemente centra tus pensamientos en algo concreto - se encogió de hombros - por ejemplo, el ruido de las Espirales.

Ichiro asintió, algo confundida, y guardó silencio. Al cabo de poco tiempo volvió a escuchar aquel rumor lejano y continuo. Hizo un titánico esfuerzo y trató de eliminar el resto de los pensamientos y sentimientos que la asaltaban en cada instante. Entonces, poco a poco, aquel rumor empezó a crecer en intensidad y dentro de él comenzó a distinguir una amplia sucesión de notas armónicas que resonaban tras aquel rumor, unos sonidos parecidos al que producen las cuerdas de un Violonchelo.

Y, entonces, empezó a tener sensaciones extrañas, que jamás había experimentado: su cuerpo se le puso extremadamente rígido, como una piedra, y empezó a notar cómo las vibraciones musicales le producían pequeños y placenteros calambres por todo su cuerpo, dependiendo de si la vibración era más grave o más aguda. La cámara de la pirámide primero se contrajo hasta tener la sensación que solamente ella cabía ahí dentro. Luego se expandió, de una forma parecida a cuando uno lanza una piedra al mar, produciendo una onda expansiva en el agua.

Flotaba.

Los muros habían desaparecido y ahora se encontraba rodeada por un profundo y oscuro océano de dimensiones gigantescas.

Y las sintió, todas a su alrededor y en su interior: espirales vibrando cada una con diferentes sonidos y formas. A Hanuil y a Elrick no los veía, pero los sentía con más intensidad y precisión que en persona: cada uno se había fundido o unido a una de las espirales, y ya ambos se alejaban con rapidez de ella a través de aquel océano de negritud insondable.

¡No! ¡No podían dejarla ahí sola! ¡No podían irse sin ella!

Necesitaba concentrarse, tranquilizarse. Cerró los ojos y trató de averiguar la forma de unirse a una de las miles de espirales que llenaban el espacio, pero no había manera, y la gran cantidad de sonidos y vibraciones empezaba a hacerla enloquecer.

Decidió, como último recurso, dejarse llevar, olvidarse del miedo que en aquellos momentos sentía, fluir con todo lo que la rodeaba.

Y entonces, comprendió.

Tenía que escuchar dentro de ella. No se trataba de buscar una espiral, sino de convertirse en una. Y así escuchó un sonido muy familiar que brotaba desde su interior. No hizo falta comprobarlo ni verlo: aquella era

su vibración. Sintió una gran calidez en su pecho, una alegría rebotante como un jardín con miles de fuentes desbordantes del agua más pura que jamás hubiera imaginado.

Por fin partió con gran velocidad hacia adelante, fluyendo dentro de su propia Espiral y fue en aquellos momentos cuando pudo ver como aquella sucesión caótica de espirales confluían en una Espiral gigantesca que las abarcaba a todas.

Y entonces, comprendió algo que, no obstante, siempre había intuido: ambos mundos eran el mismo.